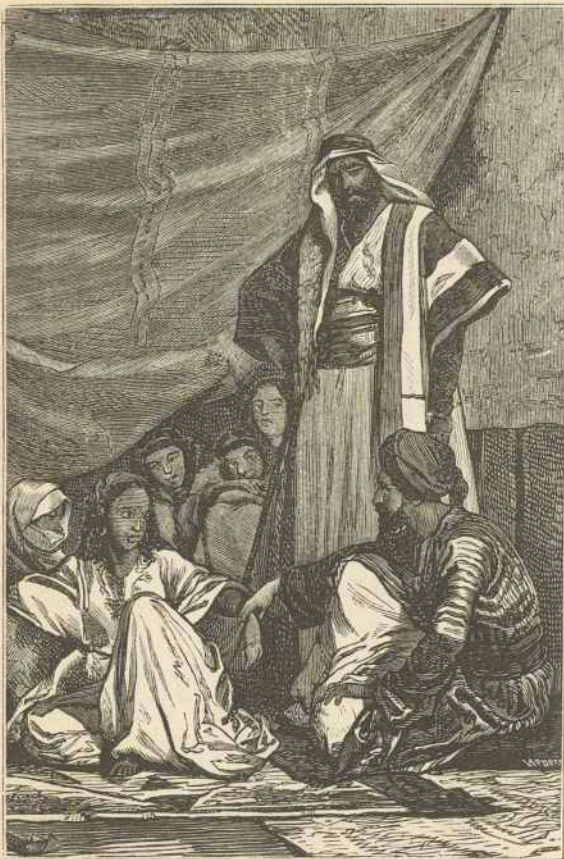


PEREGRINACION A LA MECA.

PEREGRINATION A LA MESA



THE FIGURE OF A MAN IN A LONG ROBE



El capitan Burton y las esclavas abisinias.

Galería Literaria.—Murcia y Martí, editores.

PEREGRINACION A LA MECA

POR

EL CAPITAN BURTON

Estractada y traducida

POR E. H. y F.

TOMO I.

MADRID.
Imprenta de la Galería Literaria,
Colegiata, 6.

—
1872.

RELACIONES DE LA GUERRA

EL CAPITAN BURTON

Por el Sr. D. J. B.

TOMO II

1850

Impreso en la imprenta de D. J. B.

1850

CAPITULO PRIMERO.

Salida de Inglaterra.—Llego á Alejandria.—Mis disfraces.—Un documento importante.—El vapor «Asmático» y sus pasajeros.—El Cairo.

Cuando concebí el pensamiento de visitar los países centrales de la península arábica, casi desconocidos todavía, tenia la intencion de dirigirme desde Medina á Mascate, ó bien tomar la diagonal de la Meca á Makallat, en el Hadramaut. Por circunstancias imprevistas, este proyecto no pudo realizarse.

Disfrazado con vestiduras orientales, salí de Lóndres el 3 de Abril de 1853, dirigiéndome

me al puerto de Southampton. Habia cuidado de dar á mis equipajes, en cuanto me habia sido posible, un carácter en consonancia con mi apariencia, y en la madrugada del dia siguiente, con el título de *un principe persa*, tomé pasaje á bordo del magnífico vapor *Bengala*, de la compañía peninsular y oriental, que hacia rumbo á Alejandría.

En trece dias atravesamos la distancia que nos separaba de esta ciudad, y cambiando las brumas nebulosas y la atmósfera pesada de Inglaterra por las azules olas, los vapores purpúreos y la agradable temperatura del Mediterráneo, cuyas templadas brisas nos traian todas las armonías y todos los perfumes de los bosques orientales, llegamos, al fin, á la desembocadura del Nilo y senté mi planta en la antigua patria de los Faraones.

Alejandría está situada en la costa egipcia del Mediterráneo, á 17 kilómetros del Cairo. Fué fundada por Alejandro el Grande, que la dió su nombre, 332 años antes de J. C. y era capital del Egipto en tiempo de los Pto-

lomeos y de los romanos; poseia magníficos monumentos y era el centro de una gran inteligencia y de un comercio considerable. Existen todavía la columna llamada de Pompeyo, formada de una sola pieza de granito, de veinte metros de altura y cinco de diámetro; dos obeliscos, llamados vulgarmente *agujas de Cleopatra*, y una parte del muelle que conducia desde el continente á la isla de Pharos. Cuando la habitaban sus reyes tenia un magnífico museo y una inmensa biblioteca, que fué destruida por Omar en el año 614. Sus alrededores son estériles, y el agua para beber se conserva en inmensas cisternas que antiguamente solo bastaban para proveer la ciudad griega. Tiene un buen canal de riego y otro de navegacion que la une con el Cairo por medio de un brazo del Nilo que desagua cerca de Rosetas. Los franceses la tomaron en 1798 y los ingleses en 1802, siendo devuelta á los turcos al año siguiente. En la actualidad es una de las principales estaciones de navegacion en el Mediterráneo: en

tiempos de Augusto su población llegaba á 300.000 almas; pero en el día, no pasa de 60.000, comprendiendo la guarnición (1).

Una vez en Alejandría, el príncipe persa que habia salido de las costas inglesas se convirtió en un *médico indio*, cuyas pildoras y elixires no habian de tardar en ser muy buscados, pues los habitantes de Alejandría, que miran despreciativamente á los doctores europeos, no habian visto jamás que un médico viniese de las Indias para dedicarles sus cuidados, y esto era para ellos una novedad de primer orden, tanto más seductora, cuanto que ese admirable doctor hacia tambien el papel de fakir y de hechicero. Yo no deseaba, sin embargo, ser tomado por un charlatan, por más que no ignorase que la medicina está en aquellos países tan íntimamente ligada á las groseras prácticas de la

(1) La apertura del istmo de Suez ha aumentado considerablemente el comercio y el movimiento de esta ciudad, que hoy posee tambien una vía férrea que la pone en comunicacion con el Cairo.—V. «Diccionario geográfico».

supersticion, que nadie puede alcanzar alguna celebridad, si en cierto modo no se dá á conocer como un adepto de las ciencias misteriosas; pero en cambio, hice notar que desde mi juventud me habia dedicado por completo al estudio de la medicina, y que la práctica de esta ciencia es sumamente sencilla en aquellos climas, donde el médico no se ve cortado por la complicacion de dolencias que atacan tan frecuentemente á las poblaciones más civilizadas.

Bien pronto hombres, mujeres y niños acudieron á mí; una multitud de enfermos asedió mi puerta, y entonces tuve ocasion de contemplar á mi sabor ese bello sexo egipcio que los europeos no conocen generalmente más que por sus muestras más desgraciadas. Se me tenia por un hombre extraordinario, dotado de cualidades sobrehumanas y de una sabiduría sin límites. Un anciano me ofreció su hija en matrimonio, y una mujer en la flor de su edad me propuso una remuneracion de cien piastras si queria establecerme definiti-

vamente en la ciudad y emprendia la tarea de devolver la vista á uno de sus ojos, que la habia perdido.

Sin embargo, al cabo de un mes de rudo trabajo, me resolví á adquirir la cualidad de dervis-peregrino. Un hombre religioso me inició en su profesion, bajo el fastuoso título de *Rey en el nombre de Dios*, y como consecuencia natural de mi nueva calidad, me ví en la precision de renunciar en cierto modo á mis ocupaciones mundanas y por completo al nombre que antes adoptara. Por fin, despues de cierto número de pruebas, que dejaron satisfecho á mi iniciador, fuí elevado al rango de dervis, que hacia de mí una especie de sacerdote, con el derecho de tener discípulos ó aprendices. De esta manera adquirí el conocimiento necesario de las prácticas de esa especie de franc-masones del Oriente.

Por desgracia, me habia olvidado de proveerme, antes de mi salida de Inglaterra, de un documento importantísimo y casi indispensable, un pasaporte, y esta negligencia, ó

por mejor decir, este olvido hubiera podido costarme muy caro sin el gran influjo que mi buen amigo Larkiwg tenia cerca de las autoridades locales. Me ví, no obstante, en la precision de vestirme diferentes veces mis súcios hábitos y de hacer un gasto considerable de palabras inglesas adulteradas para obtener del cónsul de Alejandría un certificado, que me presentaba como un sujeto oriundo de la India inglesa, llamado Abdalla, que ejercia la profesion de médico, de edad de treinta años, y sin nada notable respecto á señas particulares. Este certificado ó pasaporte me costó una piastra; pero despues de mucho tiempo perdido de una manera verdaderamente oriental, obtuve el permiso de recorrer todas las comarcas del Egipto y de llevar sobre mí, para atender á mi defensa, mi puñal y mis pistolas.

Me embarqué en Alejandría, en el canal Mamudie, que es sin duda alguna el peor y el más fastidioso de todos los canales. Sus aguas estaban sumamente bajas, y por esta razon,

en vez de treinta horas, fueron necesarios tres dias y tres noches para llegar al Cairo. Desde la salida á la puesta del sol, nuestro buque encallaba cuatro ó cinco veces con una regularidad verdaderamente insoportable, sin permitirnos contemplar mas que aguas cenagosas, estériles playas de arena, un cielo gris y un sol de plomo. Por otra parte, las miserias é incomodidades de esta travesía fueron mayores para mí, por cuanto habia tomado mi equipaje en calidad de viajero de tercera clase, es decir, sobre la cubierta.

El vaporcillo que me conducia, bautizado con el extraño nombre de *El Asmático*, estaba lleno por una multitud compuesta de gentes de todas clases mezcladas sin orden alguno. Dos oficiales del ejército de las Indias pasaban el tiempo tomando un malísimo té, fumando flemáticamente y charlando como verdaderos hijos de Inglaterra; veíanse tambien algunos soldados curdos que escoltaban un tesoro, y cerca de ellos, una banda de bullidosos griegos era objeto de una clara expre-

sión de desagrado, producida en los graves y serios musulmanes por sus destemplados gritos, su incansable movilidad, y más que nada, por el frecuente uso que hacían de las bebidas espirituosas. Solo una mujer bonita había á bordo, una jóven española, y parecía tan disgustada, como una flor de bellos matices en medio de un erial. Dos italianos permanecían recostados sobre sus bancos, y segun lo que deduje de las pocas palabras que les oí, estaban encargados de comprar caballos para el rey de Cerdeña. Había tambien un alemán, lleno de cerveza desde el amanecer hasta la noche; un mercader sirio, el hombre más rico y más tacaño de Alejandría, y finalmente, unos cuantos franceses, pintores de ornato, que iban á trabajar en el palacio del pachá de Chubra. Estos verdaderos hijos de París, alegres, bulliciosos, decidores, eran indudablemente los más felices de los viajeros: todo el dia permanecían sobre cubierta, charlando como solo los franceses saben charlar, jugando al ecarté por amor al juego, bebiendo pon-

che, relatando aventuras de toda especie, ó bien cantando, bailando ó durmiendo. Estaban libres de esa extraña gravedad que tan pronto toman los europeos en Oriente, y se mostraron conmigo políticos y corteses hasta el punto de prepararme con la amabilidad más exquisita una bebida fuerte que me fué necesaria.

Lejos estuve de encontrar en los demás viajeros una acogida semejante. Hasta uno de los oficiales ingleses, que servia por cierto en el mismo cuerpo que yo, dejó ver una expresión de repugnancia y disgusto, que se reveló en un ligero fruncimiento de lábios, porque al pasar á su lado le habia tropezado en el codo. Yo tomé, ó por mejor decir, hice que tomaba aquel gesto como un cumplimiento, debido á la destreza con que me habia disfrazado.

Después de tres días de lenta navegacion, llegamos, por fin, al Cairo, donde desembarcamos, y mi primer cuidado fué el de procurarme una posada.

CAPITULO II.

**El Cairo.—La posada.—Mi amigo Hadji-Weli.—
Vuelve á cambiar de aspecto.—Las esclavas abi-
sinias.—Mi criado indio.—Del Cairo á Suez.**

El Cairo, capital del vireinato de Egipto, fué llamado por los árabes *El Kachra* y tambien *Mirs*, cuya denominacion recuerda el nombre de Misraim, dado por los hebreos al Egipto. La ciudad está situada en una llanura arenosa, á menos de un kilómetro del Nilo, y fué al parecer fundada por Tauhar, general del califa Moez, en el año 970 de nuestra era. La atraviesa en toda su longitud un canal que deri-

va del Nilo, y que no es más que un resto del canal célebre que en otro tiempo unia á este rio con el mar Rojo. Está dividida en diferentes barrios, y en uno de ellos existe una ciudadela que hizo construir Saladino y que es célebre por la matanza de genízaros realizada en ella el 1.º de Marzo de 1811 por órden de Mehemet-Ali. Hay en la ciudad más de setenta puertas, entre ellas la del Socorro, que data del tiempo de aquel célebre monarca, y la de la Victoria, que es una obra maestra de arquitectura. Entre los edificios públicos y establecimientos de toda especie, se cuentan unos mil cafés y ochenta casas de baños, algunas de las cuales son de una magnificencia y grandiosidad sorprendente. Las calles son estrechas y tortuosas, el número de casas asciende á treinta mil, y en los tres cementerios que existen fuera de la ciudad, se ven monumentos de rara belleza, que pertenecen en su mayor parte á los califas. Sobre el Cairo pesan casi continuamente dos terribles azotes, la peste y las oftalmías, las cuales atacan á la

mayor parte de los habitantes, siendo debidas á las variaciones bruscas de temperatura. Su industria consiste principalmente en bordados de cuero, hacer esteras y torneear el marfil y el ámbar: el comercio ha decaído mucho, pero Mehemet-Alí le ha abierto nuevas vías con el ferro-carril de Alejandría. La población de esta ciudad pasa de trescientas mil almas, y se compone de egipcios, turcos, árabes, armenios, sirios, judíos, y numerosos europeos dedicados al comercio, y el árabe es el idioma hablado generalmente. (1)

Tienen en Egipto el nombre de wekel ó posada unos edificios macizos, contruidos alre-

(1) Desde 1853, han crecido considerablemente el comercio y la cultura de esta ciudad, en la cual existen hoy cafés tan elegantes como los de París y teatros de ópera italiana. La canalización del istmo de Suez, cuya apertura ha llevado al Egipto lo más florido de la sociedad europea, aumentará indudablemente su riqueza y su esplendor, y si se tiene en cuenta el espíritu altamente civilizador del virrey que hoy rije los destinos de aquel país, puede esperarse que dentro de poco la patria de los Faraones sea una nación verdaderamente culta, y el faro resplandeciente que disipe con su clara luz las tinieblas de la ignorancia en que yacen los pueblos orientales.—N. del T.

dedor de un patio cuadrado y que son muy parecidos á los que en Constantinopla se llaman *khans* ó paradores públicos. El piso bajo de estos mesones se divide en varios cuartuchos, semejantes á cavernas, que sirven de almacenes ó tiendas á comerciantes y menestrales. El primero y el segundo piso están repartidos en habitaciones, que constan cada una de dos ó tres piezas, en las que se encuentran generalmente un fogon para encender lumbre y una pila para baño; alguna de estas piezas dá siempre á la galería ó corredor que dá sobre el pátio.

Encontré un alojamiento bastante malo y sumamente caro, á causa de ser la época de la llegada de los peregrinos, en el meson Djemalí; pero allí tuve, al menos, la fortuna de hallar un amigo, un comerciante de Alejandria llamado Hadji-Weli, á quien el cuidado de un pleito habia llevado á la capital de Egipto.

He hablado de él al citar algunos de los pasajeros del vapor. Durante la travesía,

viéndome siempre dispuesto á eludir ciertas conversaciones, llegó á creer que ocultaba algo de mucha importancia, y acercándose á mí diferentes veces, me habia preguntado con gran interés á cerca de mi profesion y del objeto de mi viaje. Su edad frisaba en los cuarenta años; su estatura era mediana, y su cabeza gruesa y redonda estaba cuidadosamente rasurada; su cuello era robusto y musculoso, sus miembros revelaban fuerza y vigor, tenia la barba espesa, y la expresion de benevolencia que siempre animaba su semblante le hacia sumamente simpático. Curioso por naturaleza, era asimismo algo aficionado á las burlas; pero sabia disfrazarlas con tanta dulzura, seriedad y delicadeza, que, á no conocerle bien, era casi imposible apercibirse de su fina ironía.

—¡Alá nos protege!— habia exclamado calorosamente muchas veces, — ¡viajamos en compañía de un sábio médico!

Estas palabras, y más que nada, el sentimiento de admiracion que parecian encer-

rar, le habian hecho simpático para mí; y hasta pasados algunos dias no pude comprender la ironia que bajo ellas se ocultaba.

—Veamos,—me dijo cuando ya hubo entre nosotros cierta confianza,—¿qué es, en realidad, lo que haceis los médicos? Viene un enfermo á buscaros para que le cureis una oftalmía, y le purgais, le poneis un vejigatorio ó una cataplasma cualquiera, y le dejais caer una gotita sobre el ojo. ¿Se trata de una fiebre? Pues vuelta á las purgas, acompañadas de la quinina. ¿Es la disenteria el objeto de vuestros cuidados? Siguen las purgas, en combinacion con el ópio. ¡Por Alá! Yo seria tan buen médico como el mejor de todos vosotros; pero desgraciadamente desconozco por completo el precio de las drogas y los nombres de las enfermedades.

Con frecuencia me aconsejaba que cambiase de profesion, adoptando la de maestro de lenguas, que aseguraria de una manera honrosa mi subsistencia, y aunque yo veia todo lo contrario, concluia diciendo:

—Estamos sobrecargados de médicos, y con la mitad de los que hay aún sobrarian algunos.

Hadji-Weli, nacido en Rusia, habia hecho tambien varios viajes, y á pesar del carácter extremadamente desconfiado de los orientales, habia tenido la gran suerte de dejar en todas partes la mejor reputacion.

—Creo en Dios y en su profeta,—decia con frecuencia,—pero nada más.

Rechazaba la alquimia y la magia, y de una manera muy poco oriental se reia de los espíritus y de cuanto tuviese un carácter sobrehumano.

Encontrándonos bajo el mismo techo nos hicimos pronto grandes amigos.

Comíamos y cenábamos juntos y pasábamos las primeras horas de la noche en la mezquita ó en algun lugar de recreo, conversando, mientras fumábamos una pipa, á cerca de estos países orientales que tanto interés me inspiraban.

No tardó mi nuevo amigo en aconsejarme

que abandonase mi túnica de dervis, mis largos calzones azules, mi camisa corta, y en fin, todo cuanto me daba la apariencia de un persa.

—Te verás muy embarazado,—decia,—si te obstinas en continuar llevando esas ropas: en Egipto te maldecirán, en la Arabia te tratarán como á un infiel, pagarás por cualquier cosa triple precio que los demás, y si por casualidad llegas á caer enfermo, te dejarán morir abandonado en la orilla de un camino.

Despues de largas deliberaciones, convinimos en que seria un pathan, es decir, originario del Afghanistan, y mi historia se arregló como sigue: nacido en la India, de padres afghanes establecidos en este país, habia hecho mis estudios médicos en Raugun, ciudad del Birman, empezando á viajar desde mi primera juventud, segun costumbre muy generalizada entre las gentes de esta raza. Para llenar perfectamente mi papel, debia conocer el árabe, el persa y el indostánico; pero hablaba con bastante facilidad estos tres idio-

mas, y las faltas é impropiedades que cometiese podian ser atribuidos á mi larga residencia entre los birmanes. Me encontraba, pues, al abrigo de toda sospecha y no temia que mi superchería llegase á descubrirse.

Necesitaba, sin embargo, tener mucho cuidado, pues las primeras preguntas que se me dirigian, en la tienda, en la mezquita, en todos los sitios adonde iba eran siempre: «¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu patria? ¿De dónde vienes?» Y aunque los curiosos no tuviesen la intencion de ponerme en un aprieto, bueno era estar prevenido á fin de responder de la mejor manera posible.

Desde luego tuve gran cuidado en tomar las maneras insinuantes propias de un médico indio; y sin que por eso dejase de ser un dervis ni de frecuentar los lugares donde se reunian mis cofrades, me vestía de una manera elegante, propia de un hombre de buena sociedad.

—Pero,—me decia todavía mi amigo,—¿qué necesidad tiene un religioso como tú de

ocuparse de política, de estadística y de tantos otros asuntos que llaman tu atención? Dáte á conocer como un religioso-peregrino que ha hecho voto de visitar todas las ciudades santas del islamismo, y de esta manera tendrás el aire de un hombre importante que oculta su rango bajo un disfraz humilde, y te harán las gentes más cortesías tal vez de las que te mereces.

Reíase al decir esto, y como su observación estaba llena de sagacidad, no pude menos de conformarme con ella.

Hadji-Weli me recompensó por mi docilidad dándome á conocer en todas partes como el fénix de los médicos. El teatro de mis primeros triunfos científicos en el Cairo fué nuestra misma posada. En frente de mi habitación se alojaba un árabe, mercader de esclavas abisinias, las cuales en su mayor parte estaban enfermas de disentería y de consunción. Tuve la buena suerte de restituir la salud á una muchacha que bien valia cuatrocientos francos, y su propietario, como

prueba de gratitud y de confianza en mi ciencia, me encargó la curacion de otras seis ú ocho, que tenian la mala costumbre de roncar, defecto lamentable que las hacia bajar de precio.

Estas jóvenes pertenecian á la especie típica de la Abisinia: largas espaldas, talle cimbrador, miembros bien formados, caderas anchas y redondas; algunas no eran bellas, pero todas tenian en sus rostros una expresion á la vez dulce y picaresca que las hacia mucha gracia. Su inocente coquetería estaba reducida á una sola frase, pues á todos los galanteos que se la dirigian, contestaban invariablemente:

—Y en ese caso, ¿por qué no me compras?

Excelente manera de disparar las punzantes flechas del travieso Cupido, en cuyo punto no se diferenciaban mucho de las mujeres civilizadas de Occidente, pues muchas veces hemos visto que dos brillantes ojos nos decian con una elocuencia particular: ¿Por qué no me comprais? O si se prefiere, aunque viene á

ser lo mismo: ¿Por qué no os casais conmigo?

Pasé bastantes apuros para procurarme un criado que me acompañase y sirviese durante mi peregrinacion. Los que eran naturales de Egipto me dejaron muy pronto profundamente disgustado de sus servicios, y por último, recibí á un muchacho indio, con el cual tuve que contentarme. Holgazan, afeinado y algo ladron, tenia todos los defectos de su raza; pero su eleccion me ofrecia ventajas especiales que debia tener en cuenta. Estas eran que los árabes tomarian á mi criado por un abisinio, y semejante error favorecia grandemente mis proyectos. El muchacho me servia con humildad y de buen grado, era dócil á mis mandatos, y como carecia de todo apoyo no podia espiar mis acciones ni revelar mis asuntos.

Al cabo de algunas semanas, decidido á partir, despedíme de todos mis amigos diciéndoles que pensaba dirigirme á la Meca por Djeddaz, siendo así que mi intencion era tomar la ruta de Yambo hasta Medina. Con

esto no hacia más que ajustar mi conducta al proverbio árabe que dice: *Disimula tus pensamientos, tu dinero y tu camino.*

Los camellos cargados tardan ordinariamente unas sesenta horas, ó lo que es lo mismo, hacen cinco jornadas para ir del Cairo á Suez. Por esta razon, envié delante mi pesado equipaje, escoltado por mi criado indio, y dediqué á mi buen amigo Hadji-Weli el tiempo que aun debia permanecer en la capital. Ayudóme á arreglar mis cortas provisiones de alimentos, agua y tabaco, y á las tres de la tarde el beduino Nazar vino á advertirme que los camellos estaban dispuestos. Salí de la posada, y despues de despedirme de mi amigo y de algunos otros conocidos, me puse en marcha alentando la esperanza de llegar á Suez al dia siguiente por la tarde.

Merced á los sábios reglamentos del virey Mehemet-Alí, este camino es hoy tan concurrido por los europeos como el de París á Saint-Cloud. En él encontramos muchos egipcios, árabes y turcos, y tambien algunos afghanes

que, como nosotros, se dirigian á visitar como peregrinos los santos lugares del Mahometismo. Tanto unos como otros nos saludaron, deseándonos un viaje tan feliz como conviene á hombres empeñados en una empresa de religion.

Aproximándonos á Suez, vimos destacarse en el fondo azulado del lejano horizonte las almenadas torres y los esbeltos minarettes de la ciudad, á cuyo pié se extiende un inmenso arenal cortado por el camino del Hedjaz; y mis ojos ingleses brillaron de alegría al descubrir poco despues las azules y resplandecientes aguas del mar, en las que se veia una hermosa fragata de vapor. Extendíanse á la derecha los Mocatenes, cadena de ribazos compuestos de gres y de piedras calcáreas, que veníamos costeando desde nuestra salida del Cairo, y cuyos accidentes más próximos aparecian teñidos de un color purpúreo debido á los postreros rayos del sol, y en lontananza una alta montaña elevaba al cielo su azulada cima, que apenas se destacaba sobre el fondo

oscuro del espacio. No debía dejar en olvido tan maravilloso paisaje, y con el pretexto de abregar los camellos en los pozos de Suez, pasé más de media hora contemplando con admiración estos encantos del desierto.

CAPITULO III.

Llegada á Suez.—Ligereza de mi criado.—Una mala noche.—El joven Mahomet.—Mis compañeros de viaje.—Préstamo y garantías.—Un coro de alabanzas.

La ciudad de Suez es una de las más importantes del bajo Egipto, y está situada en la costa occidental del brazo del mar Rojo que lleva el nombre de golfo de Suez, á 139 kilómetros del Cairo. Esta poblacion es pequeña y de miserable aspecto, sus calles están sin empedrar y las casas son de ladrillo. Cuenta once mezquitas, una iglesia griega, aduana, grandes almacenes y un astillero: el puerto es

pequeño, pero seguro y resguardado de los vientos. Tiene una poblacion de 800 habitantes, y ocupa el lugar de la antigua *Arsinde*, llamada más tarde *Cleopatrída*. El istmo que lleva el nombre de esta ciudad y que forma el punto de union entre Asia y Africa, entre los $29^{\circ} 50'$ y $31^{\circ} 12'$ de latitud septentrional, está comprendido entre la punta Norte del golfo de Suez y el Mediterráneo, y tiene una anchura de 115 kilómetros (1).

Era ya de noche cuando franqueamos las arruinadas puertas de Suez, y acto seguido tuve que ponerme en busca de mi equipaje y de mi criado, que faltando á mis instrucciones no se me habia presentado á mi llegada.

Despues de recorrer la mayor parte de los treinta y seis paradores de caravanas que existen en la ciudad, supe por casualidad que un indio se habia hospedado en la posada de un copto llamado Jorge. Dirigime á ella, y

(1) Como comprenderán nuestros lectores, la canalizacion del istmo, llevada á cabo bajo la iniciativa de M. Fernando Lessep, ha dado á Suez una gran importancia marítima y mercantil.—N. del T.

toda mi alegría se desvaneció al saber que el indio, despues de haber cerrado la puerta de su habitacion, se habia marchado con varios de sus compañeros á un buque anclado en el puerto. Empeñeme en persuadir al posadero á que me franquease la entrada de la habitacion, y solo conseguí que me amenazase con llamar á la policía.

En aquel momento, un jóven árabe llamado Mahomet, que me habia acompañado desde el Cairo, y cuya inteligencia me habia decidido á unirle á mí para el resto del viaje, encontró á varios amigos suyos, naturales de Medina, que volvian como peregrinos á su pátria, despues de haber pasado algunos años mendigando en Egipto y en Turquía. Este feliz encuentro dió lugar, como era natural, á una alegría en extremo ruidosa, á preguntas y abrazos, y por último, los amigos de Mahomet me invitaron á participar de su cena y de su dormitorio, que se reducía á una especie de galería sin techo, tendida en rededor del patio.

No tenia apetito ni gana de conversacion, y fui á tender la alfombra ó tapiz que me servia de lecho en una estancia desocupada que me abandonó el portero. Jamás he pasado una noche peor. Los ciento treinta y cinco kilómetros que acababa de caminar sobre la corcobada espalda de mi camello me habian producido un fuerte dolor de huesos, y los ardientes rayos de un sol de fuego habian quemado toda la piel de mi rostro. Fuéseme la noche en deplorar mi degeneracion fisica, consecuencia natural é inevitable de los cuatro años que habia permanecido en Europa, y en lamentar la pérdida de mi equipaje, que ya no esperaba recobrar, acabando por caer en un sueño pesado é intranquilo, que no me produjo descanso alguno.

Por fortuna, á la mañana siguiente pude encontrar al maldito Nour, que este era el nombre de mi criado.

Los nombres de mis compañeros de peregrinacion, con los cuales me uní en Suez, se encuentran tan frecuentemente en este relato,

que me parece conveniente dar á mis lectores algunas noticias acerca de semejantes personajes.

Colocaré en primer lugar á Omar-Effendi, originario del Daghestan ó de la Circasia, hijo de un guía de caravanas y nieto de un *mufti* ó sacerdote musulman de Medina. Pequeño, delgado y de temperamento bilioso, tenia la tez cobriza, los ojos grises y las facciones bastante agradables; contaba veintiocho años, y parecia que no pasaba de quince; vestía con bastante decencia, hacia sus plegarias con la mayor puntualidad, y como un verdadero árabe, en quien los sentimientos llegan siempre al extremo, si se encolerizaba, su furor solo podia compararse al de un tigre del desierto. Su expresion respiraba dulzura, hablaba con mesura y suavidad, y aunque en un oriental parezca esto sorprendente, sentia la mayor aversion hácia las mujeres. Sus padres habian tratado de casarle, pero respondió que, si bien muy jóven todavia, tenia bastante juicio para cometer semejante torpeza. La

extraña melancolía de su espíritu y el deseo de visitar otros lugares que los de su nacimiento le indujeron á abandonar el domicilio paterno y realizado este propósito, se inscribió como un pobre discípulo en la mezquita de Azhar. Desesperados sus padres, encargaron á un hombre de toda confianza la tarea de hacerle volver á su lado, empleando la fuerza si fuere necesario. Omar les dejó hacer, en tanto que esperaba la primera ocasion de volver gratis, si era posible, á su ciudad natal.

El hombre de confianza que le acompañaba era un negro llamado Saad, á quien daban en Medina el sobrenombre de *jinní* ó diablo. Nacido en casa de Omar y esclavo de su familia, le fué concedida la libertad, que aprovechó para hacerse soldado en el Hedjaz, pero cansado de esperar una soldada siempre retrasada, cambió su profesion por la de negociante é hizo diversos viajes á Bagdad, á Rusia y hasta á Gibraltar. Era un verdadero hijo de Africa: su alegría era ruidosa, su silencio sombrío; amaba hasta el delirio, ó abor-

recia de muerte; era bravo y algo fanfarron, arrojado y astuto, pendenciero y exento de toda especie de escrúpulos. El lado brillante de su carácter era el respetuoso cariño que profesaba á su jóven amo; mas, á pesar de esto, reprendiale con un tono colérico y severo y le robaba cuanto podia haber á las manos. Pródigo de todo lo que era suyo, pedia prestado y jamás devolvía el préstamo; vestíase como un mendigo miserable, y tenia dos grandes cofres atestados de hermosas ropas para él y para sus tres mujeres, que le esperaban en Medina. Ignorando lo que era tener miedo, no temia que le robasen, y apenas se cuidaba de semejantes cofres. Durante todo el dia paseaba por el bazar, y no hablaba de otra cosa que de fletes y pasajes, pues estaba resuelto, costase lo que costase, á viajar sin objeto y solo por puro capricho.

El *cheik* Hamid el Samman heredó su sobrenombre de *mercader de manteca fresca* de un *sofi* ó sacerdote que habia dejado en Medina una larga progenie de descendientes reveren-

ciados, era el verdadero tipo del árabe habitante de las ciudades: su cabeza estaba coronada en el occipucio por un grueso mechón de cabellos; su rostro era moreno; su barba, que no peinaba jamás, parecía la de un chivo, y por todo traje llevaba una especie de túnica de color amarillento, sumamente sucia y ceñida al talle con un cinturón de cuero. Fumaba incesantemente, si algún amigo le suministraba tabaco, y á cada bocanada de humo la actividad de su espíritu se expresaba por medio de un gruñido que le era peculiar. Sabía leer, aunque bastante mal, y guardaba en su profundo bolsillo un pequeño manuscrito sumamente sucio, lleno de oraciones estúpidas y de viejos romances muy mal escritos: de vez en cuando sacábale á luz, y después de arrojarle una ojeada, besábalo devotamente y volvía á guardarlo con ese respeto especial con que los ignorantes miran siempre lo que no entienden. Entonar canciones de todos géneros, degollar un carnero con la mayor destreza, llamar con grandes gritos á la plegaria,

hacer la barba, guisar, combatir y decir algunos sortilegios, hé aquí todos sus talentos. Lo mismo que Saad, no cumplía sus deberes religiosos más que por conveniencia: si oía nombrar el vino, fruncia las cejas, pero daba á su boca una expresion del todo diferente. Habia permanecido bastante tiempo en Constantinopla, y si no habia llegado á aprender siquiera diez palabras turcas, solo podia culparse de esto á sus invencibles preocupaciones.

Ese que permanece tendido sobre un tapiz y fuma durante todo el dia en su larga pipa persa, se llama Zeli-Checkar; es turco por su padre, árabe por su madre, y ha visto la luz primera en Medina. Su edad llega apenas á diez y seis primaveras, pero sus pensamientos son los de un hombre de cuarenta años. Excesivamente gloton y egoista hasta el extremo, únense en él el frio orgullo de los turcos y la desmedida avaricia de los árabes. Se viste con más cuidado y limpieza que el descendiente del mercader de manteca fresca, imita las modas de Constantinopla, y su color co-

brizo un tanto pálido, le dá en cierto modo el aspecto de un personaje distinguido. Durante el viaje, nuestras relaciones fueron íntimas en extremo, y hasta me pidió algún dinero en calidad de préstamo; pero una vez llegados á Medina, me demostró la mayor indiferencia, como pudiera hacer un habitante de Lóndres, que encontrase por casualidad en Hyde-Park uno de esos amigos que se hacen incidentalmente en un viaje. Bastante instruido, parece haber estudiado sobre todo el artículo *Desinterés*.

—El hombre generoso,—repite con mucha frecuencia,—redime todos sus pecados y es querido de Alá, pero el avaro es aborrecido, aunque tenga la apariencia de un santo.

Ha tratado de convencerme de que si el Corán hace á Faraon, prototipo de impiedad y de soberbia, el alto honor de nombrarle en todas partes, esta distincion se debe solamente á su liberalidad, en tanto que si se limita á nombrar á Nemrod, su verdadero camarada de iniquidad, no es por otra

razon que por ser éste un tirano dominado por la más sórdida avaricia.

Todos estos individuos que acabo de nombrar se apresuraron á iniciar en mi presencia la cuestion de un empréstito. La precaria situacion en que se encontraban me daba ciertamente una magnífica leccion de metafísica oriental: tenían en perspectiva doce dias de navegacion y cuatro de camino, que representaban un gasto considerable entre pasajes, trasportes de efectos, derechos de aduana y alimentacion, y sin embargo, apenas entre todos ellos y escurriendo hasta la última moneda de sus bolsillos podrian reunir diez ó doce francos en dinero contante. Es verdad que sus cofres estaban llenos de armas, de ropas, de pipas, de babuchas, de juguetes, de confitura y de otra infinidad de artículos de alto precio, pero nada, como no fuese el hambre, hubiera podido decidirlos á poner en venta el más despreciable de todos esos objetos.

Ocurrióseme la idea de que podria encon-

trar alguna ventaja en su sociedad, y esto me decidió á escuchar con benevolencia y atender favorablemente sus repetidas instancias para que los proveyese de algunas cortas cantidades. Mi amigo, el jóven Mahomet, recibió poco más de cien francos; Hamid, ciento veinticinco, pues me proponia hospedarme en su casa durante mi permanencia en Medina; á Omar-Effendi le di quince, otro tanto á Zeli-Chekar, y por último, diez á Saad el diablo, con lo cual podian unos y otros llegar hasta Yambo. Sin embargo, como en estos países es regla general que nadie que presta dinero vuelva á ver en su bolsillo el importe del préstamo, tuve buen cuidado de exigir del primero, como garantía, que entrase á mi servicio; el segundo me dió dos hermosos vestidos, el tercero una preciosa pipa, el cuarto un magnifico yatagan, y el quinto un bello chal de imitacion de cachemira.

Puestos ya de acuerdo, procedimos acto continuo á redactar formalmente los artículos de nuestro contrato, muy ventajosos para mí,

puesto que el préstamo había sido hecho en moneda de Egipto, y mis bravos amigos debían pagarme en la corriente en el Hedjaz, lo que me hacía ganar en el cambio un interés que no bajaba de diez y seis por ciento. De todos modos, yo no había de aprovecharme de semejante utilidad, puesto que tenía el pensamiento de conquistar la reputación de hombre desinteresado y generoso, absolviendo de la deuda á mis buenos compañeros apenas llegase el día del pago.

Desde el momento en que recibieron el dinero, aquellos bravos amigos se dedicaron á entonarme un coro de alabanzas. Ya no era bastante para satisfacer sus deseos de obsequiarme que les hiciese el honor de participar en adelante de su comida, y me veía en la precisión de aceptar sus confituras. Llegaron á creer que era algún personaje importante que viajaba de incógnito, y puede ser que mi título de dervis fuese lo que les hizo caer en semejante error: pronto trataron de obligarme á ser su huésped tanto en la Meca como en

Medina. Desde aquel instante ocupé entre ellos un lugar preferente; mi voz era escuchada antes que ninguna, mis prescripciones se cumplían con la mayor exactitud, y no se formaba ningún proyecto sin contar con mi asentimiento. En resumen, Abdallá el dervis habia llegado á ser un hombre digno del más profundo respeto y de las mayores consideraciones.

CAPÍTULO IV.

Prevision de mis compañeros.—El vice-cónsul inglés me provee de pasaporte.—«El hilo dorado.»—Revision de nuestros papeles.—Embarque.—El pasado y el porvenir.

La consecuencia natural del préstamo hecho y del contrato formalizado, fué que no debíamos perder un momento en tomar los pasajes necesarios á bordo de cualquier buque que hiciese rumbo á Yambo. En tanto, mis compañeros, habiendo previsto que el pasaporte que poseia en calidad de súbdito británico no estaba completamente en regla, me aconsejaron que le hiciera revisar sin dilacion

por el gobernador de Suez, mientras que ellos hacian en el puerto las diligencias necesarias, advirtiéndome además que no hiciese constar en dicho documento que me dirigia á la Meca, pues en este caso recibiria orden de esperar la salida de la gran caravana, perdiendo, por consiguiente, los beneficios de su amistad y de su compañía.

Resuelto á salvar todas las dificultades, tomé el pasaporte de mi criado Nour, que estaba en toda regla, y el mio, que no lo estaba, y me dirigí con ellos á la residencia del bey. Despues de dar vueltas y revueltas entre sus manos á mis papeles, como si no supiera leerlos, envióme éste á su secretario, el cual descubrió inmediatamente su irregularidad. Preguntóme por qué no habia hecho refrendar mis pasaportes en el Cairo, y me advirtió que seria imposible que el bey se decidiese á permitirme salir de Suez en tales circunstancias. No tenia, como se ve, otra esperanza que en el eficaz auxilio de M. G. West, vice-cónsul de S. M. británica en aquel puerto. Dirigíme

inmediatamente á su casa, haciéndome acompañar expresamente del jóven Mahomet, y expliqué aquel paso á mis otros compañeros, inventando un cuento en el cual referia que, en cierta ocasion, hallándome en el Afghánistan, una casualidad afortunada me habia puesto en el caso de prestar un importante servicio á los ingleses.

M. West, á quien un amigo imprudente y oficioso en demasia habia advertido de mi probable llegada á Suez, no tardó en adivinar mis designios, á pesar de mi gerigonza oficial, y como consecuencia natural de su perspicacia, se mostró lleno de benevolencia hácia mí. Inmediatamente encargó á su secretario que sin perder momento se pusiese de acuerdo acerca de este asunto con el secretario del bey, y á las objeciones que le hice con respecto á mis documentos de Alejandría, respondió de la manera más amable que él se encargaba, tomándolo bajo su responsabilidad como vice-cónsul, de proveerme de un nuevo pasaporte para la Arabia, en calidad de sub-

dito inglés. Su firmeza me inspiró confianza, y cumpliendo su promesa, al día siguiente tuve el gusto de recibir mi pasaporte en toda regla.

Durante este tiempo, mis compañeros se habían ocupado con la mayor actividad de buscar un buque de buenas condiciones y de ajustar el precio de nuestros pasajes. El barco que encontraron estaba, según los reglamentos vigentes en el puerto de Suez, en turno para darse á la vela, mas sin embargo de que hacía setenta y dos días que ninguna otra nave había salido de la rada, su propietario, no encontrando mercancías con que completar su cargamento para el Hedjaz, retardaba cuanto le era posible la partida: en otro caso, teníamos que esperar dos meses y medio, al cabo de cuyo tiempo llegaría el turno de salir á otro buque, y como fácilmente se comprende, esto no nos convenia de ningún modo.

Semejantes dificultades parecían invencibles; pero felizmente Saad el diablo poseía una actividad superior á todo, y á despecho

de todos los obstáculos que ofrecia su determinacion, acabó por ponerse de acuerdo con el propietario del *Hilo dorado*, ofreciéndole que pagaríamos doble el precio de nuestros pasajes. Con estas condiciones, nuestras plazas fueron retenidas por él en la popa, el mejor sitio del buque en aquella estacion del año: algo incómodos teníamos que estar, por causa de la aglomeracion de peregrinos berberiscos, pero esta contingencia era imposible de evitar, y tuvimos que resignarnos.

Llegó, al fin, el dia señalado para el embarque. Nuestro buque estaba anclado á cinco ó seis kilómetros de la playa, distancia bastante considerable, y que sin embargo teníamos que salvar con nuestros equipajes en un débil barquichuelo: de la misma manera tenían que trasladarse á bordo los demás pasajeros, y esto dió lugar á una confusion imposible de describir.

Era la mañana de un ardiente dia de julio, y estábamos de pié sobre el muelle, vigilando con la más exquisita atencion el embarque de

nuestros efectos y equipajes, que se efectua-
ba con una lentitud capaz de agotar la pa-
ciencia de un santo, mientras que á nuestro
alrededor se agitaba bulliciosamente una tur-
ba de holgazanes, cuyo orgullo llegaba hasta
el extremo de impedirles inclinarse para reco-
ger cualquier objeto que se hubiera caído y
que se pudiera extraviar. Los peregrinos se
movían atolondrados de una parte á otra, los
padres lloraban al despedirse de sus hijos, los
amigos daban á grito herido el postrer adios,
los barqueros ajustaban el precio de su traba-
jo, los tenderos reclamaban calorosamente sus
créditos, las mujeres lloraban á lágrima suel-
ta ó charlaban con maravillosa volubilidad,
los muchachos lanzaban penetrantes chillidos,
y durante una hora ó más, puedo decir, sin
temor de caer en exageración, que nos encon-
tramos en el centro de una verdadera tempes-
tad humana. Los barqueros habían concluido,
al fin, por celebrar su ajuste, y sin embargo,
tenían aún sus barquichuelas á larga distan-
cia de la orilla, con el objeto de dar lugar en

tanto á que los mandaderos ó mozos de carga tuvieran tiempo de sacar á los peregrinos doble precio del que exigen en circunstancias ordinarias. Entonces resonaron los desgarradores alaridos que en semejantes casos son peculiares de las mujeres turcas; muchas se arrojaron llorando en brazos de sus maridos, los chicos gritaban por imitar á sus madres, y los hombres juraban y disputaban, pues hay momentos en que parece que es imposible guardar silencio. Apenas se embarcaron los equipajes, cada cual descubrió que le faltaba algun objeto; á este una pipa, al otro un melon de agua, pero siempre las pérdidas eran de pequeñísima importancia, y poco importaba que no pudiera recobrase.

Desde el muelle fuimos conducidos por los guardas del puerto al lugar donde el bey esperaba á los peregrinos para revisar en persona y por última vez los pasaportes. Este exámen dió por resultado que muchos pasajeros fueran detenidos; unos sufrieron una paliza en la planta de los piés, y otros recibieron

la orden de volver inmediatamente al Cairo. Al fin, ya cerca de las diez, las barcas hicieron fuerza de remo, comenzando á descender por el estrecho canal que conduce á la rada, y entonces pudimos adquirir conocimiento anticipado del tratamiento que nos reservaban los mogrebinos ó berberiscos, nuestros futuros compañeros de travesía. Una barquichuela en la cual iban unos cuantos alcanzó á nuestro bote, y aquellos tunos, gritando desaforadamente, nos acosaron, viniendo sobre nosotros como si quisieran abordarnos, antes de queuviésemos tiempo de ponernos en defensa. Eran más de veinte, número demasiado considerable para que pudiéramos resistirlos, y tenían un aire tan provocativo, que parecia indicar un insaciable deseo de matanza. Viéndolos bien armados y superiores por su número á nosotros, dejámoslos que se burlasen impunemente, y devorando nuestra cólera, sufrimos sin murmurar sus groseras insolencias.

El hilo dorado, en el cual nos embarcamos;

era un buquecillo de cincuenta toneladas y no tenia cubierta más que en la popa, la cual, por su elevacion, bien podia hacer el oficio de una vela en un golpe de viento. De sus dos palos, inclinados de una manera algo amenazadora, el de trinquete era mucho más elevado que el de mesana, y estaba provisto de una gran vela triangular, de esas que los marinos conocen con el nombre de latinas, cuyo ángulo se hundia profundamente: el otro palo carecia de vela, y aún no he podido adivinar para qué servia. No era posible tomar un rizo ni ejecutar maniobra alguna, y por otra parte, el buque carecia completamente de brújula, de bitacora, de sonda y de cartas náuticas: su cámara, muy parecida á un cajon, y su sentina, le daban una gran semejanza con los barquichuelos de los indios del Indostan. La nave que en los tiempos antiguos montaba Sesostris en el mar Rojo debia parecerse á esta; tales debian ser tambien las que cada tres años iban desde Ezion-Gaber á las costas de Ofir, tales los ciento treinta trasportes de

que tuvo necesidad Elio-Galo para embarcar sus diez mil hombres, y tal será probablemente, atendida la lentitud con que el progreso y la civilizacion penetran en estas comarcas, el buque que lleve los peregrinos de Suez hasta el Hedjaz en el postrer año del siglo XIX.

CAPITULO V.

Invasion de nuestro departamento.—Enérgicos medios de Saad el diablo.—Adquisicion de un lecho.—Los peregrinos berberiscos.—Pendencia.—Astucia de Ali-Mourad.—Segundo conflicto.—Un ardid de guerra.—Restablecimiento de la paz.—De Suez á Yambo.

Al primer golpe de vista, nuestro famoso buque presentaba un aspecto bastante desagradable. Su propietario Ali-Mourad se habia comprometido con la mayor formalidad á no recibir en la sentina más que sesenta pasajeros; pero la codicia habia sido más poderosa que su respeto á los compromisos contraidos, y el ambicioso árabe habia metido en

ella noventa y siete. Baules, cajas y fardos de toda especie, apilados en el mayor desorden, obstruían el paso de un extremo á otro del buque, y una turba de peregrinos permanecía en fila junto á las bordas, como las moscas sobre un vaso lleno de almibar. La popa, reservada por nosotros y en la cual debíamos instalarnos, estaba cubierta de lios y bultos, y cierto número de pasajeros se habían ya establecido en ella, de hecho, ya que no de derecho.

En tan críticas circunstancias vino á sacarnos de apuros el famoso Saad el diablo, á quien vimos aparecer en traje de marinero árabe, y sin llevar en su aspecto nada que demostrase que era poseedor de dos grandes maletas llenas de preciosas mercancías. A la primera ojeada comprendió la situación en que nos hallábamos, y con la resolución y la altivez que le eran peculiares se preparó inmediatamente, como suele decirse, á cortar por lo sano. Sostenido por todos nosotros, no tardó en despejar por completo la popa de

los intrusos que con sus bagajes la habian invadido, y preciso es confesar que el procedimiento de que hizo uso no podia ser más sencillo, pues se redujo á arrojarlos, ó por mejor decir, á precipitarlos desde nuestra cámara en lo más profundo de la bodega, con lo cual comenzamos á movernos algo más cómodamente, ya que no con toda libertad. La extension de nuestro departamento no pasaba de diez piés de longitud por ocho de latitud, y en este pequeño espacio debian albergarse tres sirios, un turco que viajaba acompañado de su mujer y de sus hijos, el *reis* ó capitán del buque, algunos hombres de la tripulacion, y por último, nosotros siete: total, diez y ocho personas.

La cámara, miserable departamento cuya extension igualaba, con corta diferencia á la de la popa, estaba asimismo ocupada por otros diez y ocho individuos, mujeres y niños, y tenia cierta semejanza con la sentina de un negrero. El resto de los pasajeros, cuyo número, como antes hemos dicho, llegaba

á noventa y siete, se habia colocado sobre los equipajes ó al abrigo de la obra muerta. Por fortuna, reparé en una especie de lecho sujeto al costado del buque, y gracias á mis recursos, pude dar á su propietario, que se mecia sin duda en la dulce esperanza de dormir con comodidad, una moneda de cinco francos, por cuyo precio me lo cedió sin replicar, y lo arreglé de la manera más conveniente, prefiriendo arrostrar la influencia de la intemperie á la perspectiva de ser empaquetado como un arenque en el interior de aquel lugar de tormento.

Bien pronto, sin embargo, fué turbada nuestra tranquilidad. Aquellos berberiscos procedian de los desiertos que rodean á Tunez y Trípoli, y podia decirse que eran verdaderos salvajes: sin duda que algunas semanas atrás, al ver la primera barca que se presentó á sus ojos, se preguntaron, en su bestial ignorancia, cómo aquella navecilla habia de adquirir las dimensiones del buque que debia llevarlos á Alejandría. Eran en su mayor par-

te, jóvenes y vigorosos; tenían la estatura elevada, las espaldas anchas, los miembros fuertes y sólidos, la cabeza redonda, los ojos negros y de expresión bravia, y la voz sonora y retumbante: sus actitudes eran groseras, y su continente altivo y fiero demostraba el desden y la insolencia. Había entre ellos algunos ancianos que tenían un aire verdaderamente feroz. Sus mujeres eran, sin duda, tan salvajes y belicosos como ellos, y sus hijos, entre los cuales había algunos bastante hermosos, parecían dispuestos siempre á tirar del puñal. Unos tenían por único vestido algunos trapos sumamente sucios, y otros se envolvían en albornoces morenos ó rayados. Las mujeres llevaban la cabeza descubierta, sin velo ni turbante, y sin duda confiaban á la prodigiosa dureza de cutis ó á la espesura de su larga cabellera negra y rizada, el cuidado de preservarlas de la candente influencia de un sol de fuego. Imposible hubiera sido encontrar entre ellos un zapato ni siquiera una babucha; pero en cambio, ninguno

carecia de armas, si bien algunas de ellas, por fortuna, no eran más formidables que un puñal de veinticinco centímetros de longitud. Estos musulmanes africanos sufren en el tiempo que dura su peregrinacion las mayores miserias, pues al ponerse en marcha no cuentan, para llegar al término de su viaje, con otro recurso que las limosnas que les depara la Providencia. Es verdad que, segun se dice, si se presenta la ocasion, no dejan de robar cuanto hallan al alcance de sus uñas, y á nadie más que á ellos se acusa, tal vez injustamente, de los numerosos y deplorables asesinatos que durante la temporada de la peregrinacion se cometen en aquellas comarcas.

Una vez á bordo, aquellos salvajes se dedicaron á establecerse con toda comodidad, sin cuidarse de los demás pasajeros. Los primeros ataques partieron de algunos turcos, viejos y orgullosos, que les dirigieron varias palabras ofensivas y llegaron á sacudirles algunos golpes. Los mogrebinos respondieron

inmediatamente á la agresion, de manera que al cabo de algunos minutos no se podia ver más que una masa informe de hombres golpeando y sacudiendo al azar, mordiendo, arañando, derribándose y pisoteándose unos á otros, de cuya revuelta confusion salian gritos de rabia, aullidos de dolor y todos esos ruidos que acompañan generalmente á una reyerta. Un sirio que se hallaba á nuestro lado sobre la popa cometió la imprudencia de lanzarse en medio del tumulto, con el objeto de tomar parte en la pelea ayudando á sus compatriotas, y apenas se habia separado de nosotros cuando le vimos alejarse de la refriega con la cabeza abierta, arrancada la mitad de la barba, y con una profunda mordedura en una pantorrilla. Aquellos feroces bandidos eran cinco ó seis contra un solo adversario, y su infame conducta empeoraba el aspecto de la cuestion: los puñales y las gummias brillaron en el aire, y al cabo de muy pocos momentos, cinco hombres se encontraban ya fuera de combate.

Restablecióse la tranquilidad por algunos instantes, y como estaba fuera de duda que una de las primeras causas de todo aquello era la excesiva acumulacion de viajeros, se decidió enviar una diputacion que hiciese presente al propietario del buque las excepcionales y críticas circunstancias en que nos encontrábamos. El astuto Ali-Mourad nos hizo esperar, ó por mejor decir, desesperar durante tres horas lo menos, al cabo de cuyo tiempo se presentó á nosotros en una barquichuela que hizo detener á una distancia respetuosa y prudente, desde donde nos hizo saber que cualquiera que lo deseara quedaba en libertad de abandonar el buque, perdiendo, sin embargo, el precio de su pasaje. Nadie pensó en marcharse, y el sagaz armador, despues de recomendarnos que fuésemos hombres de bien, que no riñésemos y que pusiéramos nuestra confianza en Dios, que lo arreglaria todo, se despidió de nosotros y volvió á la ribera. Su partida fué la señal de una nueva excision. Durante la primera, tan-

to yo como mis compañeros habíamos permanecido inmóviles en nuestro sitio y con las armas al alcance de la mano, por lo que pudiera suceder; pero esta vez los berberiscos quisieron darse importancia con nosotros, y media docena de los más insolentes se dirigieron en son de ataque á la popa. Al verlos acercarse, Saad el diablo, que era indudablemente el más bravo de todos nosotros, se puso en pié de un salto jurando como un condenado, mientras los demás nos apoderábamos de un haz de rodillos de fresno, gruesos como el brazo y de seis piés de longitud, engrasados y de una fortaleza á toda prueba.

—¡Si no quereis que esos mogrebinos se burlen impunemente de vosotros, defendeos! —nos gritó Saad blandiendo con aire amenazador un formidable garrote.

Luego, volviéndose al enèmico, añadió:

—¡Perros, hijos de perros, pronto os haremos ver lo que son los hijos de la Arabia!

Yo reparé que el enemigo no demostraba ninguna excitacion. Sin embargo, semejan-

tes á un enjambre de abejas enfurecidas, aquellos feroces bandidos asaltaron la popa gritando: *¡Dios es grande!* Pero vuestra elevacion de cuatro piés nos daba sobre ellos una terrible ventaja, de que nos aprovechamos perfectamente: sus garrotes de palmera y sus puñales demasiado cortos eran impotentes contra nuestras cachiporras, y todos sus repetidos esfuerzos para apoderarse por asalto de nuestra posicion no produjeron otro resultado que aumentar el número de sus cabezas rotas.

Desde el primer momento, creyendo que con semejante arma podia fácilmente matar un hombre, mis golpes no habian sido muy recios; pero bien pronto me apercibí de que las cabezas y las espaldas de nuestros enemigos, duras como peñascos, podian resistir, ó por mejor decir, exigian el empleo de todas mis fuerzas. De repente se me ocurrió una magnífica idea, y sin dilacion me preparé á ponerla en práctica. Sobre el borde de la popa habia una enorme cántara de barro,

llena de agua para beber, que con su caja de madera bien podia pesar unas cien libras. Era entonces justamente lo más fuerte de la refriega: deslicéme sin ser visto hasta la tinaja, y empujándola vigorosamente con los hombros, la precipité sobre el enjambre de nuestros enemigos. Su caída, que destrozó las cabezas, los cuerpos y los miembros de los asaltantes, fué seguida de una gran aclamacion, y los berberiscos, temiendo, que aquel ardid de guerra fuese seguido de algun otro más formidable todavía, tomaron el partido de retirarse al otro extremo del buque. Algunos momentos despues, en medio de un profundo silencio, recibimos una diputacion de mogrebinos, cuyos albornoces estaban manchados de sangre: venian á pedir la paz, y se la concedimos de buen grado, á condicion de que serian los primeros en respetarla. No replicaron, y bajando la cabeza, despues de hacernos una profunda reverencia, se retiraron para dedicarse á cuidar de sus heridas. Tal fué esta célebre batalla, en la que el dul-

ce Omar se mostró ardoroso y valiente como un leon del desierto, y cuya gloria nos pertenece por entero.

Al fin, el 6 de julio de 1883, á las nueve de la mañana, nos hicimos á la vela. Cuando el *Hilo dorado* se puso en movimiento, no pude menos de dirigir una mirada de cariñosa despedida al pabellon británico, que ondulaba majestuosamente sobre el consulado de Suez; pero mi emocion solo duró un momento. Sentíame arrastrado por el amor de las aventuras, por el deseo de lo desconocido, y me consideraba feliz al abandonar las playas de Egipto, donde no me habia ido muy bien. Mis ropas de persa no me habian granjeado más que antipatía y aversion, los funcionarios indígenas me habian tratado con irritante desprecio, y habia tenido el sentimiento de verme siempre en contacto con mis compatriotas, sin poder gozar de su sociedad.

Doce dias despues, cerca del medio dia, desembarcamos en el puerto de Yambo.

Hubiera podido evitarme sin duda alguna

la mayor parte de los padecimientos que tuve que sufrir durante esta travesía con solo tomar una embarcacion para mí: habria tenido á mi disposicion una cámara donde dormir durante la noche y donde preservarme del sol durante el calor, y en vez de doce dias, mi viaje no hubiera durado más que cinco. Pero desde el primer momento habia querido ser testigo y partícipe de la vida que se lleva á bordo de un buque de peregrinos, el precio del pasaje hubiera ascendido á mil ó mil doscientos francos, y semejante principio me hubiera acarreado gastos enormes, si se tiene en cuenta que habia de gastar en proporcion durante todo el viaje. En estas comarcas, el hombre prudente y previsor debe principiar su viaje de la misma manera que se propone continuarlo.

CAPITULO VI.

**Yambo.—Aspecto de la ciudad.—Sus habitantes.
—Medios de transporte.—Las literas y los camel-
los.—En marcha.—Saad y sus bandidos.—Ata-
que de los beduinos á la caravana.**

El calor sofocante de un sol de fuego y la frecuencia de las abluciones, que teníamos que hacer necesariamente con agua del mar habíanme producido tan perniciosos efectos en los piés, que cuando desembarcamos en Yambo solo con gran trabajo me podia tener derecho. Sin embargo, como era necesario que cumpliese por completo mi deber de viajero, viendo que Hamid y todos nuestros

compañeros se dirigian á la aduana, me apoyé sobre el brazo de mi criado y los seguí con el objeto de visitar la ciudad.

Yambo del mar, en cuya poblacion ha creido el célebre Bruce reconocer la antigua *Yambia* de que habla Ptholomeo, tiene una gran importancia por su ventajosa situacion sobre el mar Rojo y divide con otras ciudades marítimas el título de *puerto de la ciudad santa*. Numerosos comerciantes y peregrinos depositan en sus almacenes, que alquilan con este objeto, las mercancías cuyo excesivo peso impide su trasporte, y tambien las que, por ser de un valor algo considerable, no quieren exponer á los azares de un viaje por el desierto. Yambo, que sirve de puerto á Medina como el de Djedda á la Meca, hace con aquella un comercio bastante activo, y estiende sus exportaciones á los puertos de la costa occidental del mar Rojo. En ella, segun noticias que pude adquirir, concluye la autoridad del virey de Egipto y empieza la del sultan. No obstante, encuéntranse en sus

calles más de un soldado de infantería regular ó *nizam* y el gobernador de la ciudad es un *cherif* ó jefe árabe. Tuve la buena suerte de encontrar á este personaje paseando en el gran bazar, y pude contemplarle á mi sabor: era un hermoso jóven de tez blanca, frente despejada y correcto perfil; vestía un rico traje oriental, cubria su cabeza un magnífico turbante de cachemira, y sus armas eran un sable sumamente corvo y un puñal; seguíanle dos gigantescos esclavos, negros como el ébano y de mirada feroz, que llevaban en sus manos dos gruesos bastones.

La ciudad, en sí misma, no tiene verdaderamente nada de notable. Vista desde el puerto, presenta una larga fila de blancos edificios que se elevan entre un cielo de puro azul y un mar de color verdoso. En el interior las calles son bastante largas, y excepto en las cercanías del puerto ó de los bazares, á causa del alto valor que en dichos sitios tiene el terreno, las casas están edificadas á cierta distancia unas de otras. Los edi-

ficios están groseramente contruidos con piedras calcáreas y maderos mal labrados; sus muros se desmoronan con la mayor facilidad, las ventanas son inmensas, y en fin, si se los compara á los del barrio mahometano del Cairo, presentan un aspecto extremadamente miserable. El mercado se parece á todos los que existen en las ciudades de Oriente: es una calle larga y estrecha, sombreada por un toldo de hojas de palmera y con pequeñas tiendas abiertas á uno y otro lado en los mismos muros de las casas. Los cafés son abundantes, pero llenos de inmundicia por los concurrentes, y es absolutamente imposible encontrar en ellos un momento de reposo si no se va provisto de un abanico para espantar las moscas. La aduana está situada en el puerto, frente al desembarcadero, ocupándose de su administracion dos empleados turcos, que permanecen durante la mayor parte del dia tendidos sobre sus divanes cerca de las ventanas, y que se limitan, sin tomarse el trabajo de examinar el contenido de

los fardos y cajones, á imponer por vía de derechos á cada uno de ellos una exaccion de tres ó cuatro piastras.

Hay una circunstancia respecto de la cual Yambo pretende tener superioridad sobre las demás poblaciones del Hedjaz, y es la relativa al agua potable. Los que cuentan con recursos para pagarla la hacen trasportar en camellos desde las colinas cercanas, donde se han abierto cisternas para recoger y conservar el agua de las lluvias. Sin embargo, aquí, como en Suez y otras poblaciones de estas comarcas, algunos ancianos, por efecto de una larga costumbre, prefieren beber el agua salobre de los pozos de la ciudad, y hay quien dice, que si llegasen á ir al Cairo, salarian el agua del Nilo para encontrarla agradable.

Apenas entré en Yambo, me quedé asombrado del aspecto extraño y sorprendente de su poblacion, que es, á no dudarlo, una de las más fanáticas, revoltosas y pendencieras del Hedjaz. El *cheik* ó gobernador, siguiendo las prescripciones de la moda, que ejerce su tira-

nía en el desierto lo mismo que en las ciudades, demuestra su alto rango por la riqueza de sus ropas, y sobre todo, por el número y calidad de sus armas. El viajero civilizado, al llegar de Medina, trae sujeta en su faja una pistola cargada, provista de un cordón de seda carmesí, y un afilado puñal oculto bajo el jubón; el soldado irregular pasea por las calles una especie de arsenal; el montaraz beduino, con toda la dignidad de su valor y de su orgullo, camina armado hasta los dientes, y la parte pacífica de la población masculina no sale jamás de su casa sin llevar apoyado sobre el hombro derecho un garrote cuya longitud y grueso está siempre en proporción con la importancia del que le lleva, y por cierto que los habitantes de Yambo manejan esta arma primitiva con la más temible habilidad. En cuanto á las mujeres, sus trajes son exactamente iguales á los que usan las egipcias, pero se cubren con un velo blanco muy tupido, que oculta por completo el rostro, dejando ver los ojos solamente. Para concluir,

esta poblacion tiene un aspecto muy saludable, y no está sujeta á las oftalmías que hacen tantos estragos en las comarcas del valle del Nilo.

En la tarde del dia mismo de nuestra llegada, hicimos buscar un *mukharrij* ó alquilador de camellos, y gracias á un respetable comerciante que se dirigia á Medina, su ciudad natal, y que nos sirvió de intérprete en aquella ocasion, ajustamos con el alquilador y los beduinos que le acompañaban las condiciones por las cuales podríamos procurarnos los medios de transporte que necesitábamos para nuestro viaje por el desierto. Tanto unos como otros discutimos calorosa y detenidamente los menores detalles del contrato, por cuyo motivo fué la cuestion más larga, pero al fin concluimos por ponernos de acuerdo, y convinimos en que el precio seria de tres dollars, es decir, unos sesenta reales por cada bestia de carga, pagando una mitad al salir de Yambo y la otra al terminar el viaje, ó lo que es lo mismo, en Medina. Debíamos

emprender la marcha al anochecer del día siguiente, al mismo tiempo que una caravana de comerciantes en granos, y bajo la escolta de un destacamento de caballería irregular, circunstancia que hacia necesaria la entrada en campaña de la tribu Hazimi. Esta novedad produjo tal efecto en mi criado Nour y en el joven Mahomet, que no pude menos de decirles:

—¡Qué! Los que han sido bravos como leones en el Cairo y en Suez, ¿han degenerado hasta el punto de ser en Yambo medrosos como gallinas?

Este apóstrofe produjo el efecto deseado. Alquilé dos camellos, el uno para Nour y el equipaje, el otro para Mahomet y yo, bajo condicion expresa de que habian de ser los mejores animales entre los que tenia el alquilador, y que si alguno de ellos se inutilizaba durante el viaje, se le reemplazaria con otro de un valor igual.

El día indicado, á las seis de la tarde, nuestros camellos estaban dispuestos, y gol

peaban el suelo con sus duros cascos demostrando su impaciencia por partir. Mi doble litera de mimbres, colocada sobre la joroba y sujeta á los costados de un animal grande y fuerte, se balanceaba á cada uno de sus movimientos, haciéndome temer que al primer paso se deslizase por el cuello ó la grupa de su portador dando con mis huesos en el suelo. Los camelleros me advirtieron que, para alcanzar mi extraño vehículo, debia trepar por el cuello del animal, pero como el estado de mi pié enfermo no me permitia entregarme á semejantes ejercicios gimnásticos, exigí que hicieran poner el camello en cuclillas, operación delicada que, si se repite con alguna frecuencia, destroza la litera al cabo de pocos dias, y que fatiga en sumo grado al camello, obligado á levantarse con toda la carga. Despues de algunas detenciones y retrasos en la puerta de la ciudad, como el sol empezaba á ocultarse, hicimos nuestras plegarias y partimos. Mi compañero Hamid me encareció la fuerza de los muros y de las torres de Yambo, que

en 1802 resistieron los furiosos y repetidos asaltos de los *wuhabitas*; seria cierto, pero, por mi parte, puedo asegurar que en la época en que tuve ocasion de examinarlas no sufrirían durante cinco minutos, sin arruinarse, los fuegos de una batería de nuestra artillería de campaña.

La luna se elevaba, llena y magnífica, en un cielo azul, sereno y despejado; su pálida claridad nos inundaba al salir de las tenebrosas calles, y apenas entramos en el desierto, pudimos conocer el agradable contraste que ofrecia su ambiente puro y delicioso, comparado á la atmósfera infestada de la ciudad. Siguiendo la costumbre de los viajeros árabes, mis camaradas se pusieron á cantar, y de esta manera se pasó la noche del 18 de julio.

Habíamos ya tenido algunas falsas alarmas, lo que no impedía para que ejerciésemos durante las horas de campamento y de camino una gran vigilancia, cuando en el cuarto día de nuestro viaje, tuvimos conocimiento

de que dos grandes jefes de bandidos, Saad y su hermano, estaban en campaña.

Saad era el jefe de los Sameitas y de los Mehemitas, dos fracciones importantes de los Hemitas, que forman la familia principal de la tribu de los Beni-Harf. Este jefe habia aspirado al mando supremo de la tribu, lo que en realidad hubiera hecho de él el monarca de la tierra Santa, pero el cherif de la Meca y el gobernador turco Hamid-Pachá, comprendiendo que era necesario combatir su poderosa influencia, le suscitaron un rival en la persona de Fad, otro picaro de su misma especie, que se daba el título de jefe de los Beni-Amr, la tercera fraccion de los Hemitas. Entonces los partidarios de Saad, que segun se decia, ascendian al respetable número de cinco mil, declararon guerra abierta á los de Fad, que no eran más de ochocientos, pero que, contando con la poderosa ayuda del gobernador, tenian en jaque á sus enemigos. Estos dos partidos, sin disciplina ni organizacion, como todos los que pretenden libertad en el Oriente,

ocupábanse más que en otra cosa en saltear los caminos, en despojar á los viajeros y en asesinar bárbaramente á los soldados de las escoltas: tal era, realmente, el más claro efecto de su rivalidad.

Saad era un beduino de pequeña estatura, de color negruzco y de apariencia mezquina y despreciable; pero tenia perfectamente establecida la fama de su valor y de su presencia de espíritu. Decian que habia estado expuesto á diversas tentativas de asesinato. Un tósigo, que le habria causado la muerte si por casualidad no hubiera bebido despues una gran cantidad de manteca derretida, le ha hecho perder completamente la dentadura: desde aquel dia no come otra cosa que frutas que él mismo coge en el árbol, ni toma más café que el que prepara por su mano. El sultan le envió en cierta ocasion una bolsa, con la recomendacion de que la abriese él mismo, pero esta circunstancia despertó la suspicacia del beduino, que la hizo abrir por un esclavo, el cual fué derribado sin vida por la descarga

de una pistola pérfidamente dispuesta en la bolsa. Decíase que desde entonces Saad distribuía todos los regalos que le eran enviados de Constantinopla, las ropas á sus esclavos y el grano á los hombres de su tribu. Había quien le presentaba como el amigo, el bienhechor, el padre de los pobres, y otros, por el contrario, hacian de él un tigre sediento de sangre, un sér horrible, ávido de riquezas y tan implacable en su venganza que no perdonaba ni aun á sus mismos compatriotas.

A medida que disminuía la distancia que nos separaba de las colinas que le servian de abrigo, mis compañeros fueron dejando de hablar del célebre Saad, y no parecia sino que la sombra de aquellos cerros daba sudor frio á cuantos iban en la caravana. No tardamos en recibir el anuncio de que se nos dejaria libre el paso por los desfiladeros, porque éramos los hijos de las ciudades santas, pero á condicion de que los soldados que nos escoltaban regresarian inmediatamente al lugar de donde habian salido. Apenas oyeron semejantes

palabras, los albaneses que componian la guarda, cuyo número llegaba á doscientos, volvieron grupas, y á todo galope se alejaron de nosotros para volver á sus casernas.

Cerca del medio dia, habiendo establecido nuestro campamento en los pozos de Abbas, fuimos alcanzados por dos pequeñas caravanas: la una, que nos habia seguido, llevaba un soldado herido por los beduinos, y la otra, que habia llegado por opuesta direccion, estaba formada de peregrinos indios tan pobres, que entre todos ellos, y no eran menos de ciento, apenas hubieran podido reunir cinco duros: Saad habia sido generoso, y les habia hecho la caridad de permitirles pasar. ¿Se portaria de la misma noble manera con nosotros, que valíamos en realidad la pena de ser robados?

La noche extendió su oscuro manto de tinieblas por el horizonte, y durante todo el siguiente dia, no nos atrevimos á movernos. En fin, próximas ya las once de la noche se dió la señal de marcha, levantamos el campamen-

to, emprendimos nuestra ruta, y no tardamos en encontrarnos en compañía de otras tres ó cuatro caravanas, que se habian reunido para atravesar, haciendo uso de la fuerza si era necesario, el territorio de los temibles Hemitas. Todo el mundo deseaba demostrar su valor esforzándose por marchar á la cabeza de la columna; pero es preciso confesar que, si nadie queria quedarse á la cola, era porque el peligro seria probablemente mayor, en caso de un ataque, para los que cubriesen la retaguardia.

En medio de las tinieblas mas profundas, marchaba la caravana siguiendo el lecho de un torrente desecado, y el primer resplandor del crepúsculo matutino nos encontró metidos en un desfiladero llamado el *paso de los peregrinos*, y que gozaba de la más siniestra celebridad. Nadie se atrevió á pronunciar una palabra. Bien pronto la cima de las escarpadas rocas que se elevaban á la izquierda del barranco se coronó de espesas nubes de humo, é instantáneamente oímos una terrible descarga

cuya detonacion despertó los ecos de las rocas que se levantaban á nuestra derecha. Una turba de beduinos, semejante á un enjambre de abejas, guarnecia la cresta de las laderas; hasta los muchachos manejaban, como sus padres, groseros mosquetes de mecha, y trepando con una agilidad de gatos, tomaron posicion sobre las eminencias que flanqueaban la estrecha garganta, y abrieron desde allí un fuego nutrido sobre nosotros: estaban en completa seguridad, resguardados de nuestros disparos por una especie de baluarte de peñascos, que al mismo tiempo servia de apoyo á los largos cañones de sus fusiles. De nada hubiera servido provocar á aquellos bandidos para que descendiesen al llano, á fin de batirnos como hombres, pues semejante costumbre, muy seguida por los habitantes de la costa oriental de Arabia, no está en uso en el Hedjaz. Nuestra escolta se veia en la imposibilidad de tirar sobre enemigos ocultos tras una fortificacion de rocas; por otra parte, si uno solo de aquellos bandoleros hubiera sido

herido, la montaña entera se habria levantado y hubieran caido sobre la caravana tres ó cuatro mil hombres que no habrian dejado vivo ni uno solo de nosotros. Por fortuna, los beduinos se contentaron con dirigir sus tiros principalmente sobre los soldados albaneses de que se componia nuestra nueva escolta. Reclamaron estos la intervencion de algunos *cheiks* que se habian unido á nosotros en los pozos de Abbas, pero estos ancianos, llenos de dignidad, se la rehusaron despues de celebrar entre ellos una especie de consejo. No nos quedaba otro remedio que levantar una espesa polvareda, para ocultar nuestra marcha á los ojos de los asaltantes, y lo pusimos en práctica: al fin pasamos, pero dejando tras nosotros entre algunos camellos y otras bestias de carga, una docena de muertos. Mis compañeros, no sé por qué razon, parecian considerar esta refriega como un brillante hecho de armas.

CAPITULO VII.

Llegada á Medina.—Júbilo de los peregrinos.—Un versículo del Corán.—Aspecto de la ciudad.—Transformacion de Hamid el Samman.—Hospitalidad.—Las visitas.—Los muchachos árabes.—Una falta de cortesía.

Dos dias despues de este lamentable suceso, habiendo alcanzado la cima de un escarpado cerro, tuvimos la alegría de percibir los altos minaretes de Medina en el último límite del horizonte. Como si obedeciéramos á una voz de ordenanza, detuvimos el paso de nuestras cabalgaduras, y obligados por la fatiga y por el hambre, echamos pié á tierra para tomar un bocado y hacer nuestras plegarias,

diciendo con los ojos fijos en las torres de la ciudad santa:

—¡Oh, Dios! ¡hé aquí el santuario de tu Profeta! ¡Protégenos contra los eternos castigos, contra los fuegos del infierno! ¡abre las puertas de tu piedad, y permite que las atravesemos para llegar al paraíso de la dicha eterna!

Entonces comprendí el verdadero sentido de un versículo del Corán que dice:

«Cuando el peregrino haya regocijado sus ojos con la vista de los árboles de Medina, elevará su voz, y bendecirá al Profeta desde el fondo de su corazón.»

En efecto, en el bello paisaje que se extendía ante nuestras miradas, nada se podía encontrar que fuese más agradable á nuestros ojos, después de la triste y monótona desolación de las comarcas que acabábamos de atravesar, que el alegre y risueño espectáculo de los frondosos jardines y pintorescos verjeles que rodean la ciudad. Confieso que durante algunos minutos quedé, á su vista, tan

entusiasmado como mis compañeros; pero cuando volvimos á cabalgar en nuestros camellos para continuar la marcha, el instinto del viajero se sobrepuso á todo, y me dediqué á sacar un cróquis de la ciudad y á consignar en mi libro de memorias las diversas noticias que habia recogido preguntando á mis compañeros de mi viaje ó escuchando sus conversaciones.

Habíamos empleado cerca de ocho dias en recorrer los doscientos treinta kilómetros que separan á Yambo de Medina, y entramos en esta ciudad el 25 de julio.

Hacia el Oriente, el sol comenzaba á elevarse sobre las crestas de las pequeñas colinas salpicadas de espesos bosquecillos, á los cuales daban las brumas de la madrugada proporciones gigantescas; la tierra se vestía de púrpura y oro; ante nosotros se extendía un hermoso valle, ceñido en parte por las tortuosas ondulaciones del Nedjed, y á la izquierda se distinguía una sombría barrera de rocas, á la cual se dá el nombre de Monte

Ohod, y que tiene á su pié un verdadero canastillo de verdura esmaltada de blancas cúpulas (1). Sobre nuestra derecha se prolongaban espesas fajas de azuladas brumas, disminuidas ó traspasadas por los vivos rayos del sol naciente, y mas abajo, á una distancia de tres ó cuatro kilómetros, se veía á Medina, cuya extension parecia al primer golpe de vista mucho mayor de lo que es en realidad. El primer plano, compuesto de enormes rocas y de escorias basálticas, abiertas por un escarpado sendero que descendía á la llanura, parecia estar dispuesto á todo propósito para hacer resaltar de la mejor manera posible los encantos de aquella hermosa prespectiva.

A medida que avanzábamos, encontrábamos el camino concurrido por una multitud de gentes que esperaban nuestra llegada: pronto nos detuvimos á la puerta de la casa de Hamid el Samman. Nuestro amigo nos

(1) En este monte está el sepulcro de Hamzé, tío de Mahoma, que murió en una batalla perdida por éste contra los habitantes de la Meca.

habia precedido con el objeto de que no presenciásemos la primera explosion del júbilo que al verle manifestaran su madre y su sobrina, y tambien con el de hacer que nos preparasen un alojamiento digno de nosotros. En tanto llegábamos, nuestro huésped se habia limpiado y vestido de una manera conveniente: su cabeza estaba cubierta con un turbante de muselina, rodeado á un casquete de grana nuevo; se habia hecho rasurar las cejas, y la barba, conservando solamente unos bigotes finos como dos comas ortográficas, y una perilla semejante á un signo de admiracion; sus harapos habian sido cambiados por una bella camisa de algodón rayada de seda y un catfan de rica lana bordada; una larga faja de seda rodeaba su cintura, el pantalón era del mismo género que la camisa, y sus piés desnudos, que los rayos del sol habian tostado, estaban perfectamente limpios y protegidos por babuchas de color de naranja, segun la última moda de Constantinopla. Llevaba en la mano izquierda un rosario de per-

las, y en la derecha tenia una pipa con tubo de jazmin y embocadura de ámbar, y la vejiga de guardar el tabaco estaba ricamente bordada de oro. El resto de mis compañeros habia sufrido por grados una metamorfosis análoga. Aquellos hombres se vestían con los harapos del mendigo cuando no querian ser notados; pero comprendiendo que se habia de juzgar de su prosperidad por sus vestiduras, habíanse entonces preparado convenientemente para demostrar á primera vista que su viaje no habia sido inútil é improductivo.

Las maneras de nuestro huésped estaban asimismo tan cambiadas como su traje. El hombre brusco, impetuoso y vulgar, que conociera en Suez y en todo el viaje hasta Medina, habia adquirido de pronto una amabilidad y una cortesía verdaderamente increíbles. Me cogió de la mano y me hizo entrar el primero en el *mejlí* ó salon, que habia sido amueblado y decorado de una manera conveniente para la ceremonia de recepcion. Fuimos seguidos

por el jóven Mahomet, que se mostraba sumamente abatido y cabizbajo al mirarse cubierto de súcios harapos, pues comprendia que cada una de las personas que viniesen á visitarnos habia de preguntarse al reparar en su miserable aspecto: «¿Quién será ese galopin?» Dirigióse, pues, á ocultar su abatimiento y su confusion en el rincon mas oscuro de la estancia, y allí hubiera ido á reunírsele mi criado Nour, que estaba todo lo súcio que puede estar un indio cuando va de viaje, si yo no le hubiera mandado ocuparse inmediatamente del servicio.

Las costumbres árabes ordenan que todos los parientes y amigos del viajero vayan á hacerle su visita el mismo dia de su llegada, en prueba de que desean continuar sus antiguas relaciones amistosas. Se llenaron las pipas de tabaco, se dispusieron los divanes, y el café fué colocado sobre un hornillo encendido en el corredor. No habia hecho mas que sentarme cerca de la ventana, lugar preferente que las leyes hospitalarias de los árabes reservan

siempre al huésped, cuando empezó la interminable série de visitas, lo que obligó á mi amigo Hamid á levantarse á cada momento para dar la bienvenida y abrazar estrechamente á los que venian á felicitarle por su regreso. Segun su importancia relativa, los unos entraban y salian deslizándose, por decirlo así, con el mayor silencio; los otros, por el contrario, [parecian querer atraerse todas las miradas. El dia trascurrió así, y ni un solo momento se dejó de hablar de la guerra santa. El sultan, segun decian, habia enviado al emperador de Rusia la órden de abandonar su religion para convertirse al mahometismo; el czar habia pedido humildemente la paz, ofreciendo reconocerse como vasallo y tributario de Turquía; pero la Sublime Puerta habia replicado con gran entereza: «No, por Alá; haceos musulman.» Era evidente que el czar no podia resolver sin provocar una grande irritacion; pero Alá protege las armas de los creyentes, y muy pronto Adbul-Mejid seria dueño de Moscow, despues de lo cual volveria

sus ejércitos victoriosos contra todos los idólatras de Occidente, empezando por los ingleses, los franceses y los griegos. Como se puede suponer, tuve buen cuidado de ceñirme á la opinion popular, sin embargo de que la conversacion me hizo adquirir noticias sumamente enfadosas para el resto de mi viaje. Los beduinos, en su deseo de entrar á participar de los despojos de la Europa, habian resuelto enviar un buen contingente de soldados árabes al ejército del sultan; y como todos los hombres desde la edad de diez años querian partir, las contiendas estaban á la órden del dia, siendo su consecuencia natural que esta amable raza estuviese en trance de venir á las manos á todas horas y en todas partes.

A la plaga de las visitas sucedió la de los muchachos, que se precipitaron en el salon apenas vieron la puerta abierta, gritando como locos, rompiendo todo lo que podian alcanzar y hablando una jerigonza capaz de hacer huir al veterano más viejo y cachazudo. Un chicuelo que podia tener unos tres

años se empeñó en pisotear mi pié enfermo, y como yo no le permitiese satisfacer tan extraño capricho me declaró que con el sable que su padre tenia en su casa me habia de cortar el cuello de una oreja á otra. Otro de sus camaradas se apoderó, sin que yo le viese, de una de mis pistolas cargadas, y apuntó á la cabeza del que tenia más cerca; mas por fortuna no habia podido armarla enteramente, y esto evitó que tuviéramos tal vez que lamentar una desgracia. Un hermoso muchacho, cuya edad no pasaria de seis años y que llevaba colgado á la cintura un tintero, como símbolo indudablemente de la educacion literaria que recibia, se puso á fumar en mi pipa aspirando enormes bocanadas de humo, y como yo tuviese la audacia de establecer una comparacion entre la altura del tubo y la de su persona, arrojó la pipa á tierra con ademan colérico y me dirigió una mirada llena de rencoroso furor. Lo que atenuaba algo sus defectos era un extraordinario valor: aquellos chicuelos se llenaban de puñetazos

dentro de su casa, y en la calle estaban siempre dispuestos á pelearse con piedras ó palos.

Por mi parte, cansado ya de visitas y de ruido, acabé por faltar á todas las leyes de la cortesía árabe, atreviéndome á hacer advertir con mucha claridad á nuestro anfitrión los sufrimientos morales del jóven Mahomet, y añadiendo que sentia verdadera necesidad de alimento y de reposo, por lo cual me seria conveniente dormir un poco antes de dirigirme al santuario. El excelente Hamid, á pesar de que estaba ya preparado para ir á hacer sus plegarias sobre la tumba de sus padres, me hizo servir diversos manjares y una pipa encendida, mandó que me preparasen un lecho, echó á los muchachos de la habitacion, cerrando luego las ventanas, y me dejó entregado á la compañía que más deseaba, es decir, á la mia propia. Oíle en seguida subir el segundo piso, llamar á su madre, á su mujer y sus hermanas, que penetraron en la habitacion donde habia encerrado las precio-

sidades que trajera de su viaje, y que durante toda la mañana habia tenido ocultas, á pesar de las repetidas solicitudes que se le dirigieron. Maravillosas riquezas se encerraban indudablemente en sus baules, á juzgar por los gritos de alegría y admiracion que lanzaban aquellas pobres mujeres, bastante felices con contemplarlas.

CAPITULO VIII.

La casa de Hamid.—Recato de las mujeres.—Método de vida.—Visita al santuario.—Su aspecto.—Lugares de oracion.

El piso bajo de la casa de mi amable huésped se componia de un extenso zaguan lleno de viejas literas, de sillas y estribos de montar, y de otros diversos objetos de viaje generalmente en deplorable estado, el piso principal comprendia, por la parte de atras, un aposento en el que se veian las pilas de baño y de purificacion, y un corredor que daba paso á dos habitaciones situadas hácia la fachada de-

lantera: la una servia de almacen y la otra era el salon donde habia sido instalado á mi llegada. El piso segundo servia de habitacion á las mujeres, y como no lo he visitado, me es imposible describirlo. En cuanto al salon, tenia en los costados del Norte y de Oriente una especie de galería provista de mullidos cojines, donde me sentaba durante las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde para gozar de la frescura del aire. El mobiliario se componia de un divan en dos ángulos y de una bella alfombra en el centro; otro rincon estaba ocupado por una grande arca de madera, grosera y vieja como el baul de un marinero, y el último por un brasero de cobre conteniendo carbon encendido y todos los demás enseres necesarios para hacer café. A lo largo de los muros y á bastante altura para que los muchachos no pudiesen llegar á ellas, estaban colgadas un par de pistolas y media docena de pipas con tubos de cerezo.

La galería de la parte de Oriente dejaba contemplar las murallas de la ciudad, la puer-

ta llamada de Egipto, los elevados y esbeltos minaretes del santuario y los lejanos accidentes del monte Ohod; por la del Norte se veía la mezquita de Mahoma, una de las cinco que contiene el arrabal, una parte de los muros de la fortaleza, y á su pié una escena animadísima, debida á la reciente llegada de la caravana de Damasco. Este salon, bastante fresco durante la mañana y al anochecer, estaba fuertemente caldeado por el sol en las otras horas del dia.

Tal es, con cortisima diferencia, el plan de todas las moradas de la clase media en Medina.

En casa de Hamid jamás tuve ocasion de ver la figura de una mujer, á menos que pueda dar este nombre á las dos jóvenes esclavas africanas que hacian el servicio, y aun estas no dejaban nunca ver sus facciones sino lo menos posible y con cierto embarazo. Respecto á la joven dueña de la casa, á la esposa de Hamid, no la he visto una sola vez ni por casualidad he oido su voz. Algunas veces la

madre de mi huésped, sin salir de esta regla de conducta, hablaba en alta voz con su hijo y conmigo, cuando estábamos sin visita. En cambio, he visto con bastante frecuencia, cuando permanecía echado en la galería durante las horas de siesta, algunas mujeres que venían de visita y que subieron al piso segundo; una de ellas se detuvo, en cierta ocasión, tendiendo su mano envuelta en el manto á Hamid, y cambió con él algunas palabras, pero todas iban tan cubiertas con sus velos, que me fué completamente imposible percibir la más pequeña parte de sus rostros.

Nuestro método de vida era el siguiente: nos levantábamos al romper el día, nos purificábamos, hacíamos las plegarias de rigor, y despues comíamos un pedazo de pan antes de fumar una pipa y de tomar una taza de café; en seguida nos vestíamos é íbamos á visitar el santuario, regresando á casa antes de que apretase el calor. Permanecíamos fumando y charlando para pasar el tiempo hasta las once, y á esta hora se nos servía la *ghada*, que se

componia de pan sin levadura y de diversas clases de carne cocida y aderezada con legumbres, que por falta de cubiertos teníamos que comer con los dedos; venia despues el arroz, que tomábamos con unas cucharillas sumamente pequeñas, y concluia el almuerzo con dátiles frescos, uvas ó granadas. Despues de este refrigerio, con un pretexto cualquiera, iba á pasar las horas del calor tendido en el pasillo, durmiendo, fumando ó escribiendo hasta la puesta del sol. Entonces salíamos para hacer algunas visitas á nuestros amigos, por ejemplo, á casa de Omar-Effendi ó á la de Saad el diablo. Concluida la plegaria del anocheceer, se nos servia una comida más sustancial y variada que la primera, y en seguida nos tendiamos sobre dos colchones puestos en tierra delante de la puerta, al aire libre, y recibiamos las visitas que llegaban. Pasábamos la velada charlando y riendo hasta que el sueño nos indicaba la hora del descanso; entonces cada uno se retiraba á su habitacion, y por mi parte, dormia tan profundamente,

que no eran capaces de despertarme las descomunales batallas que daban los perros en las calles y los gatos en los tejados vecinos.

A los pocos días de nuestra llegada, decidimos visitar la tumba del Profeta, y una mañana, después de haber cumplido la gran purificación y de habernos vestido de blanco, color preferido por Mahoma, nos pusimos en marcha para hacer nuestra santa visita. El buen Hamid, á causa del mal estado de mi pié enfermo, había mandado á buscar un asno: el animal que me trajeron tenía el lomo desollado, estaba cojo y había perdido una de sus descomunales orejas, pero, tal como era, debía cabalgar en él. Esto hizo que algunos beduinos me tomasen por un turco ú osmanlí, necesariamente ignorante del árabe, según deduje de estas palabras que les oí decir:

—¿A qué maldición de Dios deberemos estar sojuzgados á estos caballeros de asnos?

La mezquita del Profeta, ante la cual hicimos alto, es uno de los santuarios de la fé musulmana y el segundo de los tres lugares

de adoracion más venerados que hay en el mundo ismaelita: los otros dos son la mezquita de Mahoma en la Meca, y la mezquita Aksa en Jerusalem, que tambien se llama templo de Salomon. La obligacion de todo peregrino, durante su permanencia en Medina, es ir al santuario cinco veces al dia para hacer las plegarias ordenadas por el Coran, leer continuamente el santo libro, y si le es posible, pasar la noche en vela entregado á la oracion.

La visita á la mezquita del Profeta difiere de la peregrinacion en que ésta, expresamente ordenada por el Coran, es obligatoria una vez por lo menos durante la vida de todo musulman, en tanto que aquella no es más que una accion voluntaria y meritoria.

Sin embargo, el género humano, y en Oriente más que en ningun otro país, es siempre aficionado á los extremos. Sí, segun las doctrinas de la escuela ortodoxa de El-Melik, Medina es considerada como superior á la Meca, á causa de la santidad que debe á

la tumba de Mahoma y de las gracias religiosas que de ella son consecuencia; de otra parte los vuhabitas, otra de las sectas en que está dividido el mahometismo, rechazan la intercesion del Profeta en el dia del juicio, consideran como indigna de adoracion la tumba de un simple mortal, y profundamente disgustados por el idolátrico culto que le rinden ciertos devotos, han saqueado é intentado destruir con sacrílega violencia este venerable monumento del islamismo, y han prohibido terminante y absolutamente á los fieles que vayan en peregrinacion á Medina. Sin embargo, la opinion general admite de una manera indudable la superioridad de la *Casa de Dios* en la Meca, pero proclama que en el mundo entero, á excepcion de este santuario, no hay lugar alguno más digno de veneracion y de respeto que Medina.

Despues de haber recorrido diversas calles llenas de lodo, atendido que las habian regado abundantemente durante la noche anterior, nos encontramos frente á una de las

puertas de la mezquita. Los alrededores, como se ve tambien en los del santuario de la Meca, estaban llenos de groseras y chavacanas construcciones, muchas de las cuales se apoyaban en la muralla de la mezquita; las otras no estaban separadas de ella más que por una estrecha callejuela. Este monumento no tiene perspectiva alguna, y considerado como edificio, carece por completo de belleza y dignidad. Despues de haber atravesado la puerta del Perdon, á la cual dá acceso una escalera de cinco peldaños, no pude menos de quedar dolorosamente sorprendido al contemplar el aspecto miserable y grotesco de aquel lugar reverenciado por todos los musulmanes. Quanto más le examinaba, más me parecia hallarme en un museo de tercer órden ó en un almacén de quincalla cuajado de ridículos ornamentos y decorado con un esplendor bajo el cual se descubren las señales de la miseria.

La mezquita del Profeta forma un paralelógramo de ciento veinte metros de longitud por ciento dos de anchura, y cuyos costados

siguen la direccion de Norte á Sur. Como la mayor parte de las otras mezquitas, está á cielo descubierto, y tiene en el centro un largo patio enarenado que termina en un peristilo, cuyos numerosos pilares, colocados en hilera, se asemejan en cierto modo á las columnatas de un convento italiano. Los intercolumnios, que forman una línea recta, están abiertos bajo pequeños arcos que tienen la forma de una media naranja y que se ven con mucha frecuencia en España. Los pórticos están divididos en cuatro partes por estrechos pasajes ó corredores cavados á tres ó cuatro pasos bajo el nivel del enlosado. El pórtico de Abdul-Medjid, empezado hace seis años y que está sin terminar, corre á todo lo largo del costado septentrional, mientras que por el lado del Oeste se extiende la galeria de la puerta del Perdon, á la cual hace frente la de la puerta de las Mujeres. Por último, un pórtico, casi tres veces más profundo que los otros, se extiende á lo largo del muro meridional: se le da el nombre de *jardin*, porque

en él está contenido el terreno donde se hallaba el jardín de Mahoma, y es el santuario que encierra todo lo que en el edificio existe más digno de veneración. Estos cuatro pórticos, edificados en forma de arco por el exterior, están sostenidos interiormente por pilares de materiales y construcciones diferentes, pues unos son de pórfido y otros de yeso. La galería del Sur, donde se encuentra la cámara sagrada, tiene el pavimento de mosaico y de bellas losas de mármol blanco, que cubren de espacio en espacio esteras ordinarias, sobre las cuales están extendidos algunos sucios y viejísimos tapices.

En este santuario, como en todos los del islamismo, se entra con los pies desnudos. La visita, que empieza en la puerta de la Salvación, situada en el ángulo Sudoeste del edificio, pasa por el jardín, vuelve cerca del muro meridional, sigue después el oriental hasta la puerta de Gabriel, y torna sobre sus pasos recorriendo la cámara del Profeta para concluir en el jardín, al pie del pilar de los

Fugitivos. Debe hacerse en la actitud más recogida, orando continuamente y deteniéndose para recitar una plegaria en los siguientes lugares: la ventana del Profeta, la de Abu-Beker, la de Omar y la puerta Enrejada, que están en el muro meridional de la cámara de Mahoma; en la puerta de Fátima y en el rincón septentrional del muro de la derecha; en la puerta del Perdon, en el lugar donde descendió el ángel Gabriel y en el minarete de Ruisiya, situados en la muralla oriental, en frente de la ventana del Profeta; en el nicho de Osman, y por último, en el pilar de los Fugitivos, que está en el jardín, donde terminan las plegarias.

CAPITULO IX.

El jardin.—La tumba del Profeta.—Jesús.—Una turba de mendigos.—El jardin de Fátima.—El agua de Zemzem.—¿Está vacia la tumba de Mahoma?

La parte del santuario que lleva más especialmente el nombre de jardin, aunque es la mejor adornada de la mezquita, es muy poco digna de elogios. Mide unos veinticuatro metros de ancho por treinta y ocho de largo, y está decorada de una manera demasiado teatral para tener el aspecto de un jardin. Adórnanla tapices con dibujos de flores,

y los intercolumnios están cubiertos de azulejos de un verde brillante, con un friso de arabescos, que llega hasta la altura de un hombre, representando una vegetacion exuberante y sobrenatural. Acompañando á esta decoracion, se ven bellos candelabros de brazos, de cristal tallado, vendidos por una casa de Lóndres, si no recuerdo mal, á Feu-Abbas, pachá de Egipto, que los ha regalado al santuario. Lo único que allí hay digno de admiracion es la luz, cernida por los cristales de colores de las vidrieras que el sultan de Egipto Kaid-Bey ha hecho colocar en el muro meridional.

Este jardin termina hácia el Oriente en la verja de la cámara, que tiene un soberbio adorno de filigrana de cobre dorado, que los árabes creen de oro, más pintoresco de cerca que de lejos, pues á cierta distancia se parece mucho á la jaula de un pájaro gigantesco. De noche, sin embargo, la vista se deslumbra por la luz de las lámparas de aceite suspendidas del techo y de enormes bujías de cera:

esta iluminacion refleja sobre las turbas de visitantes ataviados con sus ropas de fiesta, ordenadas detrás del sitio ocupado generalmente por los hombres más nobles y ricos de la poblacion. Cuando aquel sitio está iluminado tiene, en realidad, cierta belleza; pero no obstante, aun mientras dura la celebracion del oficio nocturno, es necesario estar bien penetrado del espíritu oriental para admitir que aquel jardin se parece á un jardin real y verdadero.

La cámara ha sido habitada por Hacchá, y forma, en el ángulo Sudoeste del edificio un cuadrilátero de diez y seis metros, completamente separado] de los muros por una galería de cerca de siete metros al Sur y de seis metros al Este. En el interior se hallan, segun se dice, tres tumbas colocadas frente al costado del Norte, y cercadas, segun unos, de muros de piedra sin ninguna abertura, y segun otros, de un fuerte tabique de madera, que están ocultas á la vista por una espesa cortina.

Por encima de la cámara se eleva la cúpula verde, que está surmontada exteriormente por una gran media luna dorada, terminando en muchos pequeños globos agrupados sobre ella. La imaginacion fecunda de los musulmanes atribuye á esta joya del edificio la milagrosa cualidad de brillar como una columna de fuegos celestes, que los peregrinos perciben tres dias antes de llegar á Medina. Mas por desgracia, solo los hombres santificados, cuyos sentidos materiales son tan perspicaces como su vision es espiritual, gozan del privilegio de distinguir este poético resplandor.

Cuando hubimos terminado nuestras devociones, mi compañero Hamid me permitió aproximarme á una de las pequeñas ventanas de la cámara, llamada la ventana del Profeta; pero como los chiitas se han atrevido algunas veces á profanar y mancillar las tumbas de Abu-Beker y de Omar, lanzando por la ventana objetos inmundos ocultos bajo una bella tela que hacian pasar como desti-

nada en obsequio al sepulcro del Profeta, mis acciones fueron entonces espiadas con la más escrupulosa atencion. Al cabo de algunos momentos y despues de vanos esfuerzos, percibí una cortina en la cual habia tres inscripciones en grandes letras de oro para anunciar al lector que detrás de ella reposaban el Profeta Mahoma y los dos primeros califas. El lugar exacto de la tumba de Mahoma se distingue de los otros por un gran rosario de perlas y por un ornamento particular, célebre bajo el nombre de *Constelacion de las perlas*, colocado sobre la cortina á la altura del pecho. El vulgo pretende que esta es la joya de las joyas del Paraiso; en cuanto á mí confieso que me ha causado el mismo efecto que el tapon de una botella. En realidad, durante el dia, el golpe de vista que á los ojos del visitante ofrece aquel lugar nada tiene de notable; por la noche, cuando las lámparas suspendidas en la galería, proyectando un ténue resplandor sobre las losas de mármol y de mosaico, hacen brillar las ins-

cripciones doradas de los espesos tapices, puede ser otra cosa.

Segun una tradicion popular, este cercado no tiene más lugar que para otra tumba, la cual está destinada á Jesús, hijo de María, que morirá despues de volver á la tierra para servir de precursor á Mahoma y anunciar la proximidad del dia final (1).

Desgraciadamente para mí, el jóven Mahomet se habia vestido con una gran túnica bordada, que le daba un aspecto soberbio. Alentados sin duda por esto, los agás ó guardas de la mezquita, reunidos en el jardin, se acercaron á nosotros, cuando apenas habiamos terminado nuestras plegarias en el santuario, para dirigirnos sus felicitaciones y pedirnos limosna. Fueron seguidos por el guarda del agua de Zemzem ó pozos del Profeta,

(1) Segun esta tradicion, cuando se acerquen los últimos tiempos del mundo, Jesús descenderá a la tierra, anunciará el último dia, morirá y será enterrado junto a Mahoma; el dia de la resurreccion general los dos se levantarán y subirán á los cielos, y Jesús recibirá de Dios la orden de separar á los buenos de los malos.

que me traia un vaso lleno de agua sacada del pozo sagrado, y cuando este se alejó fui asaltado por una turba de mendigos de todas especies. Bien á mi pesar, mis compañeros habian hecho de mí un hombre de grande importancia, lo que, por consiguiente, me obligaba á pagar la consideracion de que me habian revestido. Mahomet, encargado de distribuir las limosnas, no dejaba de mostrar una profusion digna de sus resplandecientes atavios, y por consecuencia, esta primera visita me costó unos cien reales, es decir, el doble de lo que me habia propuesto distribuir sin que jamás, en mis visitas sucesivas, pudiera retirarme sin haber pagado tres ó cuatro duros.

La sola cosa que hay digna de atencion en un patio enarenado y á cielo descubierto, es un cuadro de tierra bien regado y cerrado con una verja de madera, á que se da el nombre de jardin de Fátima. Contiene una docena de palmeras, cuyos frutos son enviados por los eunucos, en calidad de presente, al sultan y

á los hombres más principales del islamismo. El vulgo los tiene en grande estima; pero segun pude comprender, los ulemas no están muy convencidos de su valor. Muchas mezquitas, entre otras la del Cairo, tienen jardines parecidos á este.

Hacia el ángulo Sudoeste de este circuito está situado el Zemzem ó pozos del Profeta, cubiertos de un techo de tablas sostenido en pilares de madera. Dicen unos que el agua de estos pozos es salobre; pero la mayor parte afirma que es excelente, y la atribuyen á una comunicacion subterránea con el Zemzem de la Meca ó á un manantial que existe precisamente bajo la tumba de Mahoma. La entrada á los pozos es por la galería de la puerta de las Mujeres, que, durante las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde, sirve de paseo á los maestros de escuela de la ciudad y á sus discípulos. Un poco más al Sur se ve una empalizada movable, de madera pintada de verde, y de un metro de altura próximamente, que separa al *iman* ó

sacerdote de la turba de creyentes que acude á hacer sus plegarias.

Cuando dimos por terminada nuestra visita, la noche empezaba á cerrar. Salimos del santuario, teniendo buen cuidado de sacar primeramente el pié izquierdo y de no volver nunca sobre nuestros pasos, tal como lo prescriben la *Sunna* ó las antiguas tradiciones del Profeta, y volvimos á casa.

El Samanhdí, la autoridad quizá más grande en este punto, dá una pequeña parte de la descripción del sepulcro de Mahoma: entre otras cosas dice, en los términos más claros, que habiendo entrado en la cámara antes que el sultan de Egipto Kaid-Bey la hiciese reparar, ha visto en el interior tres profundas fosas, pero no el trazado de una tumba. En este caso, ó bien los restos del Profeta, á pesar de la superstición de los musulmanes, se habian ya mezclado con la tierra, lo que nada tendría de extraño despues de un enterramiento de nueve siglos, ó bien habrian sido robados por los cismáticos chii-

tas, que habian estado encargados de su guarda durante muchos años: esta version no tiene tampoco nada de sorprendente.

En suma, confieso que por mi parte, no puedo menos de dudar, sin embargo de la creencia general de los musulmanes, que los restos mortales de Mahoma existan todavía en el santuario de Medina.

CAPITULO X.

Medina.—Apuntes históricos.—Saqueo de la ciudad por los vuhabitas.—La tierra sagrada.—Descripción de la ciudad.—Sus habitantes.—Familias célebres.—Sectas diversas.

Medina, según las tradiciones de los árabes, fué fundada por Amlak ó Amalik, nietos de Sem, cuya descendencia fué destruida en totalidad por los israelitas en su viaje á la tierra de Canaan, y no debe su celebridad y la prosperidad que hace algun tiempo gozaba más que á la llegada de Mahoma y de sus compañeros, que se habian fugado de la Meca. Los vuhabitas se apoderaron de ella y la saquearon.

La ciudad acababa de capitular: Saud, rodeado de los principales capitanes de su ejército, penetró en la mezquita del Profeta y llegó hasta la cámara, pero no se atrevió á introducirse detras de la cortina ni intentó ver la tumba. Sin embargo, no dejó de llevarse los tesoros acumulados en el santuario, la constelacion de las perlas y los dones enviados por todos los habitantes de las comarcas musulmanas: Galib, cherif de la Meca, compró la mitad de estas riquezas por ciento cincuenta mil dollars (1), y la otra mitad fué transportada á Drehja. El edificio se libró de mayores devastaciones por un accidente tan imprevisto como afortunado: atraídos por la idea de que los globos y la media luna que sirven de remate á la cúpula verde eran de oro, los vuhabitas decidieron arrojarlos á tierra, pero dos de estos, que intentaron trepar y encaramarse sobre aquella techumbre, compuesta,

(1) Tres millones ciento ochenta mil reales próximamente.

segun dicen, de tejas barnizadas, resbalaron en ellas y se mataron al caer en tierra, produciendo esta catástrofe en sus compañeros tal temor supersticioso, que abandonaron acto seguido sus proyectos de destruccion. Además de esto, las contribuciones crecidísimas que los vuhabitas impusieron á los habitantes, y sobre todo, la prohibicion de hacer peregrinaciones al sepulcro del Profeta, han tenido ruinosas consecuencias para Medina, cuyo decaimiento es desde entonces cada vez mayor. Esta es la razon, justa y fundada por cierto, de que siempre que los habitantes de esta ciudad hablan de aquellos sectarios, lo hacen con un sentimiento de horror que no pretenden ocultar.

Despues del tratado de paz concluido en 1815 por Abdalla, hijo de Saud, con el general egipcio Toussun-Pachá, el primero, mediante la suma de oncemil duros próximamente, restituyó á Medina y repuso en su antiguo lugar todos los objetos y vasos de oro que en el intervalo no habian sido fundidos.

Algunos niegan este hecho, pero el aspecto actual de la mezquita y de la cámara me parece que suministran pruebas evidentes.

La ciudad del Profeta (*Medinat-el-Nabi*) se eleva en la orilla del Nedjed, sobre esa vasta llanura que forma las comarcas centrales de la Arabia. Los límites del territorio sagrado, tal como fueron señalados por Mahoma, pueden servir todavía para indicar los del llano de Medina. Hacia el Norte, á una distancia que no baja de cinco kilómetros, se perciben las mesetas de roca del monte Ohod, que es uno de los últimos accidentes de la vasta cadena de granito que, tendiéndose de Akaba á Moka y de Moka á Mascate, corona los costados de la península arábiga. Hacia el Sudoeste, igualmente á cinco kilómetros de distancia, el llano termina en las faldas de unos cerros compuestos de escoria basálticas y en una columna de rocas llamada monte Ayr.

Por las otras partes el límite es imaginario, y forma en torno de la ciudad un círculo irregular cuyo diámetro es de diez y

seis á veinte kilómetros: esto es lo que se llama santuario, ó por mejor decir, *tierra sagrada*. Cualquiera que muere y es enterrado dentro de sus límites, puede contar en el día del último juicio con la asistencia y la intervención del Profeta. Aquí, más que en ninguna otra parte, debe el verdadaro creyente tener una vida moral, abstenerse de bebidas fermentadas, y ser inofensivo para cuantos no sean infieles, sacrílegos ó enemigos del Profeta. Algunos doctores musulmanes pretenden asimismo que nadie debe cortar un árbol, ni matar un animal, ni cavar albañales en aquel terreno privilegiado.

Medina se compone de una fortaleza construida al Norte, de un arrabal y de la ciudad propiamente dicha. Esta, que ocupa la mitad menos de espacio que la Meca, es, sin embargo un tercio más grande que Suez. Sus murallas forman un óvalo irregular, provisto de cuatro puertas, de las cuales las más bellas son la del Viernes, al Este, y la de Egipto al Oeste. Los arcos son macizos, y están flanqueados de

dobles torres pintadas de un color brillante y que ofrecen sombra y abundante agua á los soldados, á los camellos y á los paseantes que allí se reunen en gran número. La calle que, partiendo de la puerta de Egipto, conduce á la mezquita del Profeta, sirve de gran bazar, y entre la misma puerta y el arrabal, casi enfrente de la casa de Hamid, están los dos mercados, el de frutas al Norte, y el de granos al Sur: estos mercados tienen un aspecto miserable, y desdican mucho del de la puerta. Tiene Medina numerosos cafés, pero aunque llevan este nombre, no son más que miserables barracas cubiertas con hojas de palmera que el sol y la lluvia han ennegrecido.

El viajero no encuentra en esta ciudad, además de los cinco templos, otros edificios públicos que una excelente casa de baños, los cafés de que he hablado y cuatro paradores de caravanas, que sirven tan pronto de almacenes como de alojamientos. Las casas de la poblacion están construidas con maderos de palmera, ladrillos

cocidos y escorias de basalto, y tienen generalmente dos pisos y una azotea: las principales están provistas de grandes patios, y tienen pequeños jardines con pozos de agua bastante buena: los balcones son enrejados, las ventanas son muy parecidas á las trone-ras de un fuerte, y están guarnecidas de sus correspondientes maderas.

La poblacion de la ciudad, comprendien-do tambien la delos arrabales, se ha calcula-do en diez y seis ó diez y ocho mil habitantes, y en general, está compuesta de familias é in-divíduos pertenecientes á todas las razas del Islam.

Entre los sunnitas, es decir, entre los ára-bes ortodoxos, se distinguen diversas razas, que están reputadas como las más nobles del mahometismo.

Los descendientes de Abu-Beker, llama-dos *Siddikitas*, son en pequeño número.

Los que descienden de Abbas, que llevan el nombre de *Kalífitas*, están representados por una sola familia, en la cual se escogen los

imanes del santuario y los guardas de la tumba de Hamzé.

De Abu-Ayub, muerto en el año 628 en el sitio de Constantinopla, viene una familia muy respetada, cuya nobleza se remonta á más de quince siglos, muchos de cuyos individuos son tambien imanes del santuario y que tiene el privilegio de custodiar la mezquita de Couba; esta familia es, sin embargo, poco poderosa, á causa principalmente de su pobreza.

No existen en el dia más que dos representantes de la posteridad de Abu-Youd, que ha provisto tambien al santuario de *muezines* y de imanes; estos dos supervivientes, segun me han dicho, son una jóven y un muchacho.

De Saab descende una numerosa familia, cuyos individuos son empleados en el santuario, comerciantes ó viajeros.

Los que traen su origen de Carsani, son en su mayor parte mercaderes.

En cuanto á los descendientes de Ali, los que no vienen de los hijos de Fátima son incontestablemente suunitas, y forman unas

doscientas familias que no se distinguen del resto de los habitantes de Medina por ninguna señal visible: sus individuos están empleados en el templo ó dedicados al comercio.

Los descendientes de Alí y de Fátima cuentan en su familia á Hossein y Hassan, los dos santos reverenciados por los chiitas. Después de la muerte de Alí, Hassan abdicó, retirándose como Hossein á Medina, donde permaneció hasta su muerte, en tanto que aquel se hacia matar en la famosa batalla de Kerbelá. Los que tienen á Hassan por padre, se titulan *cherifes*, y se ocupan sobre todo de asuntos de guerra y de gobierno; los que descienden de Hossein, originarios de los doce nietos de éste que sobrevivieron al desastre de Kerbelá, se dedican principalmente á los estudios científicos y religiosos.

Durante largo tiempo, estos habitantes han estado encargados de la custodia del sepulcro de Mahoma, pero en la actualidad, privados de este privilegio, han trasladado su residencia á Suvuerkiya, en el desierto, al

Este de Medina y distante cuatro ó cinco jornadas de la poblacion: así es que, mientras cuentan unas noventa ó cien familias en el campo, no tienen más que siete ú ocho en la ciudad.

Sin embargo, se los considera como habitantes de Medina, y sus cadáveres reciben sepultura dentro de los límites del santuario. Muchos los tratan como sunnitas, y otros creen que algunos lo son entre ellos; pero la opinion más general es que ocultan cuidadosamente su culto chiita. Estos fatimitas son pequeños, morenos, muy parecidos á los beduinos y conservan las costumbres y el género de vida de los antiguos árabes.

En fin, Medina contiene tambien herejes ó cismáticos declarados: estos son los Nekuales, que profesan abiertamente la secta chiita y llevan hasta el exceso el respeto por la familia de Alí; tienen sus sacerdotes, se casan con mujeres de su misma sangre, y no ejercen oficios más elevados que los de jardinero, barrendero ó sacrificador. Despues de su

muerte, como durante su vida, están excluidos del santuario, y son el objeto de maldiciones y de calumnias infinitas. Unos los hacen descendientes de los *ansarianos* ó de Yezid; hijo de Moavia, y aunque sus opiniones religiosas no permiten admitir estas hipótesis, han podido ser llamados hijos de Yezid por haber sido trasportados por él de Siria á Medina: el hecho es que, á pesar de sus vestidos y de su lenguaje arábigo, varios de sus caracteres distintivos han traído á mi memoria el recuerdo de algunos pueblos de Palestina.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

COMISIÓN EDITORIAL.— Madrid y París, 1880.

PEREGRINACION A LA MECA

POB

EL CAPITAN SUTTON

PEREGRINACION A LA MECA.

POR A. H. SUTTON

TOMO II.

MADRID

Imprenta de la Real Academia de Ciencias

Compañía S.

1880.

Galería Literaria.—Murcia y Martí, editores.

PEREGRINACION A LA MECA

POR

EL CAPITAN BURTON

Extractada y traducida

POR E. H. y F.

TOMO II.

MADRID.

Imprenta de la Galería Literaria,
Colegiata, 6.

—
1872.

PREHISTORICAL A LA MEGA

FOR

EL CAPITAN BURTON

Calcutta and London

FOR E. H. & F.

TOMO II.

Printed at the Calcutta Press,
Calcutta.

1872.

CAPITULO PRIMERO.

La mezquita de Couba y su tradicion.—La tumba de Hamzé.—El cementerio de El-Bakia y su tradicion.—Los mendigos.—Un cometa.—El beduino Mujrin.—Proyecto abandonado.

Los lugares más renombrados que, después de la tumba de Mahoma, visitan los peregrinos musulmanes en los alrededores de Medina, son la mezquita de Couba, el cementerio de El-Bakia y la tumba del mártir Hamzé, que, como dijimos en el tomo anterior, está situada al pié del monte Ohod.

A poca distancia de la puerta de Couba,

que así se llama el portillo que es necesario atravesar para dirigirse desde Medina á la mezquita que era entonces objeto de mi curiosidad de viajero, se encuentran unas plantaciones de esbeltas palmeras que unen á los encantos de la vista las delicias de una sombra llena de frescura. Los árboles perfuman el ambiente con los balsámicos aromas de sus flores, y los pajarillos se agitan entre el ramaje entonando sus cantos melodiosos. El tronco de las palmeras se eleva recto y cimbrador como una caña, y su verde copa, en forma de sombrilla, descuella sobre los árboles que la rodean: en cuanto á sus frutos, no me atreveré á decir que sean superiores á los dátiles de la Meca, porque eso seria un sacrilegio. En general, la palmera de los dátiles puede crecer en los terrenos áridos, pero es indudable que adquieren más completo desarrollo en las márgenes de los riachuelos y en todos los terrenos húmedos: si las de Medina, á pesar de la aridez de la tierra, producen mejores frutos que las de otros puntos,

esta circunstancia se debe solamente á que se tiene el cuidado de regarlas tres veces al día.

He visto en estos jardines cebollas, pueras, zanahorias, nabos, cohombros y frutas en cantidad abundante, cinco especies de viña, de las cuales, la mejor produce unos racimos blancos, cuyos granos tienen un sabor muy parecido al de las uvas de Toscana; el juyabal, cuyas bayas son muy apreciadas en este país; albérchigos muy duros y cuya carne está fuertemente adherida al hueso, bananas, melones de agua, higos y camuesas, pero me extrañó que no hubiese peras ni albaricoques. En cuanto á las granadas, las hay de tres diversas especies, y entre ellas, la más hermosa y la mejor es la que se conoce con el nombre de granada de Siria; no hay en todo el Oriente otra fruta que pueda rivalizar con esta granada.

Antes de llegar á la mezquita, fuimos, como ya habia previsto, asaltados por una turba de niños mendigos, muy semejantes á pequeños monos desprovistos de cola, y por

sus madres, cuyo aspecto me hizo pensar involuntariamente en las célebres harpías de la fábula.

Hé aquí la tradición que se refiere á la mezquita de Couba. Cuando Mahoma, en su huida de la Meca, llegó á Medina, la camella que montaba el Profeta se detuvo en este sitio, echándose sobre el vientre. Mahoma hizo que sus compañeros cabalgasen en ella; Abu-Beker y Omar obedecieron la órden del Profeta, y á pesar de esto, la camella permaneció inmóvil. Montóla enseguida Alí, y entonces el animal se levantó, marcando con sus pasos el espacio sobre el cual hizo Mahoma edificar la primera mezquita que hubo en el mundo. El terreno pertenecía á Abu-Ayub, y por esta circunstancia, la guarda de la mezquita se ha conservado entre los descendientes de este ansariano, (1) que se reparten las limosnas que dejan los creyentes. La mezquita, tal como la ha reconstruido el sultan Abdel-Hamid,

(1) Se da el nombre de «ansarianos» á los medinenses que prestaron hospitalidad á Mahoma.

tiene más bien el aspecto de un castillo que el de un templo.

El edificio está rodeado de cierto número de pequeños lugares de oracion, entre los cuales se cuenta y es digno de mencion especial, el sitio donde Fátima molia su trigo, en un molino movido á brazo, para hacer el pan. Nosotros no entramos en él, á fin de evitar las reiteradas y continuas peticiones de la limosna que nos dirigian los mendigos que pululaban en aquel sitio.

Rendido por el paseo, y sobre todo, por el sofocante calor del sol, aunque no eran más que las nueve de la mañana, me recosté para descansar junto á un pozo que alimentaba un arroyuelo, y por el efecto natural del murmullo del agua y de la grata sombra de los limoneros y granados, me quedé profundamente dormido, soñando que me encontraba asomado á una ventana rodeada por los verdes pámpanos de una parra, contemplando el hermoso valle de la Liane, (1) con sus claras aguas,

(1) Pequeño valle de Francia, cerca de Boloña.

su cielo azulado y sus ribazos cubiertos á trechos de blanca nieve.

Algunas horas despues habíamos tambien hecho nuestras plegarias sobre la tumba del mártir Hamzé. Este pequeño monumento no vale verdaderamente la pena de ser visitado por el viajero, pero, ya que no otra cosa, ofrece á lo menos la ocasion de examinar el abrasado y escabroso terreno en que se encontraron los ejércitos de Mahomá y Abu-Sofian.

En cuanto al cementerio de El-Bakia, los creyentes le visitan todos los dias, y si esto no les es posible, los viernes por lo menos, despues de haber hecho sus plegarias ante la tumba del Profeta. Segun la tradicion que le acompaña, el último dia del mundo, cuando en los aires resuene la trompeta del juicio final, cien mil, ó á lo menos setenta mil santos, hendirán los aires sobre el cementerio con los rostros resplandecientes como la luna llena. Se cree que hay diez mil compañeros del Profeta enterrados en él; de sus descendientes se ignora el número. El primer difun-

to que resucitará será Mahoma, el segundo, Abu-Beker, el tercero, Omar, y en seguida los creyentes sepultados en El-Bakia, á quienes seguirán los que se hallan enterrados en la Meca. La version generalizada entre los musulmanes que asegura la salud eterna á todo el que muera en cualquiera de los dos santuarios, ha hecho subir estos terrenos más allá de todo precio y de todo valor.

El primero de los mohagerinos (1) que murió en Medina, Osman-ben-Mazem, fué así mismo el primero que halló sepultura en el recinto de El-Bakia. El campo estaba entonces cubierto de unos árboles llamados *gar-kad*, que fueron cortados, se arrancaron las raíces, se niveló el terreno, y Osman fué enterrado en medio del nuevo cementerio, habiendo puesto Mahoma, con sus propias manos, dos grandes piedras sobre la tumba, una á la cabeza y otra á los piés de su fiel compañero.

(1) Se da este nombre á los compañeros que siguieron á Mahoma en su huida de la Meca á Medina.

Este cementerio de los santos forma un oblongo irregular, y está cercado con muros de piedra y rodeado de plantaciones de esbeltas palmeras. Su extension es mucho menor de lo que seria conveniente para el frecuente uso que de él se hace, y sin duda alguna no podria contener la innumerable multitud de cadáveres que en él se encierran si la manera de hacer los enterramientos en estos países no tuviera la ventaja de precipitar la descomposicion. La puerta es demasiado pequeña y de feísima construccion. El interior es lúgubre y triste, no contiene árboles ni flores, y los antiguos monumentos destruidos por el fanatismo de los feroces vuhabitas no han sido reparados más que á medias y de una manera mezquina y miserable. Tuve buen cuidado de entrar en el cementerio descalzo y con el pié derecho, como en una mezquita, á fin de que no me tomasen por un infiel.

Los mendigos nos esperaban haciendo reverentes cortesías. En la puerta del cementerio, numerosas viejas y tambien algunas jó-

venes se disputaban el cuidado de presentarnos las babuchas, que nos habíamos quitado para entrar, y sucedió que, en su *desinteresada* oficiosidad, dos de aquellas extrañas sirvientas me presentaron cada una de mis zapatillas.

En el interior, algunos muchachuelos estaban prontos á dirigirnos las más importunas y discordantes amonestaciones para obtener de nosotros algunas limosnas. Desgraciadamente para mí, el buen Hamid tenía fama de no conducir á las mezquitas ni al cementerio más que peregrinos ricos y poderosos, y por consecuencia de esta reputacion, mi bolsillo se aligeró aquel día en unos sesenta reales. Debo reconocer, en verdad, que más de cincuenta mujeres, profundamente agradecidas á mis liberalidades, se ocuparon durante la mayor parte de la mañana en rogar á Dios por el alivio de mi pié enfermo; mas, sin embargo, tengo tambien el sentimiento de no poder hacer constar que sus plegarias me produjeron la menor mejoría.

Un espléndido cometa apareció por aquellos días en los cielos de Occidente, y al contemplarle, los habitantes de Medina presintieron, como de ordinario, que los amenazaba el hambre, la guerra ó la peste. Y en efecto, no tardaron en romperse las hostilidades, por una causa sumamente leve, entre las familias Hamida y Hazimi, pertenecientes ambas á la poderosa familia de los Beni-Harb, que dieron principio á una guerra feroz y sanguinaria. Durante el día 30 de agosto, se pudieron oír distinta y claramente desde la ciudad las repetidas descargas de fusilería que se hacían en la montaña. Las calles estaban llenas de bandas de beduinos que, con el sable ó la espingarda en la mano, ó simplemente con un tremendo garrote al hombro, se movían apresuradamente con la esperanza de no llegar demasiado tarde para tomar parte en la batalla. Los habitantes de la ciudad los llenaban de terribles maldiciones, que proferían entre dientes, y se regocijaban prematuramente con la esperanza de que todos aquellos feroces

montañeses se destruirían unos á otros hasta el último. En cuanto á los peregrinos, el fundado temor de ver desaparecer todos sus camelleros, y la experiencia de que una onza de pólvora bastaba para producir un voraz incendio en aquella tierra inflamable en sumo grado, los habian sumido en una penosa inquietud.

Durante nuestro viaje de Yambo á Medina, habia yo anudado relaciones secretas con un beduino de la tribu de los Beni-Harb, que se llamaba Mujrin. Imaginándose, sin duda alguna, que me hallaba obligado por un interés superior á emprender irremisiblemente el viaje de Medina á Mascate, empresa peligrosa en sumo grado, si se tiene en cuenta que hacia muchos años que el país de Oman habia dejado de enviar sus caravanas al Hedjaz, aquel hombre se habia encargado de adquirir todas las noticias é informes que me eran necesarios acerca de la ruta que pensaba seguir, comunicándomelas, segun habiamos convenido, poco despues del medio dia, á cu-

ya hora todos los habitantes de la casa de mi huésped estaban dominados por el sueño. Acabó por consentir tambien en partir conmigo en uno de los últimos dias de agosto, y resolvimos que me evadiria ocultamente de casa de Hamid, dirigiéndonos, despues de disfrazarme de beduino, á las costas del mar de las Indias. A la apertura de las hostilidades, el valiente Mujrin, no queriendo abandonar á sus hermanos de la familia Hazimi, que eran los menos numerosos, me propuso demorar la partida hasta fin de diciembre; pero estrechado por mis repetidas preguntas, acabó por manifestarme de la manera más clara que nadie, fuese beduino ó viajero, podia avanzar con seguridad en aquella direccion ni aun hasta Kaiban. Esta circunstancia me obligó á renunciar á mi proyecto de atravesar de Noroeste á Sudeste la península arábica.

CAPITULO II.

**Preparativos de marcha.—Consejos de Hamid.—
Salida de Medina.—Los negros del Sudan.—As-
pecto y órden de la caravana.—Vida de los pe-
grinos.—Un apodo extraño.**

Abandonado el proyecto de viaje á los territorios de Oman y el Hadramaut, me encontré en el caso de ir directamente á la Meca, para lo cual resolví esperar la partida de la *caravana volante*, que sale de Medina el 3 de setiembre y hace su camino á marchas forzadas. No tuve, sin embargo, que esperar nada, pues el mismo día 30 de agosto uno de los amigos de Saad el bandido entró en Me-

dina anunciando que este feroz jefe habia tomado la resolucion de cortar la cabeza á todos cuantos penetrasen en los desfiladeros de las montañas, si no se le pagaba un exorbitante derecho de pasaje.

Al dia siguiente, por la madrugada, mi buen huésped Hamid, que habia ido al bazar, volvió á casa y me dijo con acento doloroso:

—Vamos, Effendi, prepárate en seguida: no se forma la caravana volante y todos los peregrinos parten mañana. ¡Quiera Dios guardarte de todo peligro! ¿Y tienes tus odres en buen estado? Ten en cuenta que vas á atravesar el desierto de *Dar-el-Char'ki*, donde no encontrarás durante tres dias ni una sola gota de agua.

Esta terrible noticia, que parecia llenar de horror al pobre Hamid, á mí, por el contrario, me colmaba de alegría. Ningun europeo habia visto aún la célebre ruta seguida por el ilustre califa Harum-al-Raschid en el Nedjed, y yo iba á seguirla hasta su término.

No había un minuto que perder, pues queríamos partir á la mañana siguiente con los peregrinos, y no teníamos más que un día para hacer nuestros preparativos de marcha. Mahomet, con la mayor diligencia, nos procuró por cuatro duros una doble litera en la cual debíamos hacer el viaje, y por algo menos de cuatro pesetas una especie de hamaca destinada á mi criado Nour, cuyas costumbres no le permitían pasar la noche tendido sobre los fardos del equipaje. El jóven árabe trabajó con desusado ardor durante todo el día, cubriendo nuevamente la litera, haciendo en ella las reparaciones necesarias, guarneciéndola, así delante como detrás, de grandes bolsas destinadas á contener nuestras provisiones, y añadiendo una especie de zurrónes para guardar las vasijas llenas de agua fresca.

Por nuestra parte, Nour y yo nos ocupamos de inspeccionar cuidadosamente los odres para el agua, y tuvimos la desgracia de encontrarlos roídos en varias partes por

los ratones. Era imposible que durante aquel día encontrásemos, ni aun pagándolo á peso de oro, un solo obrero que quisiera componerlos, y no tuve más recurso que dedicarme, de la mejor manera que me sugirió mi ingenio, á ponerles unos remiendos, en tanto que Nour se encargaba de reunir las provisiones que nos eran necesarias para un viaje de catorce días por el desierto, y que consistían en harina, arroz, cebollas, dátiles, pan sin levadura, queso, limones, azúcar, té y café, con una buena cantidad de tabaco.

El buen Hamid no quiso confiar á otra persona la negociacion más importante, y se encargó de buscarnos un camellero de fidelidad á toda prueba. Era el que nos procuró un beduino de la familia de los Hamitas, llamado Mesud, cuya barba estaba blanca como la nieve de las montañas y que tenía los brazos y las piernas cubiertos de cicatrices. Entramos acto seguido en la discusion de los artículos de nuestro contrato, y despues que nos pusimos de acuerdo acerca de las con-

diciones del viaje y el beduino se hubo alejado con su hijo, el buen Hamid me encargó que los tratase y alimentase lo mejor posible, para que estuviesen satisfechos de mí, y me aconsejó que en ningun caso dejase trascurrir veinticuatro horas sin meter la mano en el mismo plato en que ellos comiesen, á fin de que permaneciésemos siempre en términos de *sal*, ó lo que es lo mismo, en términos de hospitalidad (1). Debía tambien, para impedirles malgastar mi provision de agua, tener mucho cuidado de hacer poner los odres sobre el camello que me precediera, ligándoles bien la boca para que el líquido no se derramase y volviéndola hácia arriba, y no hácia abajo, como se hace de ordinario; finalmente, debía renovar la provision siempre que fuera posible, y encerrar los odres en mi tienda durante los descansos.

(1) El árabe considera sagrada á la persona que ha comido con él en un mismo plato, y aunque sea su mayor enemigo, las leyes hospitalarias le prohiben intentar nada contra él antes de las veinticuatro horas siguientes á la comida.—N. del T.

Dediqué las primeras horas de la noche á pagar algunas deudas de poca importancia, asunto que un oriental deja siempre para el último momento. El buen Hamid me habia tratado de una manera tan amable y me habia repetido con tanta frecuencia que la generosidad era la primera de las virtudes, que no le reclamé nada de los ciento veinticinco francos á que ascendia el préstamo que le hiciera en Suez; sus tres hermanos recibieron de cinco á diez francos cada uno, y algunos de sus parientes quisieron hacerme entender que un proceder semejante para cada uno de ellos hubiera sido muy de su gusto.

En seguida bajamos el equipaje a la puerta de la calle y dispusimos los bultos para poderlos cargar al primer aviso. Se decia que la partida tendria lugar á media noche; pero siendo ya las dos de la madrugada y no oyendo el cañonazo de señal ni viendo llegar ningun camello, tomamos el partido de dedicar al sueño las pocas horas que aun debiamos pasar en Medina.

Al día siguiente, miércoles, 31 de agosto de 1853, á las ocho de la mañana, acabábamnos de almorzar y estábamos asomados á una ventana de la casa de Hamid cuando vimos llegar corriendo al beduino Mesud, acompañado de su hijo, que podría tener unos catorce años, y de su sobrino, un muchachuelo cuyo rostro estaba marcado por las viruelas, y cuya holgazaneria era superior á toda exageracion. Cargáronse inmediatamente las bestias en toda regla, y una hora despues me encontraba frente á la puerta de Egipto y rodeado de mis amigos, que á pié me habian acompañado hasta allí á fin de despedirme con todos los honores que me eran debidos. Cuando los abrazos y apretosnes de manos hubieron terminado, el indio Nour se colocó en su cabalgadura y Mahomet y yo trepamos á nuestra litera.

Como Mesud poseia una docena de camellos, debiamos viajar en compañía de algunos turcos y mequeanos, que nos esperaban en la pequeña puerta vecina al castillo, y

apenas nos reunimos á ellos emprendimos la marcha hácia el Sur. A nuestra derecha los bosquecillos de palmeras nos ocultaban la ciudad; á la izquierda distinguíamos las lejanas cúpulas de la mezquita de Hamzé, situada en la falda del monte Ohod; y ante nuestras miradas se extendia, atravesando una llanura pedregrosa y estéril, la ruta que debíamos seguir, y que veíamos cuajada de peregrinos y viajeros.

Prolongábase la marcha más de lo ordinario, á pesar del calor sofocante que derramaban los rayos de un sol de fuego, y ya las bestias de carga comenzaban á desfallecer de cansancio. Cadáveres de asnos, de caballos y camellos que acababan de morir yacian sobre los lados del camino; los que habian muerto naturalmente estaban abandonados á los buitres, que en gran número se cernian sobre la llanura; pero los que habian sido degollados por los viajeros estaban rodeados de peregrinos oriundos del Sudan, que se ocupaban en cortar de los cadáveres los mejores y

más estimados pedazos de carne, para llevarlas consigo hasta que se les presentase una ocasión de cocerlos. Yo no he visto jamás unas gentes tan miserables como estos negros. Llevaban tazas ó escudillas de madera, que de cuando en cuando algun viajero les llenaba de agua por caridad; su sola arma era un pequeño cuchillo metido en una vaina de cuero; su traje se reducía á algunos sucios harapos, y su calzado se componía de dos pedazos de piel que hacían el papel de sandalias. Muchos estaban cojos á causa de la fatiga ó de las picaduras de las espinas, y la mayor parte tenían un aspecto angustioso y agonizante.

Habia pasado poco más de una hora desde la caída de la noche, cuando empezamos á distinguir los fuegos del campamento y á oír los gritos de los peregrinos. El campo estaba dispuesto con muy buen orden en una hondonada: las tiendas de los soldados y de los guardias rodeaban el pabellon de los pachás, y los centinelas guardaban cuidadosa-

mente las avenidas. Encontramos á uno de nuestros hombres, á quien habíamos enviado delante, y él nos condujo á una especie de plazoleta rodeada de tiendas, donde plantamos las nuestras. Los camellos fueron descargados, encendimos fuego, cenamos y nos entregamos tranquilamente al reposo.

El método de vida que se lleva en los viajes por estas comarcas es sumamente sencillo. Las provisiones de víveres y agua que contienen las grandes bolsas fijas así en el exterior como en el interior de la litera, están siempre á disposición del viajero, que usa de ellas cuando quiere. A ciertas horas del día los mercaderes ambulantes, especie de cantineros que acompañan á la caravana, le ofrecen sorbetes, limonada, algunos otros refrescos, café caliente y pipas cargadas con todo el cuidado que exige la creencia generalmente admitida de que la bondad de la pipa está en razón directa del mérito del que la ha cargado. Cuando la caravana hace alto, la primera cosa que pide el viajero es la

pipa, pues su influencia deliciosamente sedativa, combinada con una taza de café, procura un apetito inmejorable.

A la mañana siguiente, caminando por una extensa llanura, se me presentó la ocasión de contemplar detenidamente el aspecto que ofrecía la caravana, desenvuelta á mis ojos durante su lentísima marcha. Por lo que se podía juzgar en masa, no debía contar menos de siete mil individuos, unos á pié, otros á caballo, en litera ó montados sobre los magníficos camellos de Siria. Los más pobres caminaban lentamente apoyándose en sus bastones, y según sus recursos, los otros tenían asnos, mulos ó camellos. La mayor parte de las personas acomodadas, sobre todo entre los árabes, montaban dromedarios, y los soldados cabalgaban en sus negros caballos del desierto. Las mujeres, los niños y los enfermos indigentes, iban colocados sobre mantas dispuestas convenientemente entre los dos grandes fardos ó cajas que componen la carga de un camello. Lo que, sobre todo, realzaba la be-

lleza del espectáculo, era la maravillosa variedad de sus diversos detalles: nada era uniforme, ni los arneses de los caballos, ni los caparazones de los camellos, ni las ropas de las personas. Los negros medio desnudos y miserables del Sudan, se mezclaban con los espléndidos servidores del pachá, cubiertos de lujosos vestidos, y el persa barbudo y ataviado con su gorro cónico, conversaba amigablemente con el turco rasurado y cubierto con el fez.

Aquella tarde, despues que las tiendas fueron armadas, nos ocupamos de rehacer las provisiones de agua, pues hacia ya más de noventa horas que los camellos no habian bebido. Habia hasta el lugar donde estaban los pozos una distancia que no bajaba de tres kilómetros, y los soldados regulares é irregulares que acompañaban á la caravana se habian situado por parejas á lo largo del camino y no permitian pasar á nadie sino les daban algunas monedas. No era posible vituperar esta conducta, pues no contaban con otro recurso

para no morir de hambre. Mahomet, que se habia dirigido á los pozos acompañado del camellero Mesud, volvió triunfalmente al campamento, trayendo nuestros dos odres llenos de agua dulce, no sin haber pagado á los soldados poco más de dos pesetas.

Antes de entregarme al reposo, quise pasar una hora ó dos charlando con el camellero, cuya conversacion me agradaba en gran manera. Nuestros compañeros, que no podian comprender el objeto que me guiaba, se burlaron de mí, y encontraron ridículo que interrogase al buen Hamid sobre los torrentes, las colinas, los habitantes y la topografía del país; pero á sus burlas respondió gravemente el camellero:

—El *hombre de los grandes bigotes* sabe más que todos vosotros: es amigo de los beduinos, y no se le puede negar el derecho de preguntar y de aprender.

Esta juiciosa observacion no produjo, sin embargo, otro efecto que excitar un nuevo acceso de hilaridad, pues los burlones recorda-

ron que el extraño sobrenombre con que el camellero acababa de designarme, habia sido llevado en otro tiempo por un hereje maldecido, Saud el vuhabita.

En estas grandes caravanas, se acostumbra abatir las tiendas al primer cañonazo de señal, y ponerse en marcha al segundo. Durante la jornada, el cañon indica todavía cuatro paradas que duran próximamente media hora cada una, bajo pretexto de actos de devocion: las horas de estas paradas eran el alba, el medio día, las cuatro de la tarde y la postura del sol. El último alto, el definitivo ó que pone fin á la jornada, es indicado anticipadamente por la precipitacion con que se adelantan los encargados de armar las tiendas para llegar los primeros al campamento ó á los pozos. Tres cañonazos anuncian oficialmente el arribo de la caravana.

CAPITULO III.

**Tres razas distintas en la Arabia.—Los beduinos.
—Su carácter.—Su valor.—Costumbres caballe-
rescas.—Respeto á la mujer.—Division de las
tribus.—Derecho de fraternidad.**

Hé aquí algunas de las noticias que, ya por mis propios estudios, ya preguntando al camellero Mesud, pude adquirir acerca de los beduinos que pueblan las comarcas del Hedjaz.

El Génesis habla de los hijos de Jotán, que poblaron las regiones meridionales de la Arabia, y de los hijos de Ismael y de su esposa egipcia, que se establecieron en la península del Siná y en las tierras más próximas á ésta.

A estos troncos, de que descienden los actuales pobladores de la Arabia, débense unir los indígenas, y por consecuencia, siguiendo tanto las observaciones de la fisiología moderna como las tradiciones del país, hay que dividir la raza arábica en tres distintas familias.

La primera, según mi creencia, es la de los indígenas, llamados *autecthones*, y se compone de algunas tribus bajo-caucásicas, que se encuentran todavía con el nombre de Al-Monas, y generalmente á lo largo de la costa, desde Mascate hasta el Hadramaut. A pesar de su inferioridad, estos son los verdaderos árabes.

Los principales inmigrantes fueron los descendientes de Noé, numerosa tribu oriunda de la Caldea, que saliendo de la Mesopotamia penetró en la Arabia, cerca de 2.200 años antes de Jesucristo, hizo retirar poco á poco ante ella á los antiguos poseedores del suelo, y se apoderó de las mejores comarcas de la península. Los *amisas* y los pobladores del Nedjed son los tipos de esta segunda familia, que es puramente caucásica y que comprende á los

pueblos arabizados de que hablan los antiguos historiadores orientales.

La tercera puede remontar su origen á unos mil novecientos años antes de Jesucristo, y es conocida en la historia con el nombre de *is-maelita* (1). Estos árabes no han traspasado jamás los límites de las montañas del Noroeste, habitando todavía las comarcas comprendidas entre ellas y el mar, y conservan las costumbres salvajes y el espíritu indomable de sus antepasados. Los rasgos característicos de los pueblos del valle del Nilo y la mezcla de la sangre egipcia, son las diferencias esenciales que los separan de los otros árabes.

La antropología oriental cuenta como cuarta familia á los que se han mezclado con otros pueblos, por ejemplo, los árabes de la Meca, que están confundidos con los himiari-tas, los yemenitas y los hebreos.

En cuanto á los beduinos, los mejores ras-

(1) Llevan este nombre los pueblos que descienden de Ismael, hijo de Abraham y de su esclava Agar, por cuya razon se les dá tambien el de agarenos.—N. del T.

gos de su carácter son el valor, la dulzura y la generosidad. Sagaces, y al mismo tiempo sencillos como niños, sensibles y delicados hasta la exageracion, graves y dignos tienen el alma llena de buenos sentimientos, y aman el placer con una especie de frenesí. Llevan hasta el esterminio, hasta la locura, la venganza de una ofensa grave, y en sus pequeñas reyer-tas, una sonrisa, una palabra de bondad, basta para calmarlos. Forman una especie de sociedad leonina, en la cual el más fuerte, el más bravo ó el más astuto domina completamente á los otros; su segundo vínculo es aquella terrible venganza que, en ciertos casos, remiten como una herencia á su posteridad. En fin, si la ley del Corán, insuficiente en el desierto, es para ellos una letra muerta, en cambio las costumbres inmemoriales del *juramento de los árabes* forman un sistema, ó por mejor decir, un código cuya observacion se lleva hasta el exceso (1).

(1) En el mundo entero, cuánto más estricta es la ley, menos lo es la costumbre, y como la regla contraria es tam-

Sus combates, que concluyen siempre á la primera carga, nos parecerian extraños y hasta ridículos, si tuviéramos ocasion de presenciarnos: los vencidos en esta única arremetida huyen con toda la velocidad de sus caballos, hasta que las sombras de la noche los ocultan á los ojos de los vencedores. Y es que para estos salvajes del desierto no hay en el mundo nada más precioso que los miembros ó la vida; es que los beduinos saben que, cuando se haga la paz, se contarán los muertos de las dos partes, y que el *precio de la sangre* compensará el exceso de pérdidas en los vencidos (1). La victoria es cara, y hé aquí lo que explica la prudencia y la moderacion de

bien verdadera, esto explica por qué los hombres habitados á vivir bajo un gobierno despótico se consideran á veces esclavizados cuando se encuentran en un país de libertad. Así es que, en una república, la libertad es menos individual y menos práctica que bajo una tiranía.—Cap. Burton.

(1) El precio de la sangre, no es tan general como parece indicar el capitán Burton. Es verdad que con él se puede redimir un asesinato involuntario, pero de ningún modo se puede aplacar la venganza que, según las costumbres del desierto, debe seguir inevitablemente al homicidio premeditado.—N. del T.

los beduinos. Nadie puede acusarlos de cobardes: el incesante peligro en que se ven por consecuencia de las razzias y de sus venganzas, la continua incertidumbre de su existencia, el desierto, la caza, la dureza de su método de vida, que los tiene siempre á caballo y con las armas empuñadas, los han acostumbrado á mirar la muerte cara á cara, con serenidad, como verdaderos hombres de valor, y si se quiere, como héroes. Dícese que los ingleses se batían voluntariamente por la libertad, los franceses por la gloria, los españoles por la religion y el honor, los irlandeses, por el solo placer de batirse; pues bien, á los árabes es el amor al lucro ó el deseo de venganza lo que pone las armas en sus manos. Combaten voluntariamente; pero no tienen en la lucha la bravura indiferente de los franceses, ni la invencible obstinacion de los britanos, ni el sereno valor de los españoles: para hacer de ellos verdaderos guerreros, es necesario que estén estimulados por el honor ó por el fanatismo. Las burlas de las mujeres y la creencia

de ser deshonrados como cobardes, los ponen furiosos y los vuelven capaces de hacer locuras, y la obstinacion que produce el fanatismo religioso les dá una firmeza que no puede engendrar por sí solo el entusiasmo. Toda su historia abunda en testimonios que prueban con toda claridad este aserto (1).

Una de las más poderosas causas que tienen al endulzamiento de su ferocidad, es la gran estima en que tienen á las mujeres. Para todos los musulmanes, Fátima jamás ha sido manchada por la impureza de la carne, y su virginidad subsistió aún despues de haber dado á luz sus dos hijos Hassan y Hossein. La errante vida patriarcal da lugar, por otra parte, á frecuentes encuentros y separaciones, y de ahí nacen los exhaltados afectos y los ar-

(1) En la batalla de Bissel, donde las tropas de Mehemet-Ali vencieron á los cuarenta mil hombres de Feysul, se encontraron filas enteras tendidas sobre el polvo, y se vió que los hombres que las componian estaban atados unos á otros por las piernas. Este singular sistema no ha tenido su cuna en la Arabia: tambien ha sido practicado en el Indostan, y los antiguos cimbrios le usaron tambien combatiendo contra Alarico.

dientes sentimientos que llevan á los amantes á menospreciar todos los peligros. Nada hay más tierno ni más patético que el empleo de esas largas ausencias en los poemas de los árabes, y á esas poesías caballerescas pudieran atribuirse, del mismo modo que al cristianismo de la edad media, el origen del amor puro y exaltado de los modernos tiempos.

En las bellas canciones de Antár, el caballero de los caballeros ama á Ibla, no solamente por su belleza ó por sus encantos físicos, sino también, y en primer lugar, por la ternura de sus sentimientos, por su fé, por su bondad y por su pureza. Lo que el héroe busca en ella son las cualidades morales mas bien que la belleza del cuerpo. En suma, los verdaderos hijos de Antár son todavía hoy el tipo de perfectos caballeros.

Antes del Islam los beduinos, á fuer de verdaderos paladines errantes, pasaban años enteros ocupados en suspirar y en recorrer los caminos llevando á cabo los hechos de armas más extraordinarios, alentados con la espe-

ranza de alcanzar por la fama de su valor el objeto de su ardiente pasión. ¿Los ha cambiado mucho la doctrina de Mahoma? La siguiente leyenda puede servir de respuesta.

Cuéntase que el califa Motasem oyó decir á sus cortesanos que una mujer de la familia Said, hecha prisionera por un griego de Ammoria y maltratada por su bárbaro raptor, habia gritado: «¡Socorro, Motarem!» á lo cual el feroz griego respondió riéndose: «Espérala, que viene ya sobre su caballo pio.»

Entonces el caballeresco príncipe se levantó, y poniendo su sello sobre la copa de vino que tenia en la mano, juró que estaba pronto á cumplir su deber de caballero. A la mañana siguiente partió para Ammoria, á la cabeza de setenta mil valientes ginetes, y después que hubo tomado la ciudad entró en ella gritando:

—¡Heme aquí, que acudo á tu llamada!

Los soldados cortaron la cabeza del feroz tirano, y la bella cautiva fué puesta en libertad. Entonces, habiendo ordenado á su escan-

ciador que le llevase la copa sellada, el califa la vació, diciendo:

—En verdad que ahora está bueno el vino.

Semejantes rasgos de carácter explican el atractivo que tiene el beduino para el viajero que le sabe comprender, y hé aquí por que el hadji Walin deplora tan amargamente hallarse entre la desagradable sociedad de los persas ó de los árabes habitantes de las ciudades, despues de haberse acostumbrado á los sentimientos elevados y caballerescos de los verdaderos hijos del desierto.

Hemos dicho antes que las leyes del Corán son para los beduinos tanto como una letra muerta, y el hecho es que hasta aquí, á excepcion de los que habitan la costa y las cercanías de las ciudades, muy poco ó nada que tenga carácter religioso puede encontrarse entre ellos. Sus costumbres y su método de vida, como su carácter y sus necesidades, como su país y su clima, son los mismos de sus antepasados: existian antes de la venida del Profeta, y es probable que vivan aún

cuando todo vestigio de la Caaba haya desaparecido en la noche del tiempo. No sería extraño que entre las tribus que vagan por los límites del gran desierto, hubiera todavía algún sistema de idolatria.

—Nosotros,—dicen á veces,—no hacemos plegarias, porque estamos obligados á beber el agua destinada á la ablucion; no hacemos limosnas, porque con frecuencia la pedimos; no ayunamos durante el *Ramazan* (1), porque tenemos hambre la mayor parte del año, y no vamos en peregrinacion á la Meca porque el universo entero es la casa de Dios.

Para vivir con cierta seguridad entre ellos, el extranjero tendrá cuidado de dirigirles las menos preguntas posibles; se guardará muy bien de dibujar cuando alguno pueda verlo, y no escribirá más que conjuraciones ó sortilegios; cuidará de no llevar armas de valor, que puedan excitar su codicia, y se contentará con un relój de cobre. El compañero que eli-

(1) Así se llama la Cuaresma de los árabes.

ja deberá no estar empeñado en muchas empresas de venganza, habrá aceptado una pequeña suma que garantice su fidelidad, y el viajero le admitirá frecuentemente en su mesa, pues, cualquiera que sea el valor del *lazo de la sal*, muchas tribus entienden que debe ser renovado todos los días, porque de otro modo *la sal habrá desaparecido del estómago*. En suma, si de los beduinos puede decirse que confiándose á su honor se está en seguridad, es igualmente verdad que si uno se fia demasiado de su honradez, corre el peligro de ser despojado hasta de los cabellos de su cabeza.

Estas tribus no prestan á sus jefes la menor obediencia, y en su sociedad leonina, el sable es, como ya hemos dicho, el verdadero origen de la ley.

En cuanto á las relaciones que mantienen entre sí, las tribus del Hedjaz pueden dividirse en tres especies.

Las tribus *compañeras*, que están unidas por un juramento de alianza ofensiva y defen-

siva y que admiten el matrimonio entre los individuos que las componen.

Las *hostiles*, que están separadas por una mortal enemistad y un juramento de venganza.

Las *fraternales*, que pagan un derecho de pasaje á las tribus que les franquean el territorio. Este territorio no varia jamás; pero aunque no quede más que un niño en un aduar destrozado por el enemigo, este niño llegará á ser hombre, y con la ayuda de las tribus fraternales de la vencida, reclamará, y en caso necesario, conquistará la tierra de sus antepasados. El derecho de pasaje ó de fraternidad es poco honeroso; pero el que se niega á pagarle se expone á ser robado y muerto si llega á resistir con las armas, pues no habiendo nada de deshonroso en su cumplimiento, el que no lo paga es considerado como hombre de mala fé. Están obligados á satisfacer este derecho todos los que, habitando las ciudades ó las aldeas, han perdido el de llamarse beduinos; los árabes de sangre mezclada, y las tri-

bus degradadas, cuyos miembros lo deben pagar, no solo cuando viajan, sino tambien cuando permanecen en su territorio. En este caso el derecho de fraternidad es deshonoroso, y de ahí viene que las tribus de raza pura, como los Beni-Harbs, rehusen sus hijas á los individuos de las tribus fraternales.

CAPITULO IV.

La caravana de Bagdad.—El traje de los peregrinos.—Obligaciones.—Ataque de los bandidos.—Una fanfarronada.—Llegada á la Meca.

Después de una caminata de ciento doce kilómetros próximamente, habíamos salido del territorio de Medina, cuando una tarde encontramos el sitio en que pensábamos establecer nuestro campamento ocupado por la caravana de Bagdad: componíase esta de sirios, persas y kurdos en pequeño número, á los que se habían reunido todos los peregrinos del Nordeste de la Arabia, y marchaba

bajo la escolta de algunos agails y de los feroces montañeses de Chomur.

Apenas habíamos empezado á levantar nuestras tiendas cuando oímos en lontananza las detonaciones de las armas de fuego y el ronco sonido de los timbales. Todos mis compañeros corrian á uno y otro costado de la caravana para informarse del motivo de la querella, y no tardamos en saber que los viajeros de Bagdad, aunque no pasaban de dos mil personas, contando las mujeres y los niños, habian declarado á los de Damasco que estaban dispuestos á empeñar la batalla antes que á cedernos el lugar preferente. Desde entonces las dos caravanas han formado siempre campos separados.

No he visto jamás, en toda mi vida de aventuras, gentes mas pendencieras y camorristas que las que acabábamos de encontrar: una mirada bastaba para provocar un conflicto. Un hereje vuhabita, plantándose frente á nosotros, nos enseñó el puño con aire insolente, para demostrarnos el odio que le inspira-

ban las pipas que estábamos fumando. No pude resistir el deseo de castigar su grosería ofreciéndole de una manera risueña y amable aquella pipa objeto de su horror. Inmediatamente lanzó un rugido de cólera y echó al aire su puñal; pero no tardó en volverlo á la vaina, viendo todas nuestras pistolas armadas y dirigidas á su pecho, pues estas gentes prefieren el acero al plomo.

Cuando concluimos de armar nuestro campamento la noche habia ya cerrado por completo. El pobre Mesud habia ido á dar de beber á sus fatigadas bestias, que en tres dias no habian bebido una sola gota de agua, y regresó cabizbajo y abatido á causa de que la soldadesca que rodeaba los pozos le habia hecho pagar un derecho de dos duros.

El dia 8 de setiembre, entre las plegarias del medio dia y el anochecer, nos despojamos de nuestras vestiduras de viaje para tomar las ropas propias del peregrino. Un barbero nos rasuró la cabeza, dejando tan solo un mechon de cabellos en la coronilla, nos arre-

gló los bigotes y nos cortó las uñas; y despues de lavarnos, bañarnos y perfumarnos, nos vestimos un traje compuesto de dos piezas de lana nuevas, blancas con dos estrechas franjas de color rojo, y que tendrian, la una poco menos de cuatro metros, y la otra unos cinco de longitud. Una de estas piezas, rodeada al cuerpo, deja desnudos la espalda y el brazo derecho; la otra, convenientemente dispuesta y anudada, cubre las caderas y los muslos: nuestras cabezas debian permanecer desnudas, así como la parte inferior de las piernas y los piés. Este traje, que se debe remontar á una respetable antigüedad, está muy lejos de ser cómodo.

En seguida Cheik Abdalla, que era el director de nuestras conciencias, nos recomendó que nos condujésemos como buenos peregrinos, y que evitásemos las querellas, las conversaciones triviales y la inmoralidad. No debiamos cazar ni hacer el menor daño á ningun animal; si nos frotábamos en alguna parte del cuerpo, debia ser con la palma de la

mano, á fin de no destruir alguno de los insectos parásitos ó arrancar con las uñas algun granito. Tampoco podíamos tocar á los árboles ni desarraigar el mas pequeño tallo de yerba. Los aceites, las pomadas y los perfumes nos estaban terminantemente prohibidos, y para lavarnos la cabeza no podíamos emplear el agua de hojas de malva ni de juyabal. No debíamos teñir, cortar ni rasurar uno solo de nuestros cabellos ni de nuestras barbas, y tampoco podíamos cubrirnos los cráneos, si bien no se nos prohibió buscar la sombra, ó resguardarnos de los rayos del sol levantando las manos por encima de nuestras cabezas. Cualquiera infraccion de estas reglas debía ser compensada por el sacrificio de un carnero.

A la salida de la llanura, el golpe de vista era verdaderamente pintoresco. La multitud de peregrinos cubria el camino, y la blancura de sus nuevos vestidos formaba un poderoso y extraño contraste con lo negruzco de su piel y con sus cráneos rasurados que brillaban al

sol. Los ecos de las rocas repetian los gritos de:

—¡Héme aquí! ¡héme aquí, oh mi Dios!

Un poco más lejos volvimos á encontrar á los vuhabitas que acompañaban á la caravana de Bagdad, y que gritaban tambien:

—¡Héme aquí, oh Dios mio!

Marchaba á la cabeza un timbalero, seguido de un porta-estandarte, en cuya bandera verde se leian en grandes letras blancas la profesion de fé de los musulmanes; despues marchaban los peregrinos de dos en dos.

Aquellos montañeses tenian un aspecto salvaje y una expresion de bravía ferocidad, y llevaban sus cabelleras formando delgadas trenzas. Cada uno de ellos iba armado de una larga lanza, un mosquete de mecha y un puñal, y sus negros caballos no tenian otro arnés que una grosera silla de madera sin mantillas ni estribos.

Las mujeres eran muy parecidas á los hombres: guiaban ellas mismas sus dromedarios, aparejados con jamugas, en las cuales se sos-

tenian fácilmente, y no se separaban mucho de sus maridos. No llevaban velo, y su aspecto salvaje y feroz las hacia muy poco dignas de ser consideradas en esa hermosa mitad del género humano que se llama bello sexo.

Aquellos vuhabitas no eran, en manera alguna, agradables compañeros de viaje. Sus bestias de carga, tan pendencieras y camorristas como ellos, se divertian precipitándose á veces con gran furia á través de las filas de nuestros camellos, con los cuales se habian mezclado, de suerte que todo lo ponian en confusion. Cada vez que aquellas gentes nos veian fumar, hacian ademanes de horror y nos maldecian en alta voz como si se tratase de infieles ó de idólatras.

Cerca ya del anochecer, la hondonada que seguíamos presentó un aspecto amenazador y siniestro. A nuestra derecha se elevaba una escarpada barrera de rocas, al pié de la cual se tendia el lecho de un torrente desprovisto de agua y que entonces nos servia de ruta: á la izquierda habia un horrible precipicio, y

delante de nuestros ojos el camino parecia cerrado por pequeñas colinas cuyas cimas se sucedian una tras otra hasta el azulado horizonte. El dia iluminaba aún los picos superiores, pero las vertientes y el barranco por que caminábamos estaban ya sumergidos en las más densas tinieblas.

A medida que nos internábamos en aquella peligrosa cañada, parecia que se enfriaba nuestro valor; callaron las voces de las mujeres y de los chiquillos, y poco á poco dejaron tambien de oirse las piadosas exclamaciones de los peregrinos.

De repente, una pequeña humareda, semejante á un velo de blanco tul, llamó mi atencion hácia la cima de las rocas: al mismo tiempo oí la detonacion de un arma de fuego, cuyo estampido repitieron los ecos del barranco, y un dromedario que trotaba delante de mí rodó por tierra con el corazon atravesado de un balazo, enviando su caballero, hecho una pelota, á tres ó cuatro metros de distancia.

Empezó la pelea, y fué verdaderamente horrible. Las mujeres lanzaban gritos de terror, los chiquillos chillaban, los hombres vociferaban, y cada uno hacia imponderables esfuerzos para poner su cabalgadura fuera del alcance de las balas; pero como la cañada era sumamente estrecha, esos esfuerzos solo sirvieron para cerrarla por completo. A cada detonacion, aquella masa inmóvil se estremecía de miedo. Los ginetes de la caballería irregular, perfectamente inútiles, galopaban de acá para allá sobre las piedras, gritando y dando las órdenes más contradictorias. El pachá había hecho extender un tapiz cerca de la orilla del precipicio de la izquierda, y fumando su pipa, deliberaba con sus oficiales sobre lo que debía hacerse. Nadie, sin embargo, se atrevía á proponer que se asaltaran las alturas.

En aquella ocurrencia la conducta de los vuhabitas no pudo ser más digna, y confieso que los rehabilitó un poco en mi concepto. Llegaron á todo galope de sus camellos, con las trenzas al viento y las mechas encendidas,

que iluminaban su figura con un resplandor extraño, y tomaron posiciones sin vacilar un momento. Una parte permaneció haciendo un fuego nutrido é incesante sobre los bandidos *otaybas*, y el resto de aquellos valientes montañeses, echando pié á tierra, comenzó á trepar por las rocas, llevando á la cabeza á su jefe Zaid. Felizmente para todos, este capitán, temido por su bravura, habia prometido escoltar á la caravana hasta que estuviese bajo los muros de la Meca. Bien pronto se alejaron las detonaciones, huyendo los bandidos ante el ataque de aquellos valientes beduinos: la cabeza de nuestra columna vuelve á emprender la marcha, se agita la masa de los peregrinos, y nuestro alto forzoso se trasforma en una retirada. Mi camellero Mesud, mostrándose á la altura de las circunstancias, nos sacó de todo peligro; pero hubo bastantes víctimas y no fueron pocos los fardos y bagajes que se perdieron.

Los bandidos no habian tenido evidentemente otro objeto que apoderarse de algun

botín y comer los camellos que murieran en la refriega, pero su principal designio era sin duda el de poder decir: —

—Nosotros, los otaybas, hemos detenido durante una hora entera la caravana del Sultan.

Al principio de la escaramuza habia montado mis pistolas, hallándome pronto á servirme de ellas apenas fuese necesario, pero cuando estuve convencido de que nada tenia que hacer por mí, busqué una manera de producir efecto y me puse á gritar todo lo alto que pude: —

—¡Eh! ¡Tráeme de cenar!

Mi criado Nour, temblando de miedo, se encontraba incapaz de mover un solo dedo; Mahomet se limitó á mirarme con aire sorprendido, y mis vecinos exclamaron con cierta indignacion: —

—¡Por Ala! ¡Va á ponerse á comer!

Cheik Abdalla, el mequeano, que era un hombre de corazon, rióse de este incidente y me preguntó desde su litera: —

—¿De esa manera se portan los afghanes en tales circunstancias?

—Sí por cierto,—respondí en voz bastante alta;—en mi país, cuando los bandidos nos atacan, nuestra primera medida es tomar un bocado, pues tienen la costumbre de matar á las gentes en ayunas.

El cheik no pudo menos de contestar á mis palabras con una carcajada, pero los que nos rodeaban tomaron por el contrario un aspecto ofendido. Creí que mi fanfarronada no habia producido efecto; pero más tarde, en el camino de Djeddá, un pequeño incidente vínome á demostrar que no se habia frustrado tan completamente como pensé en un principio.

Al día siguiente, á las cuatro de la tarde, penetramos en un desfiladero donde encontramos al cherif de la Meca, Abd-el-Moatlib-ben-Galib, viejo africano que con su turbante y sus vestidos blancos parecia tan negro como el ébano. Continuamos nuestra marcha, y cerca de la una de la madrugada fui desperta-

do por los gritos de los peregrinos, que exclamaban:

— ¡La Meca! ¡El santuario! ¡Héme aquí, Dios mío!

Miré desde mi litera, y á la ténue luz de las estrellas percibí la informe sombra de una gran ciudad, que se destacaba sobre el fondo de la llanura. Dos horas más tarde nos deteníamos ante la puerta de la casa que habitaban los padres de Mahomet.

CAPITULO V:

**La hospitalidad de Mahomet.—La casa de Dios.
—Primera impresion.—Los pozos de Zemzem.—
Las siete vueltas obligatorias.—La piedra ne-
gra.—Lavatorio.—Ultima oracion.**

Mahomet me dejó en medio de la calle, pues apenas pudo lograr, á fuerza de violentas patadas y de respuestas capaces de desvanecer todos los recelos y todas las sospechas, que el portero indio sacudiese su sueño y su pereza para abrirle la enorme puerta de la especie de fortaleza en que habitaban sus padres, se lanzó como un rayo al piso superior para dar un estrecho abrazo á su madre. Al

cabo de algunos momentos, dos penetrantes gritos de alegría anunciaron, siguiendo la costumbre de estos países, el feliz regreso del viajero.

No tardó nuestro jóven en volver á aparecer; pero sus maneras habian sufrido un cambio radical, su carácter ligero é impetuoso á la vez se habia modificado hasta el punto de dar lugar á los modales de un hombre grave y lleno de amables atenciones.

Habíame trocado en su huésped, y hé aquí la causa de su modificacion. Me introdujo en una sala sombría, hizome sentar en un gran banco cubierto con un tapiz, y en seguida dió al portero la órden de encender luces. En tanto, un ruido de lentas pisadas que iban y venian por encima de nuestras cabezas me hizo comprender que el ama de la casa, la madre de Mahomet, se preocupaba de los deberes que le imponian las leyes de la hospitalidad, que tanto se respetan en la Arabia.

En efecto, apenas los camellos estuvieron descargados, cuando vimos entrar un criado

con un gran plato de fideos salpicados de azúcar y cubiertos con una dorada costra de caramelo. Mahómet, Nour y yo empezamos inmediatamente á servirnos de nuestras manos, y despues de las fatigas y privaciones consiguientes al viaje, aquel refrigerio nos pareció delicioso. Despues que concluimos, enviamos á un café cercano á buscar hamacas ó lechos volantes, y nos tendimos en ellos con la esperanza de alcanzar, antes de que apuntase la aurora, una ó dos horas de sueño.

Los primeros rayos del sol doraban apenas las rojizas cimas del Abu-Coubais, pequeña colina que se eleva al Este de la Meca, y en la cual creen muchos musulmanes que están enterrados Adan, Eva y Set, cuando sacudimos el sueño y nos arrojamos de nuestros lechos. Despues de bañarnos, limpiarnos y arreglarnos con nuestros hábitos de peregrinos, salimos de la casa dirigiéndonos al Santuario.

¡Al fin se realizaban mis deseos de muchos

años! ¡Al fin tocaba al término de mi larga y fatigosa peregrinacion!

La mezquita tiene diez y nueve puertas, abiertas sin orden ni concierto, y entramos en ella por la principal, llamada de Bab-el-Zidayah, que dá acceso al costado septentrional de las galerías que rodean, formando un largo cuadrilátero, el espacioso patio en cuyo centro se eleva la Caaba. Bajamos luego dos largas escaleras, atravesamos el claustro y nos encontramos frente á la Casa de Dios, ese corazón del mundo mahometano, ese centro de la Meca, igualmente reverenciado por el indo y el kurdo, por el persa y el egipcio. Ciertamente que ninguna ciudad ha sido reclamada á la vez por tantas religiones, ó mejor dicho, por tantas sectas. Parecía un inmenso catafalco cubierto con un paño mortuario, y si no había allí esos gigantescos y monumentales fragmentos cuya antigüedad se remonta á los primeros tiempos de la historia, como en Egipto; ni los restos de una belleza artística llena de gracia y de armonía, como en Grecia

ó Italia; ni la bárbara monstruosidad de los templos ó pagodas de la India, por lo menos, mis ojos contemplaban aquel edificio con la admiracion que inspira naturalmente una cosa única en el mundo. ¡Ha habido tan pocos cristianos que hayan contemplado esta célebre reliquia!... De todos los devotos que se abrazaban llorando á las tapicerías ó que comprimian los latidos de su corazon contra aquella famosa piedra negra, puede ser que no hubiese ninguno más conmovido que el peregrino venido del Norte. Hubiera dicho que se realizaban las poéticas leyendas de los árabes, y que era el viento producido por las alas de los ángeles y no la dulce brisa de la mañana lo que hacia hincharse y agitarse á las negras colgaduras de la Caaba. Sin embargo, debo reconocer que mi emocion era la del orgullo satisfecho, en tanto que la suya tenia origen en el éxtasis del sentimiento religioso.

Despues de haberme dejado durante algun tiempo entregado á mis propias reflexiones,

Mahomet me advirtió que habia llegado el momento de dar principio á nuestras plegarias.

Segun una tradicion musulmana, la Caaba ha sido reconstruida diez veces, y la primera, edificada en el cielo por mano del mismo Dios, servia á la devocion de los ángeles; la segunda fué construida por Adan, despues de ser arrojado del Paraíso; la tercera por Set, hijo tercero de Adan; la cuarta por Abraham; la quinta por los descendientes de Sem; la sexta por los de Katam; la séptima por el cuarto abuelo de Mahoma; la octava por el mismo Profeta; la novena por Abdusí, sobrino de Aicha, y la décima y última por Hadji-ben-Yusuf. Su forma es la de un cubo geométrico, y tiene diez y siete metros de longitud por catorce de latitud, con una altura que parece exceder del largo.

Penetramos en el óvalo trazado en derredor de la Caaba por la puerta que se abre en el costado de Oriente, y llegamos al lugar donde, segun una antiquísima tradicion, se

elevaba una miserable casita, en cuya demolición convirtió una vieja propietaria, á condición de que Abraham la concediese para ella y sus descendientes el privilegio de guardar y custodiar el nuevo Santuario que iba á edificarse. Dejando á mano derecha el terreno de Abraham, llegamos luego á los pozos de Zemzem, donde nos vimos obligados á beber un vaso de aquella célebre agua, tan salobre como sagrada, despues de entregar una ofrenda ó limosna á los porteros, para que distribuyesen en mi nombre una gran jarra del reverenciado líquido entre los peregrinos indigentes (1).

Adelantamos en seguida hácia la puerta de la Caaba, ó por mejor decir, hácia el ángulo Sudeste del edificio, donde está embutida lo famosa *Piedra negra*, á una altura precisamente de metro y medio sobre el suelo. Un

(1) Según la tradición, el agua de estos pozos viene desde el manantial que por intercesión divina se abrió en el desierto para apagar la sed de Agar y de su hijo Ismael. — N. del T.

circulo de oro macizo ó de plata sobredorada rodea y protege una guarnicion que está algo más baja y que se inclina hácia el centro, donde se encuentra la Piedra negra, clavada á cinco centímetros de la superficie del metal. Parece estar compuesta de una docena de piedras mas pequeñas, perfectamente unidas, y forma un óvalo de unos diez y ocho centímetros de diámetro. Esta vez no nos fué posible aproximarnos; hicimos desde lejos nuestras plegarias, y empezamos en seguida las siete vueltas de obligacion.

Estas tienen lugar sobre el óvalo de granito pulimentado que rodea la Caaba; hicimos las tres primeras á paso gimnástico, y las otras cuatro á paso lento, murmurando durante ellas las oraciones reglamentarias (1).

Terminadas las siete vueltas, resolvimos

(1) Los peregrinos dan las cuatro primeras vueltas á paso acelerado para imitar al Profeta, que con el objeto de desmentir el rumor esparcido por sus enemigos de que se hallaba gravemente enfermo, se puso á correr cuatro veces alrededor de la Caaba. La tradicion musulmana asegura que la Piedra negra fué traída del cielo por el ángel Gabriel, y que sirvió de asiento á Abraham durante la construcción de la mezquita.—N. del T.

intentar dar el ósculo á la Piedra negra. La vista de la multitud de peregrinos que la asediaba me hizo temer en un principio que seria imposible que consiguiésemos nuestra empresa; pero Mahomet estaba allí, y entonces probó el jóven árabe que era un hombre á propósito para vencer dificultades. Despues de dirigirse en vano á los peregrinos, que nos mostraban una especie de mosaico compuesto de occipucios y homóplatos desnudos, reunió media docena de robustos mequeanos, amigos suyos, y con su ayuda, manejando vigorosa y diestramente los puños y los codos, nos abrió un paso á través de aquella multitud. Los beduinos y demás peregrinos se volvian contra nosotros como gatos enfurecidos; pero como estaban sin armas, y además, por efecto de las fatigas y privaciones consiguientes á un viaje que para algunos habia sido de seis meses, estaban tan débiles y flacos que parecian momias, yo solo hubiera podido poner en razon á media docena. Así es que, á pesar de la indignacion de aquel populacho, penetra-

mos hasta la Piedra negra, y allí permanecimos cerca de diez minutos, sin hacer caso de sus rabiosos ademanes y de sus gritos de despedida. En tanto que la besaba y que frotaba contra ella mis manos y mi frente, la examiné con toda atencion, y al separarme de allí, estaba convencido de que no es más que un aereólito.

El espacio de menos de dos metros que separa la Piedra negra de la puerta de la Caaba, lleva el nombre de *Moltexem*, y es, segun una antigua tradicion, el lugar donde Mahoma se reconcilió con sus diez compañeros que habian atacado su carácter de profeta. Siguiendo la costumbre establecida, frotamos contra los muros de la Caaba el pecho y la mejilla derecha, pedimos humildemente el perdon de nuestros pecados y rogamos á Dios que acogiese favorablemente nuestros votos y nuestras plegarias.

Despues nos aproximamos á la plaza de Abraham, deteniéndonos en el lugar donde los jefes acostumbran hacer sus plegarias, y

volvimos á la puerta en que están los pozos de Zemzem; allí me obligaron á beber por segunda vez algunos sorbos de aquel nauseabundo líquido, y luego me rociaron la cabeza con el agua que salía de un caño, pues este es el modo de hacer salir del espíritu todos los pecados, así como si fueran manchas de tierra. Regresamos hácia la Piedra negra, y rezamos algunas oraciones contemplándola atentamente.

A consecuencia de tantas idas y venidas, estábamos verdaderamente rendidos de cansancio; teníamos los piés y las cabezas abrasados por el ardor del pavimento y de los rayos del sol, y una vez cumplidos nuestros deberes religiosos, salimos de la mezquita dirigiéndonos á casa.

CAPÍTULO VI.

La Caaba á la luz de la luna.—El camino del monte Arafat.—Muerte de algunos peregrinos.—Los criados de Mahomet.—La tradicion de Arafat.—Un campamento malsano.

Al anochecer, queriendo contemplar el *Ombigo del mundo* bajo el punto de vista del arte y gozar de los encantos de la noche despues de haber sufrido las penalidades del dia, volví á la Caaba, acompañado del buen Mahomet y seguido de mi fiel Nour, que iba provisto de una linterna y de un tapiz para la oracion.

La luna, que estaba casi en su plenitud,

heria de frente la colina de Abu-Coubais, y llenaba toda aquella escena con su pálida luz. En el centro de la gran plaza, vagamente iluminada por los tímidos rayos del astro de la noche, se elevaba la Caaba, con su apariencia de enorme tumba, toda negra, excepto en los puntos donde los destellos de la luna determinaban reflejos argentados, que se destacaban poderosamente sobre el negro fondo del mármol. Solo ella llamaba la atención; para ella eran todas las miradas, y ante ella desaparecían los edificios, semejantes á pagodas, y las cúpulas doradas y esculpidas que la rodeaban: nada se veía más que ese templo de un Dios único y omnipotente, del Dios de Abraham, de Ismael y de su posteridad. Estaba sublime, y en aquel momento expresaba con una elocuente poesía la grandeza de la idea divina que ha dado la vida al Islam y la austeridad y la constancia á sus sectarios.

El pavimento ovalado que rodea la Caaba estaba lleno de hombres, de mujeres y niños, generalmente divididos en grupos, corriendo

los unos á paso gimnástico, marchando los otros con grave lentitud, postrados é inmóviles algunos, que recitaban sus oraciones. ¡Qué de contrastes! El beduino se pavoneaba con su larga túnica negra, y los agujeros de su velo encarnado no dejaban ver más que los salvajes relámpagos de sus miradas. El indio, con su fisonomía tártara, con su horrible y miserable desnudez, se apresuraba, mal sostenido por sus débiles y enflaquecidas piernas, á dar las siete vueltas obligatorias en torno del santuario. De vez en cuando, algun cadáver, colocado sobre unas angarillas de madera, era llevado fuera del templo por cuatro hombres, que siguiendo la costumbre establecida, se relevaban de tiempo en tiempo (1). Muchos turcos, orgullosos de su piel

(1) Por consecuencia de las fatigas naturales del viaje, de los malos alimentos, de las posadas insalubres que por necesidad se han de tomar en una ciudad como la Meca, que en la época de la peregrinacion ofrece escasos recursos á un aumento de 50 á 60.000 almas en su poblacion, y alguna vez por la falta absoluta de víveres, la mezquita se llena de cadáveres y moribundos que se han de trasladar allí con objeto de recobrar la salud á la vista de la Caaba.—N. del T.

blanca, cruzaban de acá para allá con un aire frío y altanero, y cerca de ellos permanecía de pié un impaciente kitmugar de Calcutta, con un turbante de ancha muselina cuyas puntas caían sobre los hombros, contemplando aquel espectáculo con una expresión de negligencia que demostraba perfectamente su superioridad sobre aquellas miserables gentes. O bien algún pobre diablo, con los brazos levantados en el aire, hacía grandes esfuerzos por poner todas las partes de su cuerpo en contacto con los muros de la Caaba, y se abrazaba á las negras tapicerías, sollozando como si su corazón quisiera saltar del pecho.

Tal era el aspecto que presentaba el santuario á la luz de la luna; y ya satisfecho mi deseo, volvimos á casa para tomar un refrigerio y entregarnos al descanso.

Al día siguiente, lunes, 12 de setiembre de 1853, el camellero Mesud se plantó con sus bestias á nuestra puerta mucho tiempo antes de que apareciesen en el horizonte los

primeros rayos del sol; tanta era la prisa que tenia porque emprendiésemos nuestra marcha al monte Arafat, antes de que el camino se hiciese peligroso en razon al pasaje de la caravana de Egipto ó de la de Bagdad. Sin embargo, no pudimos salir hasta muy cerca de las diez, á causa principalmente de la tiránica obstinacion del jóven Mahomet, el cual se negaba á llevar con nosotros á uno de sus sobrinitos, que pateaba y lloraba de la manera más rabiosa. Dirimí la cuestion cogiendo al niño y poniéndole en la litera, y acto seguido emprendimos la marcha.

El camino estaba cubierto de peregrinos vestidos con túnicas blancas, unos á pié, otros á caballo ó en camellos; pero todos con los piés desnudos y la cabeza al aire, ó por mejor decir, al sol. La mayor parte iban caballeros en fuertes asnos, los beduinos montaban sus rápidos dromedarios, y los oficiales turcos magníficos corceles. Acá y allá, se veían algunos cadáveres de animales abandonados en los costados del camino.

La llanura, que lleva el nombre de *Corral de la Meca*, mostraba á nuestros ojos algunos lugares de oracion rodeados de blancos muros y de cisternas de piedra, algunas de las cuales estaban en bastante buen estado, aunque todas desprovistas de agua. No se veia un solo tallo de yerba; una arena fina y seca mezclada con redondos guijarros cubria todo el camino, y de las grietas de las rocas se veian salir lagartos y escorpiones cuyas escamas verdosas brillaban al sol como esmeraldas.

Al fin, tras dos largas horas de marcha, y despues de haber trepado trabajosamente por algunas cuestas de roca bastante empinadas, entramos en el pedregoso valle donde se encuentra la Mouna. Lleva este nombre un pueblecillo compuesto de casas de uno ó dos pisos y de miserable aspecto, construidas de piedra y lodo, desde el cual se percibe á larga distancia la mezquita de Keif, donde, segun las tradiciones árabes, está enterrado nuestro padre Adan, con la ca-

beza bajo una extremidad del largo muro y los piés al otro lado, de manera que la cúpula del edificio se eleva precisamente por encima de su vientre. Por último, llegamos á la vista de la Santa Colina.

Arafat está á unos veinte kilómetros al Este de la Meca. Cuando nos detuvimos, los camellos estaban rendidos de fatiga, pero los hombres sufrían más todavía, y por mi parte, confieso que no podía con mis huesos. Entre Mouna y Arafat habia visto hasta cinco peregrinos caer desfallecidos de cansancio y morir sobre un lado del camino. Agonizantes, moribundos, aquellos infelices hacían esfuerzos sobrehumanos por exhalar el alma en el sagrado lugar desde donde sube directamente á la mansion de la eterna dicha: caían como heridos por un rayo, y después de una corta convulsion permanecían inmóviles y rígidos cual si fueran estatuas de piedra. Los cadáveres eran recogidos y enterrados descuidadamente en cualquier sitio vacío, en medio de aquella multitud que lle-

naba por completo la extensa llanura del Arafat.

El jóven Mahomet, cuya constante manía habia sido combatir con todas sus fuerzas mi obstinacion en hacer el papel de un dervis, estaba resuelto á obrar con energía durante esta peregrinacion. Nos acompañaban, además de sus sobrinillos, dos primos de diez y seis á diez y siete años y todos los servidores de casa de su madre, que se reducian á cuatro indios: un viejo; su mujer, cuya apariéncia no tenía nada de ordinario; su hijo, mozo inteligente que hablaba muy bien el árabe, y un primo que estaba en la fuerza de su vida: todos eran de las comarcas del Pendjaub. El cuarto ganaba honradamente su vida en su país, cuando una noche se le apareció Hazzat-Alí, vestido de verde y montado en su caballo de guerra, gritándole con voz terrible: «¿Hasta cuando vas á continuar trabajando para este mundo y sin hacer nada para la eternidad?» Desde entonces el indio no habia tenido un momento de reposo, y en-

contrando la vida insufrible, vendió cuanto poseía, procuróse por este medio una suma de cerca de dos mil reales, y se puso en camino para la Tierra Santa. Cuando llegó á Djeddá no le quedaban más que algunas monedas, y al entrar en la Meca, donde todo se vende á precios exorbitantes y donde nadie practica la caridad, por más que haya muchos que la prediquen, se habría visto expuesto á morir de hambre á no haber encontrado á su anciano pariente. La madre de Mahomet, que había tomado á su servicio al marido, á la mujer y al hijo, y cuya generosidad llegaba hasta darles un abrigo y una libra de arroz al día para cada uno, pero sin un céntimo y á condicion de que se proveyera por sí mismos de cebollas y azafran, les permitió que agregasen á su primo á la servidumbre: estos pobres diablos no esperaban más que una ocasion de dirigirse á Medina para terminar su peregrinacion, y pensaban hacer el viaje á través del desierto, viviendo como pudiesen y sin otro recurso que las problemáticas lí-

mosnas de los beduinos: ¿Qué sería de aquel anciano, de aquella mujer y de aquel niño antes de que pudiesen volver á su pátria?

La colina de Arafat, que lleva en el dia el nombre de Monte de la Misericordia, es solamente una masa de granito, ó por mejor decir, de gruesos pedruscos destrozados, por cuyas hendiduras asoman tímidamente algunos tallos de una yerba enfermiza y amarillenta. Su circunferencia es de algo más de kilómetro y medio, y se eleva bruscamente en el centro de una llanura arenosa, alcanzando una altura de sesenta y cinco á setenta metros. Desde ella se gozaba de un paisaje extraño, aunque poco pintoresco, formado por las cimas azuladas de los montes Taifs y las innumerables tiendas de campaña exparcidas por la extensa explanada que la rodea. Segun mis cálculos, no bajaban de cincuenta mil los peregrinos de ambos sexos y de todas condiciones que allí se encontraban reunidos.

Hé aquí la leyenda á que, segun los árabes, debe aquella montañuela el nombre de

Colina Sagrada y los honores que se la tributan. Cuando los primeros padres del género humano, hubieron desobedecido los preceptos de Dios comiendo del fruto prohibido, fueron precipitados á la tierra, descendiendo Eva sobre el Arafat, Satanás en Bilbys, la serpiente en Ispahan, y Adan en Ceylan. Resuelto este á reunirse con su mujer, púsose en camino para encontrarla, y á este viaje del primer hombre debe la tierra la apariencia que presenta á nuestros ojos, pues en todos aquellos sitios donde Adan sentó su pié, que era muy grande, se elevó luego una ciudad, mientras que en el espacio que mediaba entre una y otra de sus pisadas, existirán siempre bosques y prados. Despues de haber errado durante largos años por diversas regiones del globo, Adan llegó á la Montaña de la Misericordia, donde nuestra madre comun pasaba su existencia llamándole sin cesar, y este reconocimiento hizo dar á aquel sitio el nombre de *Arafat*. En la cima del cerro, y segun las instrucciones de un arcangel, Adan cons-

truyó un pequeño templo ó lugar de oracion, pasando en este sitio ó en la mezquita de Nimza el resto de sus dias. Hay, sin embargo, quien pretende que, despues de su encuentro, Adan y Eva se dirigieron á las Indias, desde donde, durante cuarenta y cuatro años seguidos, vinieron á visitar la Ciudad Santa en los tiempos de peregrinacion.

Visitando las tiendas armadas en la llanura, tuve ocasion de observar la gran diferencia que existe entre un campamento de beduinos, donde reina la mayor limpieza, y otro de árabes de ciudad, donde existe una hediondez insoportable. El pobre camellero Mesud, que no cesaba de taparse las narices, no dejó de reparar en mi repugnancia, y dándome una palmada en un hombro, me dijo:

—Tienes razon, hombre de los grandes bigotes; yo te enseñaré algun dia las tiendas negras de mi tribu, y verás que nuestros campamentos en nada se parecen á estos.

Al fin llegó la noche, pero sin traernos el sueño de que tanto necesitábamos, pues el

ruido infernal que se elevaba de la llanura no nos dejó reposar un solo momento.

Por esta razón pasé la noche de la manera mas incómoda que puede darse, y cuando al rayar el alba abandoné el tapiz que me servia de lecho, me encontré mas quebrantado que antes de acostarme.

CAPITULO VII.

El monte de Arafat.—La procesion del cherif.—El sermon.—Peligros de la vuelta.—Los siete guijarros.—Las pedreas del diablo en Mouna.—Un fracaso.—Vuelta á la Meca.

Empezó la mañana con una série de cañonazos que nos anunció la hora de levantarnos y de hacer nuestros preparativos para las ceremonias de aquel dia fecundo en acontecimientos. Despues de la ablucion y de la plegaria, Mahomet y yo nos dirigimos á examinar los lugares consagrados del monte de la Misericordia.

Encaminamos primeramente nuestros pa-

sos hacia una pequeña elevacion situada á unos cien metros de distancia al Sudeste de la montaña, donde se encuentran, rodeados por una cerca no muy elevada, dos pedruscos de granito, sobre los cuales, segun la tradicion, permanencia de pié el Profeta para hacer sus oraciones.

Despues, á través de los innumerables obstáculos que las rocas y las tiendas oponian á nuestra marcha, pudimos llegar á la montaña y empezamos á trepar, no sin algun trabajo, por una larga escalera cuyos peldaños estaban groseramente tallados en la misma roca y que conducia á la cima del costado meridional de la colina. A pesar de ser todavía muy temprano, estaba ya literalmente llena de peregrinos, en especial de beduinos y vuhabitas, que habian tenido cuidado de procurarse buenos sitios para escuchar el sermón, y su bandera verde flotaba ya, acariciada por el viento de la mañana, cerca de la cumbre donde está el sitio de oracion de Adan. Durante la ascension habia contado setenta esca-

lones, reparando asimismo, que á medida que subíamos eran más estrechos y peligrosos.

A pesar de todas las dificultades continuamos trepando, y al fin llegamos á la cumbre del cerro, que formaba una vasta plataforma de estuco endurecido. Desde allí dirigia Mahoma sus predicaciones á los fieles, y allí predica tambien el *último de los profetas*, el *ketib* del dia, montado en su dromedario, el sermón de *Arafat*. Los vuhabitas destruyeron una pequeña capilla que en otros tiempos existia en la cumbre y que no ha sido restaurada, y hoy no se vé más que una especie de nicho junto á un obelisco de aspecto miserable construido de granito y piedras calcáreas, blanqueado con cal y visible desde muy lejos: es el lugar de oracion de Adan. A nuestra derecha encontramos el manantial que suministraba el agua á este lugar: brota de la misma roca, y es, por consiguiente, muy pura y cristalina.

Eran ya más de las nueve cuando volvimos á la llanura. Todo estaba en movimiento: el cañon no dejaba de hacer disparos, los ginetes

y los camelleros galopaban en todas direcciones, y las mujeres y los niños cruzaban de acá para allá con la mayor agitacion.

Aquel dia nos desayunamos todo lo más tarde que nos fué posible, pues teníamos la seguridad de que no podríamos comer antes de la caida de la noche. Despues de las plegarias del medio dia, hicimos nuestras abluciones en medio de un ruido que iba creciendo por momentos, y á las tres y cuarto, una nueva salva de cañonazos anunció la aproximacion de El-Ars ó plegaria de la tarde. Inmediatamente llegó á nuestros oidos el discordante sonido de la música que abria la marcha de la procesion del cherif, la cual se dirigia hacia la montaña. Nuestra tienda estaba felizmente situada sobre la orilla del camino, y merced á esta circunstancia, pude gozar sin gran incomodidad de aquel pomposo espectáculo.

Marchaban á la cabeza de la comitiva unos cuantos maceros que, como de ordinario, se abrian paso entre la multitud con la me-

nos ceremonia posible, y en pos de ellos iban unos cuantos ginetes del desierto con largas lanzas adornadas de borlas. Seguian despues los caballos del cherif, de pequeña alzada, pero magníficos, uno de ellos sobre todo, bayo con manchas negras, que era el tipo verdadero del caballo árabe: en cuanto á los viejos caparazones de terciopelo con que iban enjaezados... más vale no hablar, pues no hay en la India un nabab, por insignificante y miserable que sea, que se atreva á sacar semejantes arreos en una ocasion solemne. Seguia á los caballos una banda de esclavos negros, á pié y armados con grandes mosquetes de mecha, y despues, precedido de tres banderas verdes y de otras dos encarnadas, marchaba el cherif á la cabeza de su familia y de sus cortesanos. El príncipe iba con la cabeza descubierta, ataviado con las vestiduras blancas del peregrino, y cabalgaba en una mula: el gran quitasol de seda verde bordado de oro que un esclavo mantenía por encima de su cabeza era lo único que demostraba su alta dignidad. Cer-

raba el cortejo una numerosa tropa de beduinos montados en caballos ó en camellos.

La procesion marchaba lentamente hácia la montaña: el cherif y su acompañamiento hicieron alto al alcance de la voz del predicador, y los peregrinos se agruparon en tumulto á lo largo y al pié de la colina. De pronto callaron todos; un silencio solemne sucedió al barullo, y principió el sermon. Desde nuestra tienda podíamos ver la figura del anciano que le pronunciaba, sirviéndole de tribuna la elevada joroba de un camello; pero no era posible, en razon á la distancia, que oyésemos una sola palabra. Como el tal sermon duró tres horas largas, poco á poco los gritos de *amen* y *hème aqui* se convirtieron en un verdadero clamor, en una tempestad horrible de gritos, gemidos, suspiros y sollozos. Aquella *sensibilísima* emocion concluyó por apoderarse de nosotros, y el jóven Mahomet tuvo la sagaz idea de ocultar el rostro entre los pliegues de su túnica de peregrino.

Cuando se vió que algunos grupos comen-

zaban á descender, los que se habian quedado en la llanura empezaron á desarmar las tiendas y á cargar los camellos. Dábanse toda la prisa posible, á fin de no hallarse en medio del tumulto que necesariamente se habia de armar cuando el grueso de la tropa emprendiese el regreso del Arafat.

Tambien nosotros despachamos con gran diligencia, y gracias á ella, tuvimos nuestras bestias de carga prontas á ponerse en movimiento antes de la puesta del sol, en el momento mismo en que el predicador daba la señal ó el permiso de partir. Inmediatamente la multitud de peregrinos, lanzando una aclamacion tan atronadora como la explosion de un volcan, se precipitó como un torrente al pié de la colina y emprendió la marcha hácia Mouna. Aquella desordenada precipitacion no me sorprendió, pues ya me la anunciara Mahomet. Hizose de noche, y cada uno de los peregrinos aguijó su bestia todo lo posible. La llanura estaba erizada de estacas de las tiendas, las literas se aplastaban, los peatones se

herian los piés, los camellos rodaban por el suelo; aquello era una confusion, un verdadero caos.

Peor fué todavía en el desfiladero por el cual era necesario salir de la llanura de Arafat. Los camellos y sus literas se chocaban, con gran peligro de los que iban en ellas; nadie sabía lo que hacia; los incesantes cañonazos aumentaban el alboroto, y una salva de cohetes voladores vino á acrecentar la confusion de las mujeres y los chiquillos, sobrecogidos de terror. La tropa del cherif avanzaba tocando su discordante música, y los peregrinos gritaban con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Que os guarde Dios! ¡Que este dia de fiesta os sea favorable!

Más lejos, el peligro disminuyó. Despues de tres horas de una marcha capaz de agotar la paciencia del mismo Job, llegamos á la mezquita Muzdelifa, que estaba iluminada; pero teníamos demasiado apetito y estábamos demasiado rendidos para volver á empezar las devociones. Recogimos cada uno siete guijar-

ros y nos echamos á dormir, á excepcion del jóven Mahomet, que continuó adelante con la intencion de escoger un buen sitio para plantar nuestra tienda en Mouna.

A la mañana siguiente, pasamos la pena negra para encontrarle. En seguida nos lavamos con las *siete aguas*, es decir, nos frotamos con los siete guijarros que habíamos cogido en Muzdelifa; los anudamos despues en una punta de nuestros vestidos, y partimos dirigiéndonos primero hácia la extremidad occidental de la larga calle de que se compone el pueblecillo de Mouna. Allí es el lugar donde se apedrea á Satanás el Grande; más lejos, en medio del pueblo y en el extremo oriental de la calle, hay otros dos lugares de pedrea. Segun las tradiciones musulmanas, estos tres sitios son aquellos donde el diablo, bajo la figura de un anciano árabe, quiso tentar sucesivamente á Adan, á Abraham y á su hijo Ismael, que siguiendo los consejos del arcángel Gabriel, le pusieron en fuga tirándole piedrecillas del tamaño de un guisante.

El primer lugar de pedrea es un pequeño contrafuerte de grosera mampostería, que puede tener dos metros y medio de altura por unos ochenta centímetros de ancho, y que se apoya en un muro de piedras, situado en el fondo de una callejuela, cuya longitud es de doce metros y cuyos costados están ocupados, el uno por varias tiendas de barberos, y el otro por la tosca muralla del pilar, sobre la cual se veían las cabezas de una porción de muchachos y de beduinos. Como la pedrea se debe hacer el primer día desde la salida á la puesta del sol, una multitud de peregrinos llenaba aquella especie de callejón sin salida, en el cual, á causa del tumulto, no era posible entrar sin peligro. A nuestra llegada, los peregrinos para apedrear al diablo, representado por el contrafuerte, se agitaban tumultuosamente, y era tal la apretura, que se hubiera podido caminar sobre sus cabezas como sobre un paves, sin embargo de que había entre ellos ginetes sobre fogosos caballos, beduinos montados en sus ligeros camellos, y

algunos dignatarios que cabalgaban en mulas ó asnos, á los cuales algunos criados trataban de abrir paso á viva fuerza.

A todo evento, habia yo tenido la precaucion de proveerme de un afilado puñal, y no pasó mucho tiempo sin que tuviese necesidad de hacer uso de él. Apenas el asno que montaba habia penetrado entre la multitud, cuando fué derribado por un gigantesco dromedario, entre cuyas piernas me encontré inmediatamente. El empleo de mi arma evitó que fuese destrozado por los duros piés de aquel animal, y así que pude levantarme, salí de aquel lugar tan groseramente peligroso: Mahomet salia al mismo tiempo con la nariz ensangrentada.

La leccion que acabábamos de recibir nos convenció de que era necesario esperar pacientemente una ocasion para poder cumplir el deber religioso de apedrear al diablo, y en tanto nos sentamos sobre un banco á la puerta de la tienda de un barbero. Al fin, aprovechando una circunstancia favorable que hizo

abrir la multitud, llegamos cerca del diablo, ó por mejor decir, del pilar que le representaba, y con la mano derecha le tiramos cada uno nuestras siete piedras, diciendo á cada pedrada:

—En el nombre de Dios misericordioso y omnipotente, tiro estas piedras en ódio al diablo y para su vergüenza.

Volvimos en seguida á la tienda del barbero, y en tanto que llegaba nuestro turno, nos sentamos en un banco de tierra que vimos pegado á la pared. Habia llegado el momento de que nos quitásemos nuestras características ropas de peregrinos: el barbero nos rasuró los cabellos, nos arregló la barba y nos cortó las uñas. Carecíamos de vestidos para sustituir á nuestros hábitos blancos; pero al menos podíamos servirnos de los que llevábamos para defender la cabeza y los piés contra el ardiente calor del sol, y en adelante tendríamos libertad para rizarnos el bigote y llevar crecida la barba.

Permanecimos durante dos horas en una

miserable barraca, donde, á pesar de la concurrencia que la llenaba, la sombra nos procuraba una frescura deliciosa. No tardamos en resolernos á partir cuanto antes, y volvimos á la Meca con toda la ligereza de nuestros asnos.

CAPITULO VIII.

**Interior de la Caaba.—La ofrenda de sangre.—
El sitio del sacrificio de Abraham.—Las últimas
pedreas al diablo.—Vuelta á la Meca.—Mis te-
mores á una peste.**

Apenas habíamos vuelto á casa cuando Mahomet me dijo:

—Vamos á tomar un baño, nos vestiremos é iremos en seguida á la Caaba: la casa de Dios debe ser vista en estos momentos.

No me opuse; guardé en un cofre mi túnica de peregrino, me lavé y arreglé un poco, y sin pérdida de tiempo nos dirigimos á la mezquita. Alrededor de la Caaba habia al-

gunas personas, que á nuestra llegada gritaron:

—Haced lugar al peregrino que viene á visitar la casa de Dios.

Dos vigorosos mequeanos que permanecían en pié al lado de la puerta me cogieron en sus brazos, y un tercero me elevó haciéndome penetrar en el edificio. Acto continuo me ví rodeado por varios sombríos personajes, de los cuales el más negro, feo y asqueroso, era un jóven perteneciente á la ilustre familia de los Beni-Cheiva, que es de la sangre mas pura del territorio del Hedjaz. Aquel horrible funcionario me preguntó cuales eran mi nombre y mi patria, me hizo sufrir un verdadero interrogatorio, al que contesté lo mejor que pude, y satisfecho de mis respuestas dió á mi amigo Mahomet el encargo de conducirme alrededor del templo para hacer mis plegarias.

Confieso que no pude menos de sentir alguna emocion al verme solo en medio de aquellos sombríos y extraños personajes y

rodeado de espesos muros sin ninguna salida. Lo cierto es que, si en aquel momento hubieran podido saber cuáles eran mi religion y el objeto que allí me llevaba, nada me hubiera podido salvar de la muerte. Sin embargo de esta situacion excepcional, no dejé de tomar notas ciertísimas de todo lo que vieron mis ojos.

El ensolado, que estaba al mismo nivel que el pavimento exterior, se componia de grandes baldosas de mármol de colores diversos, sumamente bellas y dispuestas á manera de un tablero de ajedrez. Las murallas, en lo que de ellas pude ver, son de la misma materia, pero las piedras de que están construidas no tienen una forma regular. La parte superior de estos muros, así como el techo ó cielo raso, que no se puede contemplar sin cometer una falta de respeto, están revestidos de bellas tapicerías de damasco rojo, profusamente bordadas con flores de oro. Esta tapicería deja adivinar, sin embargo, la forma de tres grandes vigas trasversales, cada

una de las cuales está sostenida en su centro por una columna. De una á otra de estas columnas y á una altura de tres metros próximamente sobre el suelo, van algunas barras de un metal que me fué imposible reconocer, y de ellas están suspendidas muchas lámparas de oro, algunas muy bonitas y de gran valor.

A pesar de que en el interior de la Caaba no habia más que el pequeño número de personas encargadas de limpiarla y engalanarla para la visita de los peregrinos, ello es que hacia allí un calor más intolerable que el de los célebres plomos de Venecia. De mi frente caian gotas de sudor más gruesas que garbanzos españoles, y yo me preguntaba con espanto lo que debia ser la Caaba cuando su espacio estuviese ocupado por una turba de fanáticos que se estrechasen y empujasen con la rudeza propia de tales gentes.

Acabadas las devociones llegó el instante de pagar: felizmente, cuando salimos de casa habia tenido la precaucion de no poner en

mi bolsillo más que unos ocho duros, pues de otro modo, á causa de las exageradas ponderaciones de mi compañero, que se obstinaba en presentarme como un peregrino indio extremadamente rico y generoso hasta el exceso, no me hubiera salido la cosa tan barata.

Debo hacer constar que no todos los peregrinos quieren penetrar en la casa de Dios, pues muchos rehusan este honor á causa de que, entre las obligaciones que impone á todo aquel que lo acepta, están las de no llevar jamás los piés desnudos, no tocar el fuego con los dedos, y sobre todo, no decir mentiras. Esto me hizo recordar que el criado de uno de mis amigos de Bombay me habia dicho en cierta ocasion que él jamás habia penetrado en la Caaba para no arruinarse, y preciso es confesar que no se equivocaba, pues para los orientales la mentira es generalmente tan productiva como una mina de oro.

La Caaba, que los poetas musulmanes representan como una virgen desposada, aca-

baba de vestirse un nuevo traje cuando fuimos admitidos en ella. El paño, lejos de estar retenido en la parte baja por las anillas de metal fijas en el muro, se hallaba sujeto al techo por algunos cordones, y formaba sobre cada fachada dos grandes ángulos festonados: el galon de oro que rodeaba lo alto del edificio y el velo tendido sobre la puerta como sobre una mujer tenían un brillo deslumbrante.

En las últimas horas de la tarde, después de haber tomado algún descanso, y vestidos con nuestras ropas ordinarias, volvimos á cabalgar en los asnos y nos pusimos en marcha hácia Mouna, donde encontramos nuestra tienda completamente llena de visitas. Cuando nos dejaron solos, nos ocupamos de la víctima que, siguiendo las costumbres de los peregrinos, debíamos inmolar después del primer apedreamiento al diablo. Ya nos habíamos retardado en cumplir esta sagrada obligacion; pero, visto el mal estado de mi bolsa, me negué terminante á comprar un

carnero, y me dediqué á examinar lo que hacian mis vecinos, cuyo espíritu mercantil y excesivamente avaro no lograba la adquisicion de uno de aquellos animales por menos de treinta reales. Algunos preferian comprar un buey viejo y flaco, y ni el mismo cherif ni los altos dignatarios se decidieron á sacrificar un camello. Los peregrinos arrastraban sus víctimas hasta una roca lisa situada detrás del pilar del diablo, sobre la cual se elevaba un pequeño pabellon abierto, por cuyos costados corrian arroyos de roja sangre fresca que demostraban que el príncipe y su séquito habian cumplido el sacrificio. Otros inmolaban su ofrenda en la puerta de la misma tienda, teniendo cuidado de poner la cabeza de la víctima del lado de la Meca, y todos encuentran meritorio abandonar al diablo toda la carne sin consumir un solo pedazo. Tambien se podian ver algunas bandas de takrosis que, semejantes á los buitres, no esperaban más que una señal para arrojarse sobre las bestias degolladas y despedazarlas

en el mismo sitio. Bien pronto numerosos arroyos de sangre corrieron por el suelo, y el valle no tardó en presentar el aspecto del más sucio matadero. Y como la zanja donde se arrojan las víctimas, puede compararse en cierto modo al cráter de un volcan, y en aquella comarca el calor tiene una intensidad excesiva, no pude menos de hacer los más siniestros augurios para un día no muy lejano.

En la noche que siguió tuvo la atmósfera una pesadez tal, que nos fué de todo punto imposible conciliar el sueño, y bajo pretexto de guardar nuestras tiendas en aquel sitio mal afamado, permanecí durante la mayor parte de la noche paseándome á la luz de la luna. Antes de amanecer llamé á Mahomet, y juntos nos dirigimos al pilar situado en el extremo oriental del pueblo para apedrear por segunda vez al diablo.

Almorzamos despues, preparándonos á las fatigas de la jornada, y acto seguido nos pusimos en marcha. Más de una hora nos lleva-

mos saltando de roca en roca, y al cabo de este tiempo llegamos al pié de la montaña Sabir, que limita á Mouna por la parte del Norte, donde nos detuvimos. Hay allí un pequeño cuadro de tierra, rodeado de blancos muros, y dividido en dos compartimientos. En el primero se vé un pedrusco de granito, que tiene una hendidura de más de un metro de profundidad y que parece haber sido hecha con el golpe de un instrumento cortante, como un hacha ó un alfange muy pesado: es, segun las tradiciones musulmanas, el lugar donde se hundió la cuchilla de Abraham cuando el arcángel Gabriel le prohibió consumir el sacrificio de su hijo. El segundo compartimiento presenta un pequeño nicho, y es, segun las mismas tradiciones, el sitio donde el patriarca inmoló la víctima agradable al Señor.

Lo temprano de la hora era causa de que aquel lugar estuviera muy poco concurrido, y por consecuencia pudimos hacer tranquilamente nuestras plegarias, volviendo á las tiendas antes de que el calor del sol empezase á

hacerse intolerable. Esperábamos un terrible día, y por desgracia en nada nos equivocamos, pues no tardaron en aparecer espesas nubes de moscas, atraídas por las pútridas emanaciones que se levantaban de aquel suelo regado con sangre. Nada se movía en el aire, á no ser algunas bandadas de cuervos, buitres y milanos, que acudían al olor de la carne muerta: en cuanto á los habitantes de la tierra, creeríaselos paralizados por el calor sofocante de un sol de fuego.

Luego que la luna se elevó en el firmamento, Mahomet y yo nos dirigimos á Mouna para cumplir la tercera pedrea al diablo; hecho esto, buscamos el descanso que tan necesario nos era, y merced á la fatiga que nos dominaba, pronto caímos en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, cuando los primeros rayos del astro del día empezaban á dorar el horizonte, los camellos estaban ya á la puerta de nuestra tienda; los cargamos prontamente, y nos apresuramos á partir para es-

capar de la funesta influencia de aquella atmósfera que las emanaciones del suelo impregnado de sangre no tardarian en volver peligrosamente deletérea, pues se habian degollado en el pilar del diablo más de cinco mil animales, cuyos cadáveres abandonados empezaban ya á corromperse. Es cierto que aquella hediondez podria remediarse fácilmente; mas por desgracia el espíritu del Islam es completamente opuesto á las sugerencias del buen sentido, y en la Meca, preciso es consignarlo, se prefiere una epidemia colérica á la impiedad de resistirse á los decretos de la Providencia.

Al pasar por Mouna montados en nuestros camellos, arrojamos al diablo, desde lo alto de nuestra litera, los veintiun guijarros que aún nos quedaban. No éramos nosotros solos los que huíamos del asqueroso espectáculo que presentaba el valle: el camino estaba ya muy concurrido por peregrinos que regresaban á la Meca, y no pude menos de pensar con cierta lástima en los desgraciados á quie-

nes sus escrúpulos religiosos retenían en semejante lugar.

Hé aquí ahora las noticias que recogí y las observaciones que tuve ocasion de hacer durante los pocos días que aún permanecí en la capital del mundo mahometano.

CAPITULO IX.

La Meca.—Su aspecto.—Los mequeanos.—Sus costumbres.—Su carácter.—Peligros del viaje á la Meca.—Una tradicion extraña.—Preparativos de marcha.

La Meca lleva entre los árabes los más pomposos títulos, siendo los más comunes los de *Om-el-Kara* ó Madre de las ciudades, y *Balad-el-Emin* ó Pátria de los fieles. Está situada en un valle estrecho y arenoso, cuya direccion es de Norte á Sur, cercado por una cadena de colinas cuya altura varia de setenta á ciento cuarenta metros.

La ciudad está abierta por todas partes, y no tiene más defensas que una tosca fortaleza

medio arruinada, contruida en lo alto de una colina llamada *Djebel-Lala*, donde reside el cheríf. Las calles son, en general, regulares y enarenadas, y las casas de piedra y ladrillos: en una palabra, puede pasar por una ciudad relativamente hermosa. Su única plaza es el anchuroso patio de la gran mezquita; ningun árbol la cobija con su sombra, á pesar de lo cual, en la época de las peregrinaciones, ofrece grande animacion por la afluencia de extranjeros y la multitud de tiendas.

Los muros exteriores de la mezquita son los que forman las casas y demás edificios que la rodean, siendo el más notable entre los últimos el *Mekhan* ó casa de justicia, elegante y sólida construccion decorada con altos arcos en el interior. Se enseña en la ciudad el *Muled-el-Nebi*, punto del nacimiento del Profeta, situado en el barrio del mismo nombre, el cual consiste en un edificio circular cuyo pavimento está ocho metros más bajo que el nivel de la calle; en el suelo se vé un hoyo donde, segun se dice, estaba sentada la madre

de Mahoma en el instante de su alumbramiento. La casa llamada *Sittna-Fatmé*, es también venerada por ser el sitio en que nació Fátima, la hija bien amada del Profeta, y se enseña una pequeña cámara adonde el ángel Gabriel llevaba á éste las hojas del Corán. Además, en el gran cementerio del barrio de Maala se encuentra el *Sittna Kadidje*, ó sea la tumba de Kadija, la esposa querida de Mahoma.

La ciudad, con sus arrabales, ocupa una longitud de cuatro mil pasos, y las calles, especialmente en la época de la peregrinación, están llenas de mendigos, pues solo los peregrinos hacen limosnas, absteniéndose de darla la mayor parte de los habitantes de la Meca. No obstante la santidad del lugar, enciérrase en la ciudad un gran número de mujeres públicas, que habitan un barrio especial y están obligadas al pago de un impuesto particular, lo mismo que en otras ciudades mahometanas. Son, sin embargo, más modestas que las de Egipto, y nunca se presentan en las calles sin cubrirse el rostro con un velo: entre ellas

hay muchas esclavas abisinias, con las cuales, segun se supone, comparten el lucro sus antiguos dueños.

El célebre bálsamo de la Meca, cuyo grano emplean los mequeanos para hacer abortar á sus esclavas, constituye el objeto principal de su comercio y se trasporta al Egipto, á Turquía y al interior de Arabia.

Crecido es el número de peregrinos que todos los años van á la Meca, y todavía seria mayor si todos los musulmanes ricos y sanos considerasen como un deber este viaje. Muchos, por un salario menos corto, envian en su lugar algun pobre que no teme la fatiga, lo cual, por otra parte, constituye un oficio bastante lucrativo, pues la mayor parte de los mahometanos acomodados ofrecen á un peregrino de profesion cierta cantidad, por la cual éste se obliga á hacer la peregrinacion despues de la muerte del que le paga. Acontece tambien con frecuencia que los herederos de un sugeto opulento, si son devotos, envian á la Meca un peregrino, quien á la vuelta

recibe el salario, mediante certificacion de un iman de que ha cumplido todos los requisitos. Las peregrinaciones á la Meca componen seis ó siete caravanas, siendo las más importantes la de Damasco, la de Egipto, la de Berbería y la de Persia: otras van del país de Oman y del Yemen, sin contar multitud de peregrinos que parten de la Nubia, de las Indias, de Java y de Sumatra.

Los habitantes de la Meca son extranjeros ó hijos de extranjeros, si se exceptuan algunos beduinos ó descendientes suyos y un pequeño número de antiguos árabes llamados *jerifes* ó descendientes de Mahoma. Sin embargo, esta poblacion, compuesta de tan diversas clases, ha adoptado unas costumbres iguales y un traje idéntico. Los indígenas se distinguen únicamente por una señal particular que los padres hacen á sus hijos cuarenta dias despues de su nacimiento, la cual consiste en tres largas incisiones en la parte inferior de cada mejilla y otras dos en la sien derecha, cicatrices que no se borran jamás.

Durante el invierno, los hombres principales llevan una especie de capa de paño, que sirve de sobre-todo, y una pieza interior del mismo género, constituyendo el resto del traje una bata de raso, faja de cachemina, turbante de muselina blanca y babuchas amarillas: en verano reemplazan el abrigo de paño por otro de seda. Las mujeres llevan vestidos de crespon de la India, holgados pantalones azules con franjas y bordados de plata, una ancha bata de seda negra y un albornoz del mismo género con rayas azules y blancas; se cubren el rostro con un velo blanco ó azul claro, y llevan en la cabeza una especie de turbante. El vestido de la gente pobre se reduce á una túnica de algodón, un abrigo de lana basta y un gorro.

El árabe es muy sóbrio, y los pobres no hacen al día más que una comida compuesta de pan de mijo, al que añaden leche de camella y alguna grasa; se bebe agua pura, se come poca carne, y la de cerdo estaba ya prohibida antes de Mahoma. Las gentes ricas son

muy aficionadas á la pastelería; su bebida favorita es el café, y aunque la ley les veda el uso de los licores, no son estos desconocidos en Arabia.

Considérase vergonzoso entre los ricos mequeanos vender una esclava concubina, y si esta llega á ser madre y su señor no ha tenido más de tres mujeres legítimas, se desposa con ella, ó á lo menos permanece toda su vida en la casa. Hay mequeanos que tienen las concubinas por docenas.

Desde la conquista de Arabia por Mahomet-Alí, el cadí de la Meca ha recobrado la autoridad que le arrebatára la Puerta Otomana, y hace los nombramientos para los destinos de la judicatura de esta ciudad y para los de Djedda y Taif, los cuales solo pueden conferirse á los árabes. Los cuatro *mutfies* de las cuatro sectas ortodoxas componen el tribunal que preside el cadí. La Meca está bajo el mando de un gobernador con categoría de príncipe, si bien no tiene el título de iman ni el de califa.

Los mequeanos no dejan de poseer algunas buenas cualidades. Como todos los descendientes de Sem, tienen un carácter fácilmente dispuesto á la alegría, y sobresalen en el arte de expresar los pensamientos más triviales por medio de palabras verdaderamente sublimes y cuya solemne gravedad forma un ridículo contraste con la ruindez de sus ideas. Son honrados, valerosos, de amable trato, bastante delicados, sumamente amantes de su familia y de su patria, tienen un conocimiento general de los hombres y de las cosas; pero confieso asimismo que el orgullo, la hipocresía, la irreligion, la avaricia, la inmoralidad y el amor á la ostentacion, son nubes que oscurecen en cierto modo las buenas cualidades de su carácter.

Un extranjero no puede todavía arriesgarse en la Meca sin exponerse á correr grandes peligros. Sin duda no seria, como en los tiempos del célebre M. Head, es decir, como en 1829, insultado apenas pasase la puerta de Djedda, y que podria visitar los lugares que

están situados al Este de la Ciudad Santa, siempre que no dirigiese sus miradas al santuario; más el primer beduino que apérci- biese el sombrero de un europeo se creería degradado á sus propios ojos si no envia- ba una bala á la cabeza del que lo llevara. Es verdad que, durante la época de la pe- regrinacion, no le seria difícil disfrazarse; pero no lo es menos que no podria escapar á la muerte si era reconocido como un infiel. Los que creen que el peligroazona, por de- cirlo así, agradablemente los placeres, pue- den intentar un viaje á la Meca; pero yo, con la experiencia adquirida, les aseguro que los resultados no corresponden ni con mucho á los peligros que hay que arrostrar.

Mahomet habia puesto á mi disposicion un pequeño aposento situado en el primer piso de su casa, y en él me refugiaba así que con- cluíamos nuestra segunda comida. Le tenia perfectamente regado, y allí permanecia du- rante horas enteras, tendido sobre una grue- sa alfombra. Algunas veces me entretenia en

redactar mis notas á la ligera, y muy raramente recibia visitas.

Abdalla, el hermano mayor de Mahomet, me refirió un dia cierta tradicion que, si bien muy extraña, está bastante extendida por la costa del Mediterráneo y del mar Rojo. Segun ella, los ingleses enviaron un dia una embajada á Mahoma para informarse de sus doctrinas y rogarle encargase su conversion á Kaled-ben-Walid; pero desgraciadamente los enviados llegaron demasiado tarde, pues el alma bienaventurada del Profeta habia ya volado al Paraíso. Este fallecimiento fué la causa de que los ingleses no abandonasen su religion, pues los embajadores, no pudiendo alcanzar el objeto que los trajera á la Meca, regresaron á su país tan ignorantes como habian salido. Y hé aquí por qué los musulmanes de Berbería y de algunas otras comarcas pretenden que, de todos los pueblos que admiten la Biblia, los ingleses son los que están más dispuestos á recibir el Islamismo.

Ya no debia permanecer en la Meca más

que algunos días, pues todas las noticias que habia adquirido acordaban en presentarme como imposible el viaje á través de la Arabia. Poco á poco no fui viendo á mi alrededor más que figuras melancólicas, seres que echaban de menos la vista de sus mujeres y de sus hijos: la nostalgia empezaba á dominar los espíritus, y bien pronto nuestra casa presencié los preparativos de mi partida.

CAPITULO X.

El sermón de la tarde en la Caaba.—Un banquete de gran tono.—Salida de la Meca.—Consecuencias de mi brabata.—La tumba de Eva.—Adios á la Arabia.

Una tarde Mahomet y yo nos dirigimos al santuario para oír un sermón. El vasto cuadrilátero estaba lleno de creyentes dispuestos en largas filas y mirando todos al negro edificio que se elevaba en el centro. Las más brillantes flores de un jardín no hubieran podido competir con el esplendor de sus vestidos. Un solo grupo sombrío se veía arrinconado en un ángulo: era el de las mujeres. El

pachá permanecía en pié sobre el tejadillo del Zemzem, rodeado por sus guardias ataviados con uniforme de gala. Todos permanecían inmóviles, á excepcion de algunos dervis que circulaban entre la multitud, con el incensario en la mano, recibiendo las limosnas que, sin pedir las, hacia la piedad de los fieles.

En medio de la multitud, sobre un púlpito ó tribuna que terminaba en una flecha dorada, se veía al predicador, anciano de barba plateada y vestido con una túnica blanca como la nieve. Tras algunos momentos de inmovilidad se levantó de pronto y dijo:

—La paz sea con vosotros, así como la misericordia y la bendicion de Dios.

Despues, cuando el muezzin que estaba al pié de la tribuna hubo recitado la invitacion al sermon, el predicador dió principio á su tarea.

Aquel profundo silencio no fué interrumpido en el principio más que por algunos raros *amen*; pero cuando el sermon se acercaba al fin, á cada tres ó cuatro palabras se eleva-

ban á la vez millares de voces de todos los ángulos del pátio. Yo habia visto ya muchas solemnidades religiosas; pero confieso que ninguna me habia producido una impresion semejante.

Antes de salir de la Meca, fuí convidado á un gran banquete, y hé aquí la lista de los manjares que se nos sirvieron, que no deja de ser curiosa.

Nos preparamos á la comida tomando una taza de café y fumando una pipa. El banquete fué servido en un *sini*, especie de gamella de madera, chapeada de cobre y muy adornada con arabescos é inscripciones, provista de una cobertera sumamente limpia y brillante: el *sini* estaba sostenido, como de ordinario, por un pié de madera de sándalo con incrustaciones de nacar. Empezamos por un estofado de carne con espinacas y acederas de Guinea, y por algunos platos de legumbres ricamente condimentadas. Despues de este servicio, saboreamos un guiso de carne inundado de manteca derretida, al que siguió una espe-

cie de picadillo acompañado de hojas de
 parra, dobladas en triángulo y rellenas de
 carnero picado y sazonado con especias. Hubo
 también un riquísimo asado, que se sirvió en
 platos de madera, y al que acompañó una en-
 salada de cohombros silvestres, con diversos
 platos llenos de rajás de melon; una masa
 muy superior en gusto al *chapati* de la India
 ocupaba el lugar del pan, y para beber tenia-
 mos agua perfumada con pasta de Chios. Los
 postres se compusieron de un exquisito plato
 de fideos endulzados con miel y cubiertos de
 azúcar en polvo, compota de manzanas y de
 membrillos, una ligera crema de arroz, leche
 y esencias, y en fin, algunos trozos de *roha*,
 conserva muy estimada aquí porque viene de
 Constantinopla y que seria muy buena si no
 estuviese demasiado cargada de agua de ro-
 sas. Despues de haber comido algunas frutas
 exquisitas, como granadas y dátiles, conclu-
 yó el festin con una papilla de arroz con man-
 tea, que comimos sirviéndonos de cucharas
 de madera.

En Arabia se ignora el arte delicioso que poseen los franceses de prolongar una comida. Satisfecha el hambre, el convidado espera á que los demás comensales hayan concluido, se lava las manos y la boca con agua perfumada, y se levanta de la mesa dando muestras de satisfaccion para no ser invitado á comer más todavía. Despues se toma el café, se fuma una pipa, se duerme la siesta, y la plegaria de la tarde disuelve la reunion.

No deja de ser curioso ver cómo el amor á los intereses mundanos y la más ardiente afición á los placeres suceden inmediatamente á las austeridades de la peregrinacion. Aquellos devotos vestidos de blanco, no bien han saldado con Dios su cuenta de culpas, se hacen abrir al momento, por regla general, una nueva cuenta corriente. Pequeño es el número de los que la vista de la Caaba ha conducido á reformar sus costumbres y su método de vida.

Nada me detenía ya en la Meca. Hice mis pequeños regalos, alquilé dos camellos para

Djedda, al precio de cincuenta reales, cuya mitad pagué por adelantado, é hice partir mi equipaje bajo el cuidado de mi fiel Nour. Cuando mi larga despedida hubo terminado, Mahomet y yo montamos en los asnos que se nos habian dispuesto, y salimos de aquella casa donde habia recibido tan cordial hospitalidad.

No puedo menos de confesar que, cuando me encontré en la llanura abierta, respiré con placer como un prisionero que se vé en libertad. El calor de los rayos solares me infundia nuevo vigor, el aire del desierto me parecia embalsamado, la naturaleza me sonreía como el rostro de una antigua amiga, y así es que sin la menor pena envié mi última mirada, una mirada de despedida, á la caravana de Siria, que estaba acampada á la derecha de nuestro camino.

Viajamos de noche: despues de la cena y de un descanso de media hora, los asnos estaban dispuestos; desperté á Mahomet, que se habia quedado dormido, y que, segun su ex-

presion, se estaba muriendo de sueño. Al cabo de una hora de marcha llegamos á una posada, y el jóven árabe, arrojándose á tierra, declaró que le era imposible ir más lejos. Nuestro alquilador se irritó, pero todo fué en vano: un egipcio que allí estaba quiso hablar un poco alto, y volviéndome á él le dije:

—Hijo de mi tío, no cometas exceso en las palabras, que te puede costar caro.

El imprudente queria empeñar á los demás á hacernos mover, cuando mi jóven amigo, junto al cual me acababa de acostar, levantó la cabeza y le dijo en un tono misterioso mostrándome con la mano:

—¿No sabeis lo que hace este hombre?

—¿Qué hace?—preguntó el auditorio.

—Figuraos,—continuó Mahomet,—que dias pasados los *otaybas* nos hicieron ver la muerte en el desfiladero de Zariba; ¿qué pensais que hizo él?

—Lo ignoramos.

—Pues bien,—repuso mi compañero con un

énfasis lleno de ironía;—lo que hizo... fué pedir de cenar.

Los que querían incomodarnos salieron en silencio, después de hacer un gesto sumamente expresivo, y nos dejaron dormir tranquilamente.

Eran las ocho de la mañana y el sol empezaba ya á calentar cuando entramos en Djedda. Nuestra detención había durado tres horas, y habíamos empleado once en andar unos setenta y cinco kilómetros, á través de un arenal tan incómodo como monótono.

En Djedda empecé á encontrarme bien: la vista del pabellón británico me daba valor y la contemplación del mar me llenaba de alegría, pues para los ingleses, el mar es poco menos que el hogar doméstico.

No quería, sin embargo, salir de la Arabia sin hacer una última peregrinación, pues las tradiciones musulmanas colocan la tumba de Eva á media hora de distancia de Djedda. Nuestra madre, según dicen, yace, como una buena ismaelita, con el rostro vuelto hacia la

Caaba, los piés al Norte, la cabeza al Sur, y el rostro apoyado sobre la mano derecha. Una pequeña cúpula blanqueada cubre una piedra fantásticamente esculpida con la pretension de representar el ombligo de Eva, que este es, entre los habitantes de la comarca, el nombre que lleva aquel pequeño monumento. El árabe que nos guiaba me invitó á besar aquellos geroglíficos, lo que hice de buen grado, con mucha más razon quando me decian que nada me honraria tanto como aquella muestra de respeto.

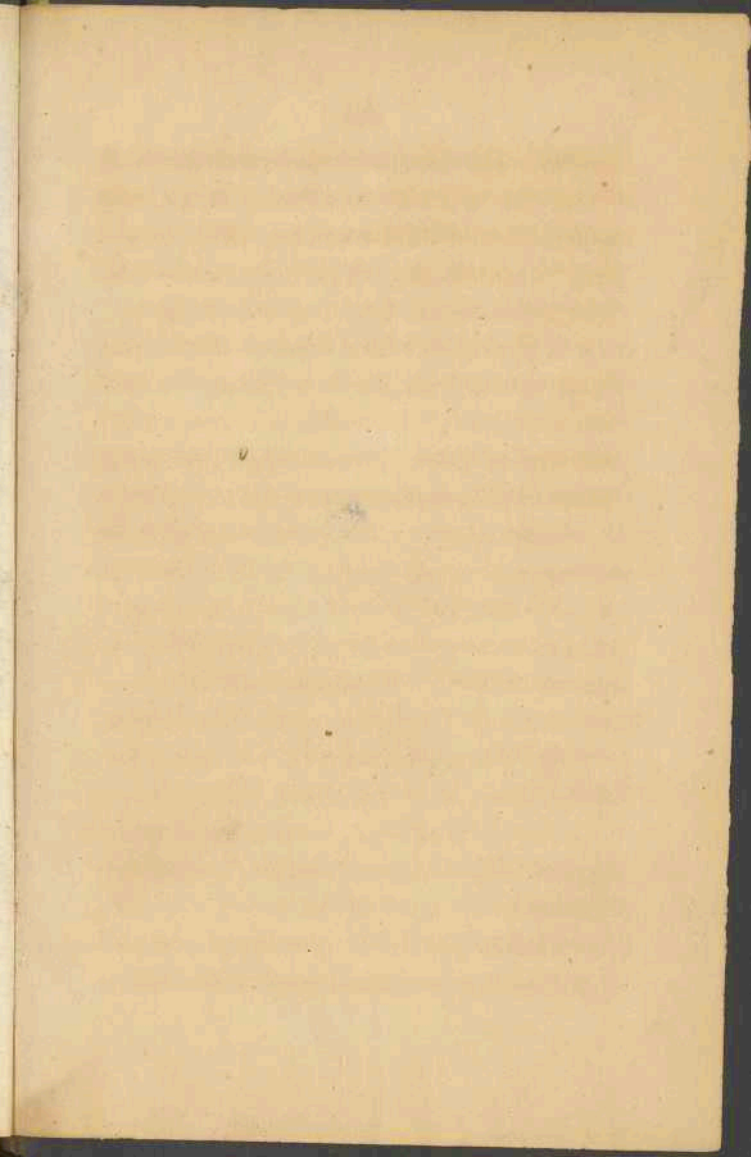
El pretendido cuerpo de Eva está comprendido entre dos pequeños muros paralelos, situados á la distancia de seis pasos el uno del otro: es indudablemente una bonita anchura. En cuanto á la longitud, se cuentan ciento veinte pasos desde la cabeza al ombligo, y ochenta desde el ombligo á los piés. ¡Estatura gigantesca, pero desproporcionada! No pude menos de decir á Mahomet que Eva debia tener el aspecto de una caña, á lo cual contestó mi jóven amigo con gran desembarazo:

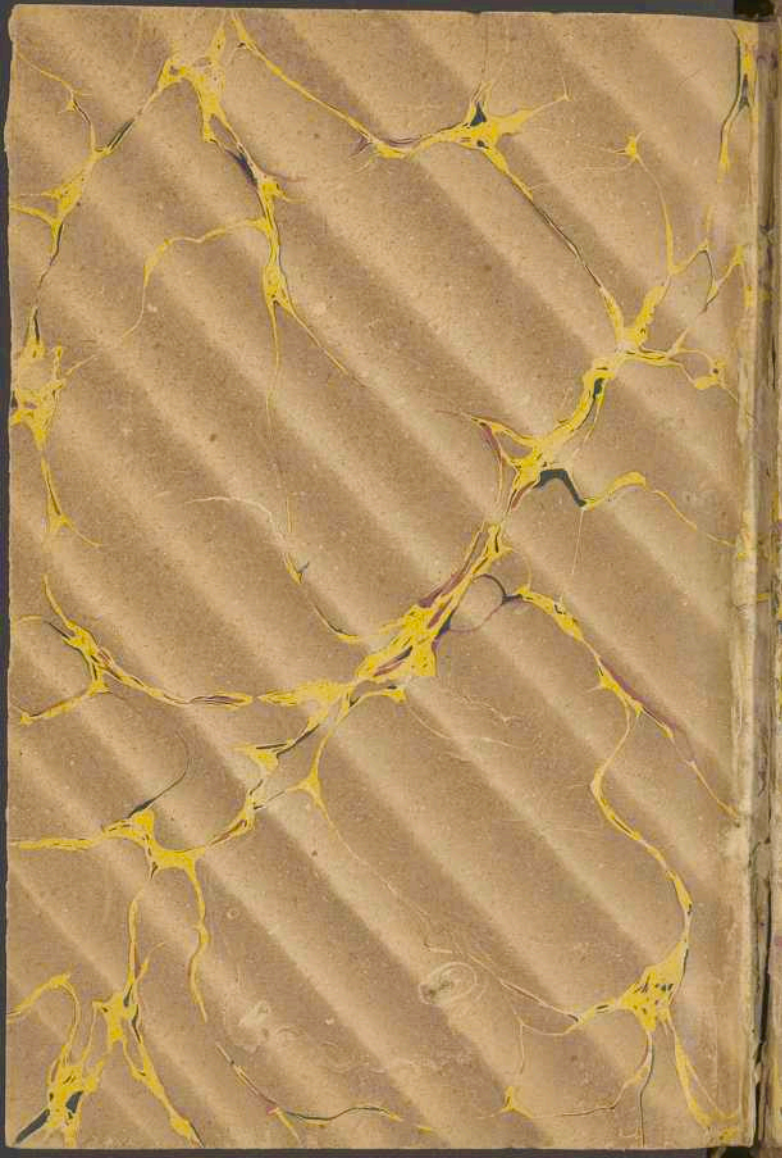
—Por mi parte, doy gracias al cielo porque la madre Eva no está ya sobre la tierra, pues si hoy viviese, de seguro excitaria un verdadero espanto entre su progenitura.

Con esto concluyeron mis peregrinaciones en la Arabia. Despedíme de Mahomet, y rendido de fatiga y de calor me embarqué en la *Dwarika*, cuyos oficiales, MM. Wolley y Taylor, me recibieron con la mayor amabilidad, y donde no pudo menos de admirarme que los peregrinos turcos que llenaban el buque, al conocer la profanacion que habia cometido en los santuarios de su fé, no me arrojasen al mar.

Afortunadamente nada sucedió, y tras pocos dias de navegacion, arribé sano y salvo á Suez.

FIN.









NOVELAS
VARIAS

16

13533